

EL COJO ILUSTRADO

Año XIII

1º DE JULIO DE 1904

Nº 301

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



LITAS. — Dibujo por Ruiz Morales

EL LIBRO ACTUAL

EL AGUA PROFUNDA

ULTIMA POESIA (I)
II

MAS, ¿estarian allí, efectivamente? Para la vanidad del Poeta,—ya lo hemos visto,—la respuesta hasta entonces no había sido jamás dudosa. Pero, así y todo; cuando veinticuatro horas después de haberse encontrado con Molán se dirigió hacia la calle Duguay-Trouin, su orgullosa certidumbre había cedido a la consideración, no de temor sobre el mérito de sus versos, sino de que existiera aquel único manuscrito. ¿Habría conservado Mme. Passart aquellas hojas volantes, después de tanto tiempo?

Más y más confirmado en la creencia de que una mujer no destruye semejantes testimonios inspirados por ella, decíase Vincy, no obstante que la madre, por cualquier motivo, habría podido descubrir el secreto de su hija y quemar aquellos papeles. El marido mismo, ese Santiago Passart, á quien tanto conoció Renato, podía haber querido darse cuenta del pasado de su esposa; y para probar la inocencia de su modo de ser, buscar aquellos manuscritos, y en el acto destruirlos....

Otros motivos de dudas le asaltaron, como por ejemplo: si Rosalía los había conservado, ¿querría devolverlos? ¿No se vengaría del antiguo ultraje, fingiendo no tenerlos, ó negándolos, firme y rotundamente? Aun más: ¿querría, siquiera, recibir la visita de su amante de antaño?....

Había pensado éste pedirle por escrito una entrevista; pero había temido un silencio contra el cual no tenía ni arma ni defensa alguna. En otro sentido, calculaba el desconcierto que produciría su presencia en casa de Mme. Passart, si ésta llegaba á recibirlo.

Todos estos diferentes puntos de interrogación embargaban la imaginación del poeta, en su viaje á través de París, desde la avenida Henri-Martin, donde vivía, hasta el Luxemburgo, donde estaba la casa de Rosalía.

Demuy buena voluntad hubiera él querido salvar esa distancia, á pie, para luchar contra el enervamiento que por instantes lo invadía, y para darse tiempo de trazar clara y distintamente, y con sobrada anticipación, la línea de proceder que debía observar en aquella delicada entrevista, casi excepcional.

Pero no logró ni uno ni otro de los resultados que deseaba, pues desde el momento mismo en que entró en la casa de la calle Duguay-Frouin, y preguntó al portero si Mme. Passart estaba allí, su corazón palpítala como en esas noches de estremo, que tanto conocen todos los

(1) Damos en las presentes páginas, la segunda parte de la bella novela extractada del último volumen de M. Paul Bourget, sobre la cual nos permitimos recordar, en dos palabras, la situación expuesta en el número anterior: Después de mil dudas, el poeta Renato Vincy se resuelve á ir á reclamar un manuscrito de juventud y de amor, que había dejado en poder de una antigua amiga, abandonada, y casada poco tiempo después.

que ha seducido, por sus pecados, el demonio del teatro.

Cuando aquel hombre, al enseñarle en uno de los ángulos del patio el departamento de la señora, le agregó: «Si señor, ahí está; pero toque en la puerta, y toque recio porque la criada es un poco teniente, ó más claro, es dura, ella, de oído....» todos sus planes de diplomático se desvanecieron.

Aquellos latidos del corazón, no tenían por única causa la ansiedad por el éxito de su solicitud, ni aun por aquella cierta vergüenza de aventurarla: había algo más. Había que, al recorrer las calles aquellas que tan poco habían cambiado desde su juventud; al sentir que se agolpaban ideas que por tantos respectos le eran familiares, y removían, como si dijéramos, las profundidades de su memoria, una perturbación singular lo dominaba, y algo como una persona dormida en su interior, se despertaba.

Estábamos en octubre. El silencio provincial del patio solitario, en que las hojas ya amarillas se amontonaban, á trechos, en el limpio enlosado; la vetustez de ese mismo desigual enlosado, en que formaban marco las briznas de hierba; la transparencia indecisa del cielo en aquella tarde, en que se dulcificaban y se fundían los colores de las cosas; el aire de mediocridad, pero también de reposo, de familiar simplicidad, de feliz monotonía que parecía esparcido en aquella mansión bendita; digamos más todavía: las pizarras de su techo; las tintas neutras de la fachada; la blancura nivea de sus modestas cortinas detrás de las ventanas; el término mismo que empleó el portero para designar la sirvienta de Mme. Passart, término que bien acusaba lo limitado de aquel hogar en los cálculos de un presupuesto muy pequeño, ni uno solo, ni uno de esos detalles, dejó de retrotraer, de súbito, y con irresistible fuerza al rico y célebre escritor, á muchos años atrás!.... Comprimió el pomo de metal pendiente en el extremo de una cadena de hierro, á la moda antigua, y en vez de un timbre sonó una campanilla. Hasta creyó que reconocía el sonido, tanto así le pareció idéntico, de completa exactitud, al que en épocas lejanas anunciaba las visitas casa de Mme. Tresneau, su hermana....

**

No fue, sin embargo, la sirvienta, quien vino á abrirle. Estaba, sin duda, enteramente entregada á una urgente ocupación de jabonadura y limpieza, que la hacía impresentable ante ninguna persona. Al abrir la puerta, que era sólo de una hoja, vió la silueta y el rostro de una niña de catorce años, más ó menos, vestida con traje corto. Un devantal de cuti azul, con hombrillos, le daba aspecto de colegiala juiciosa; y bien que esta bonita criatura mostrara en su talle anguloso y en sus espaldas delgaditas, la gracilidad de una muchachuela, su cabeza coronada por una masa de cabellos castaños, recogidos en grueso moño, era la de una jovencita. El parecido con su madre no podía ser más exacto; era extraordinario. Renato, al verla, se había conmovido en lo más íntimo de su sér.

De aquella Rosalía que él había amado y abandonado, tenía aquella muchachita los ojos oscuros y dulces, los labios finos, la frente inteligente y pura, y, en el

corte de la nariz, en el engarce del cuello, en las líneas del óvalo, en fin, mil rasgos que hacían recordar á la una en la otra.

Mas, no era ésta aquélla. Primero, ésta era más joven, más delgada, más menudita; y segundo, tenía de su padre algunos detalles, que impedían fuese absoluta la identidad entre la imagen que, á pesar de todo, conservaba en sus recuerdos el escritor, y esta niña, ante la cual permanecía sin hablar. Al verlo, la niña se sorprendió. Había corrido al sonar la campanilla, porque estaba ocupada en el cuarto inmediato en sus tareas de colegio, y creía abrir la puerta á uno de esos hombres que llevan provisiones á las familias. La presencia de un desconocido la desconcertó, hasta el punto que con voz muy baja, apenas pudo responder al extraño personaje:

—Sí, señor; aquí está mamá. Tened la bondad de pasar á la sala, mientras voy á avisarle....

—¿Tendría la complacencia de llevarle mi tarjeta?; y Renato agregó: Si la señora Passart no puede recibirme ahora, yo volveré cuando ella me haga el favor de permitírmelo. Bien comprendía Vincy que era abuso de confianza, penetrar en la casa de su amiga de otras épocas, al favor de una chica, que, en su ignorancia de los usos aristocráticos, no le había preguntado, siquiera, quién era él, cuál su nombre....

Empero, ya la niña había tomado la tarjeta, y subía dos á dos las gradas de la estrecha escalera interior, que correspondía al único piso que tenía el departamento.

Durante los pocos minutos que tardó la mensajerita en volver, pudo Renato cerciorarse de que todo en torno á él en esta especie de retrete, revelaba una existencia exigua, muy pobre.

Los peldaños de la escalera estaban en buen estado, no obstante ser de piedra de sillería, terminados en angostos ribetes de madera, y sin que ninguna alfombra ó tapiz los preservara. Si estaban limpios los ladrillos, hasta llegar al rojo vivo, y los dichos ribetes de madera, frotados con cera. El papel de las paredes era de un solo color y costaba unos tantos céntimos la pieza; pero desaparecía casi completamente, bajo el sin número de fotografías y retratos que adornaban la habitación.

Observó Renato, no sin una singular complacencia, que representaban cuadros disparatados, y muy favorables, sin embargo, á reproducir los comentarios líricos, por los que había tenido pasión en su juventud. Recordábase Renato, y ¡cómo no!, que todos ellos habíaselos mencionado á su prometida de entonces. Eran: la *Herodiades*, de Luini; la *Virgen de la Roca*, de Leonardo; la *Crucifixión*, de Mantegna, y los *Peregrinos de Emmaús*, del Ticiano.

La ocupación del profesor de dibujos, ¿bastaría para explicar esta coincidencia entre la elección hecha hoy de estas pinturas, y los gustos ó preferencias del poeta, en otro tiempo?....

No tuvo éste ocasión de considerar largamente el problema, porque ya había regresado la niña acompañada de Rosalía misma, que estaba pálida, azorada, y trémula la voz, (como la que había dejado oír su hijita, no hacía mucho), sin poder contestar, casi, á las frases del



EL ELECTOR ALBRECHT AQUILES DE BRANDENBURG. — Cuadro de Otto Boyer

visitante, que pedía excusas por su indiscreción, que tanto lo mortificaba:

—¿Indiscreto porque os habéis acordado de vuestros viejos amigos?... Con placer os presento mi hija mayor, señor Vincy. Su nombre es Emilia, como el de vuestra pobre y querida hermana.

—Vete á acabar lo que estás haciendo, —dijo á su hijita, y dióle un beso en la frente; pero beso que reveló la viva emoción que en aquellos momentos la agitaba.

Después, cuando solos estuvieron en el salón:

—¿Habéis visto cómo se ha sonrojado al oír vuestro nombre? Ella sabe quiénes sois, y podría recitaros vuestros versos, —por lo menos,—los que le he escogido. ¡Encuétralos tan bellos!, y si oyérais, ¡qué bien los canta y los relata!

..

Nada respondió Renato. No podía, porque estaba sorprendido. Todo lo había esperado, menos aquel recibimiento en que no entraba ni coquetería ni re-

proches. Sobre todo, coquetería, porque Mme. Passart no se dió tiempo de cambiarse su modesto vestido. Lo recibió, pues, con un traje color azul, de lana gruesa, que sólo tenía portodo adorno, el cuello y las mangas con encajitos bordados. Ni una prenda llevaba; excepto una medalla de plata, montada á martillo, la misma que cuando joven, había visto Renato á la madre, la señora Offarel. Mas, en este vestir de burguesa pobre, conservaba Rosalía la gracia de modales que habían sido la nativa aristocracia de esta muchacha, y el encanto con que había cautivado al poeta.

A los cuarentidos años estaba tan delgada como á veinte, y tan ágil en sus movimientos, como entonces. No menos conservaba su sonrisa y sus ojos; aquella sonrisa seductora, que descubría unos dientes, siempre, y todavía magníficos; y sus ojos, en que se profundizaba una dulcísima mirada. Si; pero sus cabellos que, como antes, compartía en dos porciones, habían un tanto encanecido. Si; pero su color pálido y marchito, in-

dicaba las grandes angustias de una parisiense pobre y mal nutrida. Si; pero algunas arrugas, surcaban la frente y las sienes; ciertas señales de lasitud se distinguían en la comisura de los labios y en las extremidades de sus ojos. En fin; veíase fácilmente que Rosalía había penado mucho, y por largo tiempo, sin duda.

Aquellas sus manos que tanto se esmeraba en conservar finas y muy cuidadas, decían, á grito herido, enteramente descompuestas, y aun deformes un tanto, la existencia de una ama de casa, atendiendo y desempeñando toda clase de humildes labores y trabajos.

Por su parte, no dejaba Renato de mostrar, él también, la huella de los años. Pero sus cuarenticinco años tenían esa madurez bien alimentada, hasta con exceso, digamos, del hombre rico que se sienta dos veces diarias, en una mesa de platos escogidos y opulentos. Del hombre que duerme toda la mañana, hasta la saciedad, en una pieza tibia en los tiempos fríos, y fresca en el verano. Del

hombre que se va al Sur en los crudos meses de invierno, y pasa los caniculares en el campo, ó á las orillas del mar. Este carácter, profundamente materialista de su fisonomía, se acentuaba aún más, por lo ridículamente afectado de su porte.

El autor mundano se habría creído deshonrado, si no hubiera tenido los mismos sastres que los concurrentes de los martes al Teatro Francés, del que había sido, por tanto tiempo, el favorito; y de ahí, que su necio *dandismo* lo arrastraba hasta convertirlo como en el traspunto de un colegial subvencionado, más bien que en un autor de respetos. El contraste entre aquellos dos seres, Rosalía y Renato, y sus respectivos destinos, se simbolizaba de modo preciso, justamente, por el contraste de sus aspectos.

Sólo que, (cosa estraña y que Vincy comprendió en el acto con supremo convencimiento), de esos dos seres, el que más era parecido al Ideal de aquel tiempo, no era él. La persona á quien la vida había empequeñecido y vulgarizado, no era Rosalía. Y si todo en ella, y en torno á ella, daba ideas de un pobre ornato, todo daba también la idea, de que el drama moral que en ese ornato habíase cumplido, sólo había sido virtudes y pureza.

Había ascetismo en aquel rostro fatigado de la madre de familia, pero cuyos ojos conservaban su esplendor primero. Leíase en ellos la historia de una sensibilidad ennoblecida por la cotidiana aceptación de modestos deberes y estrechas obligaciones;—historia templada al fuego de afectos profundos, románticos, acaso, por su ardor, pero historia nutrida de verdad.

La sola actitud de Rosalía hacia el pérfido prometido de sus veinte años, hoy ya un hombre generalmente célebre, confirmaba una naturaleza sencilla y privilegiada, que no reniega de las emociones que hubo de sentir en otra época, porque no tiene de qué avergonzarse en ellas,—ni abriga rencor alguno, porque instintivamente, ella es muy generosa y grande. Es evidente que sufría al volver á encontrarse con Renato; pero atribuía ella la presencia de su visitante á un respeto de sus comunes recuerdos, y agradecíase sinceramente.

—Hallábame yo por estos lados,—había dicho Renato, para romper el silencio que se había impuesto á todos dos en los primeros minutos;—y hacía mucho, muchísimo tiempo que quería saber de vos.... Cierto es que habría podido escribiros....

—Pero habéis preferido venir, interrumpió ella, y habéis hecho bien. Yo también he pensado varias veces escribiros, por lo menos, en cada uno de vuestros triunfos. Pero, en seguida,—¡qué sé yo! no me atrevía; á pesar de que segura estaba, y muy segura, que no os habríais olvidado de éstos, vuestros amigos de otro tiempo.... Ya habéis visto por mi hijita, que ellos tampoco os han olvidado....

—¿Es vuestra primogénita?, preguntó Renato, algo así como estupefacto por aquella espontaneidad de franca simpatía.

Era la segunda,—respondió Rosalía. Perdimos una. Nos quedan ésta y tres más: dos hembras y un varón. Están ahora en el Colegio; y á Emilia la dejé conmigo, hoy, porque me pareció can-

sadita, como estropeada.... Ya veis que un mundo en pequeño me rodea.

—Entonces, replicó Vincy, después de nuevo silencio, ¿sois feliz?....

Había observado Renato que al pronunciar la palabra «nos» aquella excelente criatura había tenido un sí es no es de duda. Era esta la primera mención que hacía de su marido, por quien Renato no había tenido el valor de preguntarle.

—¿Feliz?, dijo ella, moviendo la cabeza. Ninguno lo es completamente en esta vida. Además, hemos sufrido muchos quebrantos, diversos contratiempos. Los niños han estado enfermos, y M. Passart no siempre ha tenido tantas clases como tiene hoy. Mas, estoy contenta.... Sois vos quien debéis ser dichoso, como que todo, todo os ha salido á medida del deseo!.... Tenéis gloria, tenéis fortuna, tenéis todo lo que soñabais, cuando....

No terminó la frase, pero añadió:

—Si Mme. Fresneau viviera, aunque no fuera más que para veros!....

—Vería también que hay alguien, á quien amarga el recuerdo, muy á menudo, de la calle Coëtlogón, murmuró el poeta.

—¿Decís vos eso?, interrumpió Rosalía, prendidas de rojo sus pálidas mejillas.

—Si lo digo, y es muy cierto, respondió él con marcado acento.

Y á poco, y lentamente, y largamente, dejándose llevar á pensamientos muy elevados, conmenzó á pintar su vida literaria, su vida, sí, como en aquel instante la sentía; y la mujer que años atrás había elegido para asociarla á esta vida, lo escuchaba con dolorosa inquietud, transparente en su afligida mirada.

Por parte de Renato, no era ésta vana garrulidad, no obstante que él ponía cierta complacencia en hacerse como la víctima de su propia fama. No era tampoco cálculo, si bien la diplomacia más refinada no hubiera escogido otro procedimiento para atenuar, si no para suprimir, lo que iba á tener de brutal, la exigencia que él preparaba. No, nada de eso. El autor á la moda se aliviaba las heridas que su amor propio había sufrido,—aunque jamás las confesara,—enumerando así todos los enredos, quisquillas y desagradados de la carrera de escritor, los cuales podía una imaginación ardiente, convertir con facilidad en algo de carácter trágico.

Hablaba Renato de las rivalidades nobles é innobles que acompañan siempre el buen suceso; hablaba de la atmósfera de hostilidades y calumnias en que respiran todos aquellos á quienes el público ve de lejos en una apoteosis. Censuraba la inconsciente ferocidad de ese mismo público, que trata á sus autores como un autócrata sus ministros, es decir: siempre dispuesto á hacer pedazos el favorito de ayer. Lamentábase del cansancio que el exceso forzado de producción impone á los más valerosos obreros en prosa y en verso; y finalmente, dolíase del íntimo suplicio del artista, á quien se reprocha repetirse, y debe, á cualquier precio y á todo trance, renovarse, so pena de perecer.

No caía en la cuenta, Renato, que esta lamentable elegía, era la más terrible condenación de su existencia intelectual. ¡No hablaba más que de éxitos y fracasos, de triunfos y reveses! ¡Qué triste prueba daba en eso, de que no había

tenido otro punto objetivo en sus trabajos, que producir efecto!!

La confidenta de su primer sueño de gloria, convertida, por algunos minutos, en la confidenta de la desilusión de ese sueño cumplido, no podía comprender, qué miseria moral descubría tan enfermizo deseo de voga y aplausos.

Y cuando, en fin, hubo contado (atribuyéndolo siempre á la envidia), el descalabro ó derrota de su última comedia, y la insolencia de los miembros, que se habían permitido, ¡ellos! cómicos de la lengua, no recibirla sino con correcciones, cuando era él autor de diez piezas aclamadas:

—Ah! eso es indigno, interrumpió Rosalía. Es necesario que os vengueis.... Si; vengaos dando una nueva obra maestra.

—¿Una obra maestra?, respondió Vincy, con voz de desaliento. No puede un escritor, cada vez que lo desee, llevar á cabo una obra-maestra.

—Un escritor.... replicó ella finamente, es posible.... Pero Renato Vincy.... Yo os he visto trabajar en otro tiempo; y no puedo menos que acordarme, con qué naturalidad y cuán fácilmente corrían á vuestra pluma aquellos versos tan bellos!....

Sí, sí es verdad, contestó Vincy. Y comprendiendo que aquél era el momento de hablar entonces, ó no hablar nunca:

—Sí, volvió á decir; cuando los escribía para vos.

A tan directa alusión, la primera que se había permitido desde el principio de la entrevista, la sangre afluyó á la cara de la pobre mujer. Hubo entre los dos nuevo silencio, como de tumba; y él mismo, sin tener el valor de mirarla de frente, y si se quiere, hasta azorado, agregó:

—Esos versos que os he escrito,—os acordáis,—durante seis meses, todos los días.... esos versos, digo, ¿los habéis guardado?.... ¿Los tenéis?

¡Si los he guardado!.... exclamó ella con sencillez. ¡Cómo me habéis preguntado eso!.... ¿Por qué?....

Y fijando en él, de repente, una mirada en que podía leerse la angustia enorme de lo que se atrevía á concebir y formular:

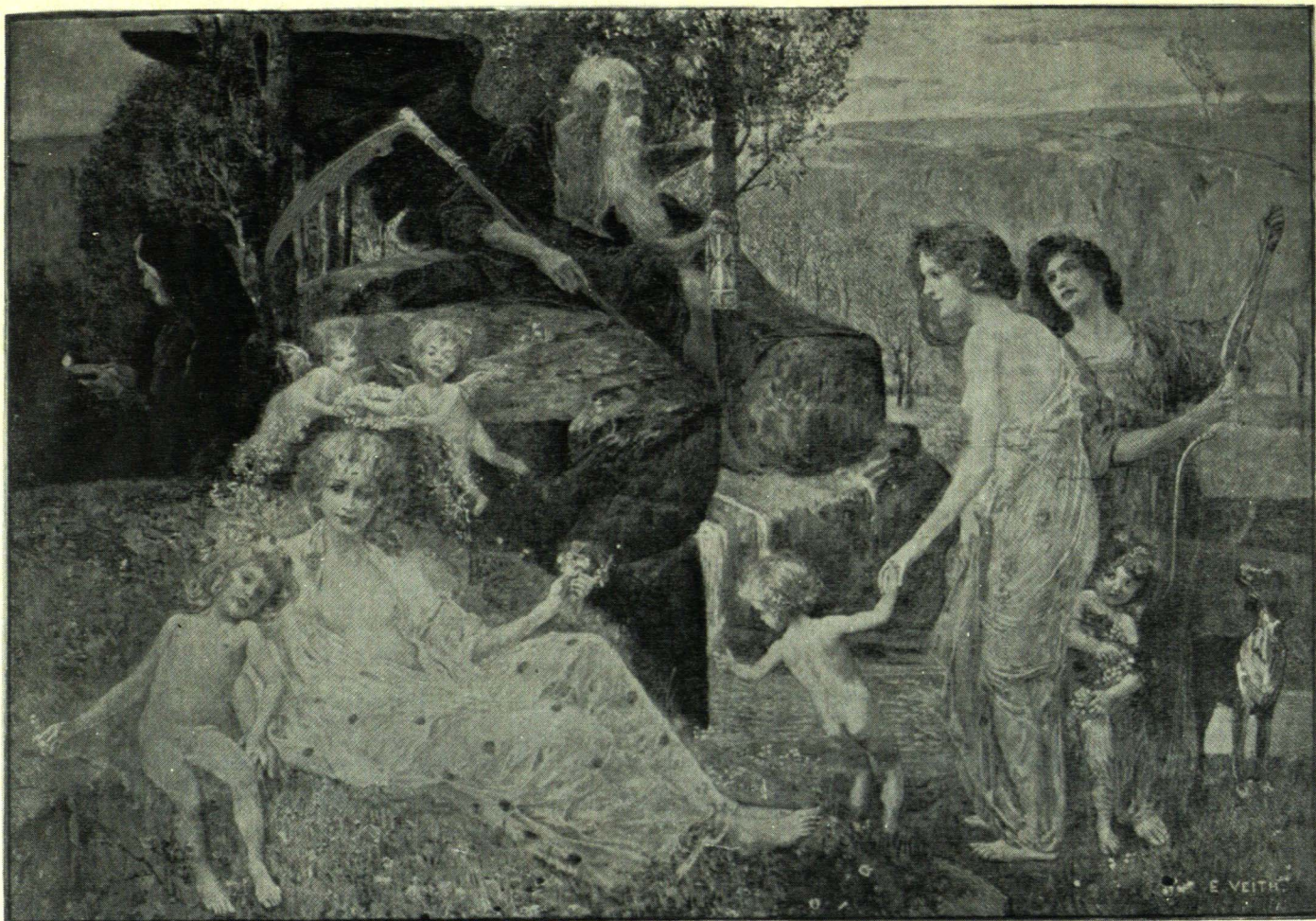
—Ah! dijo Rosalía; comprendo.... A eso habéis venido.... á pedírmelos.... Queréis exigírmelos.... Queréis.... No concluyó la frase; pero con suma allivez,—después de un instante de hesitación que fue terrible para su interlocutor,—dijole:

—Es muy justo; os pertenecen. Voy á buscarlos....

Habíase levantado y dado un paso en el sentido de la puerta. Con que Renato hubiera guardado silencio; que la dejara salir de la sala, y sin que hubiera pasado por la vergüenza de expresar su feroz deseo, habría entrado en posesión de sus versos de la juventud.

El volumen, pues, anunciado al insolente Santiago Molán, estaba á sus alcances, y si más se quiere, sin duda los «dos sueldos de gloria» también.... Pero, ¡qué lejos estaba Molán, de Vincy, en aquellos momentos; y qué lejos, qué lejos, las miserables vanidades de la vida literaria!....

Un súbito é impensado movimiento, habíalo hecho ponerse de pie. Detuvo



SATURNO Y LAS CUATRO ESTACIONES. — Cuadro de E. Veith

á Rosalía, asiéndola por un brazo; y con un acento en que vibraba de nuevo, (por la primera vez, acaso, después que ya era célebre), la sensibilidad delicada y apasionada de sus veinticinco años:

—No, prorrumpió; no penséis así.... No me juzguéis de esa manera.... No he venido yo á pedir esos versos; y á tenerlos, me horrorizaría de publicarlos. Mientras yo viva, esas poesías no se publicarán; os lo juro. Además, no tengo sobre ellas ningún poder. Esos versos no son míos: de derecho os pertenecen....

He venido, ¿sabéis á qué? A convencerme que me habíais perdonado; pero verdaderamente perdonado. A eso, únicamente á eso he venido; estoy convencido, y os lo agradezco....

..

Al pronunciar estas palabras, absoluta y totalmente contrarias á las que había preparado, Renato llevó á sus labios aquella manecita maltratada por el trabajo; la temblorosa mano de la ingenua burguesa, que había sido el único recuerdo en sus romances, la única poesía de sus versos, é imprimió sobre aquellos dedos que tan preciosamente habían guardado sus versos de joven apasionado, el ardoroso reconocimiento de su alma, en un beso que conmovió su corazón, como no lo hicieron palpar jamás, sus espléndidos triunfos teatrales.

PAUL BOURGET.
(De la Academia francesa.)

POEMAS EN PROSA

EL RETORNO DE LAS AVES



OY me he deleitado en mi jardín oyendo la sinfonia de los pájaros, que henchía de sonoridad el aire: trinos de pinzones y jilgueros, arpegios de abubillas, vocalizaciones de mirlos, trémolos de paros, oberturas de peonías, flautas de oro de oropéndolas; luego, á intervalos, sobre aquel fondo incesantemente variado, las notas graves, redobladas y profundas, de las tórtolas arrullantes. Aquella música aérea me trajo á la memoria un coro de Aristófanes:

«¡Oh pueblo afortunado de las aves! que no tienes necesidad de túnicas para el invierno, ni temes los rayos calcinantes del estío! Habitas los prados en flor

y los follajes arborescentes; y pasas el invierno en antros en que te hacen compañía las ninfas de las montañas, y en la primavera picoteas los tiernos botones y las bayas blancas de los mirthos, en los jardines consagrados á las Gracias!»

La tarde última, á la caída del crepúsculo, oía los petirrojos gorjear en las hayas y pensaba, con una dulce emoción, que cantaban del mismo modo que los que oía en mi niñez, á la orilla de los sotos de mi provincia. Los pájaros tienen de bueno que parecen siempre *los mismos*. Pasan los años; llueve vejez; los amigos desaparecen; las revoluciones cambian la faz de las cosas; las ilusiones caen como las hojas secas; y, en tanto, entre los árboles de los verjeles y de los bosques, los pájaros que hemos conocido en la niñez repiten las mismas abjuraciones familiares, modulan las mismas frases musicales con la misma voz fresca. El tiempo no parece pasar por ellos, y como se ocultan para morir, y como no asistimos á su agonía, casi podemos figurarnos que siempre tenemos delante á los cantores que han encantado nuestra juventud!.....

ANDRÉ THEURIET.
De la Academia Francesa.



Rimas

Bajo la noche de tus cabellos
hay más alburas y más destellos
que en una hostia y un arrebol!
Hondas cisternas son tus pupilas
en cuyas aguas,—siempre tranquilas,—
abrevan muchos rayos de sol.

Si son tus labios como las pomas,
como los picos de las palomas,
bella Leoní,
es porque en esos
cálices rojos llenos de aromas,
llenos de risas, llenos de besos,
toda su sangre puso un rubí.

VÍCTOR RACAMONDE.



DE "CREPUSCULOS DE ENSUEÑOS"

Cuando la extraña flor de mi esperanza abría,
yo pensaba que nunca la cobijara el día
de la desesperante y cruel melancolía.

En mi mente flotaba, como una mariposa
que flota en el abierto alcázar de una rosa,
la conquista sublime de la palma gloriosa.

Las pasadas edades y los infolios viejos
me dieron su fragancia, me dieron sus reflejos
en luminosos moldes de pulidos consejos.

Y armado de mi escudo me lancé á la pelea
—salvando el horizonte de mi nativa aldea—
con el firme baluarte de una brillante Idea.

Y sordo á los rumores, á los dardos mezquinos,
atravesé las Artes en sus varios caminos,
en medio á la jauría de falaces felinos.

Animaba mi espíritu la fe ciega y secreta
de los primeros años, la juventud es inquieta
y vislumbra accesible la codiciada meta.

Pero el hado inclemente que deshoja los años,
hizo que florecieran amargos desengaños,
y que viera doquiera falsedades y daños.

Y á la rosa de oro que mi esperanza abría
le marchita los pétalos más y más cada día
la taciturna y vaga y cruel melancolía!

R. BENAVIDES PONCE.

En Caracas.—1904.

CABELLERA FANTÁSTICA

Ha sido un carnaval silencioso, un carnaval remiso, inefusivo, sobre el cual parece descogida una gran sombra tétrica. La locura, esta vez, no ha tocado el alma de las clases de rango; y abajo, en la irredenta carne de miseria, apenas ha solivariado oscuros grupos frívolos.

Desde mi soledad, que es el acto más pleno y más perfecto de mi voluntad, inaccesible en mi orgullosa torre de marfil, absorbo el drama circundante, cuyos secretos parecen flotar en la atmósfera muda de las cosas. Aquí arriba, muy arriba, en mi lírica torre de marfil, cuya aguja se pierde como un canto en la región azul, creo presentir el grito no exhalado de horribles infortunios.

El gran ruido frenético de los coches, los carros, los caballos, los cascabeles, el alarido del pueblo delirante que en estos días reproduce la embriaguez de las fiestas imperiales, no llena las calles y los aires. Erra en las calles y los aires chillona vocería de comparsas vulgares y monótono coro inconsciente de pilluelos ociosos.

La alegría, la alegría sana y fuerte de los días clásicos del gran dios de la risa, no la veo. Las máscaras de todo el año

no han sido depuestas. Rien los rostros la risa cobarde del carnaval corriente.

La invisible ola salobre del pesar que gime en los corazones cerrados, sube hasta mí; murmura antiguas cosas trágicas en las hojas corintias de la ebúrnea torre lírica; sugiere en mi alma la sensación terrible de infortunios prescritos; despierta en mi espíritu el clamor desesperado de filosofías demoledoras; agrava implacablemente mi tristeza y fecunda en mis ojos una lágrima que brilla como gema en la penumbra y esparce sobre la miseria circundante un tenue fulgor romántico.

Es el último día. La tarde es de un gris lívido. Cae una lluvia fina, una lluvia muy fina. Parece una lluvia de largas, de breves, de raudas agujas lucientes. Con las raudas agujas cristalinas las hadas han tejido el manto gris de la tarde. En la tarde, la luz agonizante, prende un jardín de tristes reflejos descaecidos.

Bajo la fina lluvia de agujas luminosas pasa un carruaje aristocrático. Son bizarras y negros los caballos y tienen el arranque de una cuadriga heroica. Es de mimbres el coche. Parece una bru-

ñida concha marina, dorada al sol. Lo alhajan dos diosas de la carne, en cuyos ojos se encuentra el azul perdido en el cielo de invierno. En sus rubias cabezas se acumula el único oro del crepúsculo. En la porcelana de su seno y de sus hombros rutilan deshechas las finas agujas de la lluvia. Y como soles en agonía fulguran en el fondo del coche, los almohadones de púrpura en que reclinan sus niveos torsos desnudos.

En la gran tarde lívida este carruaje es de un efecto mágico. Es el solo esplendor en la aflicción llorosa del crepúsculo. Es un halo fulgente en el gran vencimiento de la luz y la alegría. Es una evocación prodigiosa, á cuyo soplo, recuerdos, anhelos y nostalgias cantan el himno de reflejos de la aurora en el bosque de rosas de un caobal en abril.

Surge un gran rumor de júbilo en todos los balcones. Una sonrisa genuina ennoblece los rostros. La franca alegría genuina radia en los ojos purificados por el minuto alado. Se alzan todas las manos; y el coche triunfal desaparece bajo una nueva lluvia sonora.

Entre el coche y los balcones úrdese pronto una red policroma. Cada momento la red es más tupida, más vibrante. Parece una arpa enorme de la cual



LA BAHIA DE NÁPOLES

se eleva la música no oída de una aleluya misteriosa. A los balcones asciende por las delgadas cintas vibrantes la música no oída. Los hilos azules conducen notas líricas; los hilos de oro conducen notas cálidas; vuelan las notas rojas, derramando en el alma la embriaguez de la vida. Un amor de poeta cuyos lirios se marchitan bajo la escarcha ardiente del dolor, abre sus alas pálidas en una cinta violácea que parece desmayarse en la tristeza invencible de la tarde.

La enorme arpa radiante es en la tarde nostálgica enorme lira divina de cuyas cuerdas fluye en música suprema la emoción torturante de los supremos misterios....

Y cuando los negros caballos bizarros arrancan otra vez con el arranque épico de una cuadriga aérea, cuando el coche triunfal parte y se aleja con su carga divina, la enorme arpa radiante rompe sus hilos sonoros, y por los extremos de los hilos sonoros se escapa entonces dispersa y fugitiva la no escuchada música misteriosa.

Los hilos de oro, resplandecientes como hilos de sol; los hilos azules, cantantes como hilos de cielo; los hilos rojos, ígneos como brasas de crepúsculo; los hilos verdes, febriles como las ansiedades del deseo, ondean ahora en desorden cual una inmensa cabellera fantástica.

Las notas líricas, las dulces notas de ensueño, apáganse ahora en la gran melancolía de la tarde lluviosa; y la no escuchada música del arpa rota resuena en mi alma como una salvaje música de suplicio.

En la brumosa proyección de la calle la trama de serpentinatas se agita, se hin-

cha y se deprime cual un mar de colores. Parece un extraño tapiz urdido en los aires por las mismas hadas miríficas que tejieron el manto gris de la tarde nostálgica.

Improviso la visión de un milagro turba mi alma.

De la loca cabellera fantástica formada por la brusca partida del coche mágico, vuela hasta mi torre de marfil y en una hoja de acanto queda engarzada, la frágil serpentina de ensueño cuyas violetas parecían desmayarse en la tristeza universal del crepúsculo. Abre sus alas pálidas en las breves urnas fragrantadas de las violetas desmayadas un amor de poeta. Y los azules lirios del amor del poeta agonizan bajo la escarcha ardiente del dolor.

JACINTO LOPEZ.

EN EL DIA DE LA PATRIA

Sintió la madre tierra en sus entrañas el rayo vengador, y sus legiones de intrépidos guerreros, cual leones, soltó por las llanuras y montañas.

Fueron terrible azote las hazañas de los bravos y ardientes escuadrones que al estruendo mortal de los cañones arrasaron con pueblos y cabañas.

Y cuando ya rendida la tarea el premio vemos de su afán prolijo en el glorioso pabellón que ondea

sobre un montón de ruinas y despojos, se llena el corazón de regocijo y se llenan de lágrimas los ojos.

FÉLIX CALLEJAS.

PEQUEÑA IGLESIA.....

Pequeña iglesia, donde, en la mañana
Entra un rayo del sol de primavera
Incendiando la gótica vidriera
Con reflejos de púrpura y de grana,

Te amo, pues me recuerdas la lejana
Torre del pueblo humilde en que naciera,
Donde á orar aprendí por vez primera
Y tendió el vuelo mi oración cristiana.....

Adoro, en el crepúsculo del día,
De tus marchitos lirios la fragancia,
Pequeña iglesia abandonada y fría;

Porque evocas imágenes de infancia,
Sombras, tras de la muerte y la distancia.....
Y á ti se une mi gran melancolía.

LEOPOLDO DIAZ.

TE ARRANCARÉ DEL ALMA.....

Te arrancaré del alma sollozante,
Flor cruel de ilusión y de mentira,
Por la que el triste soñador suspira
Y es Sirena falaz al nauta errante;

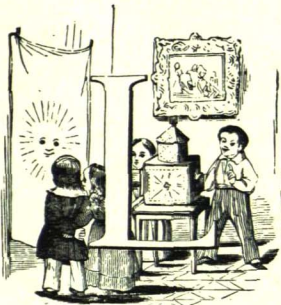
Arrancaré, sin que el dolor me espante,
La túnica fatal de Deyanira,
En la que el Héroe traicionado expira,
Sin un reproche sobre el labio amante!

Cada gota de sangre será un beso
De los que en horas de pasión me diste
Para tenerme entre tus brazos preso;

Y será mi agonía voluptuosa,
Oh encantadora Esfinje, que me heriste
Con tu larga caricia silenciosa!

LEOPOLDO DIAZ.

LA NAVEGACIÓN AEREA



A conquista de los aires! ¡La navegación del cielo con el globo dirigible! ¡Qué cuento de hadas!....

Por nada de este mundo quisiera yo echar un bal-

de de agua fría en la hoguera de entusiasmo que han provocado los recientes progresos del arte aeronáutico. Pero debo confesar que no creo en los globos dirigibles, contruidos por el principio de «más leve que el aire,» por cuanto todas las leyes físicas, así como todos los hechos de la aviación natural, prueban hasta la evidencia que el principio de «más pesado que el aire» es el único que permite esperar algún resultado.

Los globos contruidos por el primer principio, nunca serán dirigibles sino con un tiempo casi completamente en calma. Al menor viento estarán á merced de las corrientes aéreas, exactamente en las condiciones de un viejo aerostático, fuera ya de moda, que no tenía en sus buenos tiempos más pretensión que elevarse en la atmósfera y cernerse y sostenerse en ellas unas cuantas horas. Para alcanzar el fin que con tanto ardor persigue la gran descendencia de los hijos de Icaro, es preciso cambiar de rumbo. La teoría de «más pesado que el aire» está ya establecida y ha de realizarse tarde ó temprano. Se trata de encontrar un motor que sea á la vez muy liviano y muy poderoso, y no se pide nada á la fuerza ascensional del gas hidrógeno, ni de ningún otro. Y esta solución está muy lejos de las posibilidades de la ciencia actual.

Sólo que... voy á hacer otra confesión también pesimista. Estoy convencido de que el día de la solución real y definitiva del problema, la humanidad ha de sufrir una dolorosa decepción. De ninguna invención se ha prometido aquélla tantos resultados deslumbrantes como del transporte aéreo. Espera que éste ha de causar una revolución completa en todas las actuales condiciones de existencia. Y esta esperanza es vana.

Es siempre arduo predecir el porvenir. Es difícil, y á veces imposible, establecer por anticipado cuáles van á ser los efectos de una innovación. No hubo un solo contemporáneo que se formase una idea, ni aproximada siquiera de las transformaciones que debía provocar la invención de la pólvora y de la tipografía. Más todavía: en los primeros días de los ferrocarriles, en 1834, un hombre tan sagaz como Thiers, decía con desdén, que esa novedad era un juguete con que la gente se distraía momentáneamente, pero que, al cabo de poco tiempo, pasaría de moda y sería olvidado. Este error, grotesco por su enormidad, debería desanimar á todos los que se sintieran tentados á aventurar una profecía sobre la suerte que ha de correr una innovación. Sin embargo, no

obstante esta lección, que parece hecha expresamente para imponer circunspección á los que hacen pronósticos, me atrevo á manifestar la opinión de que el transporte aéreo, por perfecto é irremisiblemente seguro que sea, no realizará ni podrá realizar las promesas que ha hecho y está haciendo á las almas poéticas, embriagadas de ideal.

..

Los soñadores líricos ven como consecuencia de la construcción de máquinas perfectamente dirigibles, una revolución de todas las condiciones económicas y políticas del mundo, y por lo tanto, de toda la existencia de la humanidad. Se acabó el proteccionismo aduanero. El aire no tiene fronteras ni admite barreras. Libertad ilimitada en toda la tierra, emulación sin obstáculos de todas las fuerzas productivas, diferenciación extrema del trabajo. Se crearán todos los productos en todo lugar donde las condiciones naturales fueren más ventajosas. De ahí el mejor empleo de la capacidad del trabajador, la abundancia, el bajo precio y la permuta más intensa de los productos, y una facilidad para la vida material que dará á ésta un carácter paradisiaco.

El marco de las nacionalidades estará quebrado; el de los estados políticos será elástico ó inseguro. La facilidad de los transportes hará de cada uno un dueño de la tierra. Porque nadie se resignará ya á sufrir los males provenientes de una mala organización política, económica y social; sino que, con el corazón alegre, se decidirá á dejarse transportar á donde se encuentre mejor y á donde represente mayor valor económico. Los pueblos no podrán considerarse ya recíprocamente como rivales hostiles, ni vivir como salteadores que acechan una ocasión propicia para hacer una maldad; sino comprenderán que dependen los unos de los otros, que sus relaciones mutuas tienen que ser siempre fecundas, que todos son cooperadores de los derechos y de la dignidad, é iguales en la obra económica del mundo. Y esto hará desaparecer necesariamente todo pretexto de guerra.

Aparte de que la guerra misma sería un imposible. ¿Qué podrían hacer los acorazados contra el rayo que los hiriese desde las nubes? ¿Qué protección tendrían las fortalezas contra el enemigo que les arrojase desde el cielo sus bombas de melinita? Desde una altura inaccesible, los ejércitos en marcha ó en campamento, serían pulverizados sin peligro y fatalmente. Las batallas tendrían que librarse, pues, en los aires, donde los combatientes podrían destrozarse mutuamente; pero les sería imposible obtener un resultado decisivo, aun cuando todos estarían expuestos á morir en las más horribles condiciones.

En una palabra, el transporte aéreo significa la emancipación total del individuo de todas sus limitaciones históricas y topográficas, la fraternidad de los pueblos, la paz eterna. Tal es el sueño, ó, si se quiere, la teoría y su desenvolvimiento lógico. Pero, con seguridad, en la práctica, las cosas sucederían de una manera muy diferente.

En primer lugar, el transporte aéreo no suprimiría las fronteras, no pasaría por arriba de las barreras aduaneras.

Es cierto que sería difícil instalar un servicio aduanero aéreo; pero también es cierto que no sería absolutamente indispensable hacerlo. Porque, si no se pudiesen establecer en los aires oficinas fiscales, en tierra la policía se hallaría siempre bien organizada en todas partes. Los transportes no podrían estar cerniéndose eternamente en la atmósfera; tendrían por fuerza que bajar en algún punto, á subir de algún lugar, y estos dos actos serían mucho más difíciles de ocultar entonces que la fabricación de monedas falsas ó de bombas anarquistas, hechos que la policía de estos tiempos ha conseguido ya impedir casi por completo.

..

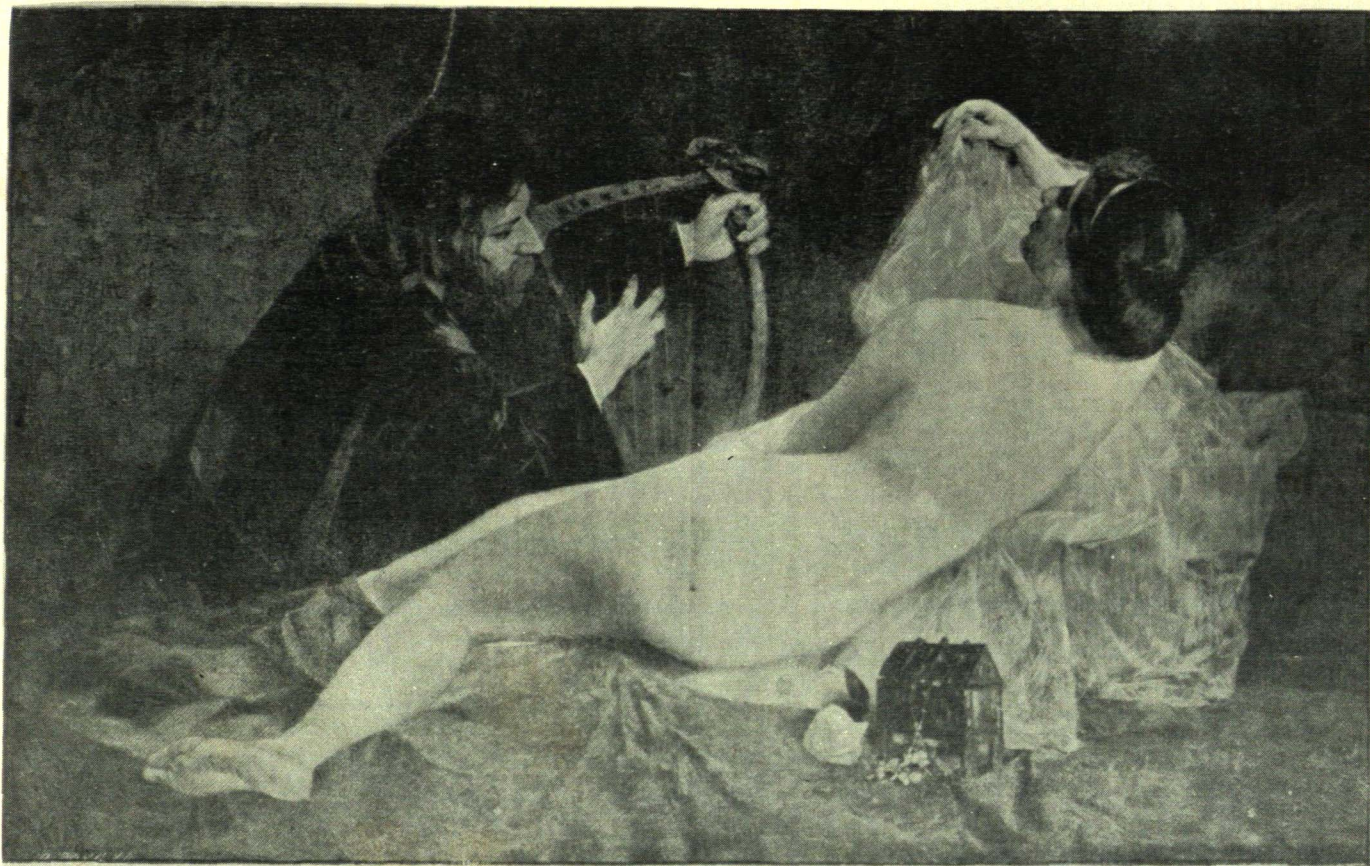
Hay en esto un dilema inexorable: ó los pueblos son lo bastante cuerdos para comprender las ventajas de una libertad absoluta de las translaciones humanas y de las permutas económicas, y en este caso no necesitan transportes aéreos para echar abajo todas las barreras aduaneras; y no están preparados para ese concepto, y entonces el transporte aéreo no podrá imponérselo.

Y si un pueblo más inteligente ó menos escrupuloso que los demás, concediese á los transportes aéreos plena libertad en su territorio y organizase una especie de contrabando en grande, los pueblos atrasados, imbuidos todavía de proteccionismo y de exclusivismo, responderían sin demora estableciendo un bloqueo que podrían hacer perfectamente eficaz. Los aeronautas serían puestos fuera de la ley; se aboliría para ellos el derecho de gentes y se les trataría como á animales salvajes contra los cuales se podría hacer fuego impunemente en todas partes y en cualquier momento. Dadas estas circunstancias, ¿qué es lo que podrían transportar las aeronaves de un país á otro? Ninguna de las grandes materias primas ni mercaderías que tienen importancia para la economía universal; cuando mucho, piedras preciosas, encajes, tal vez publicaciones prohibidas en Rusia; pero esto en nada alteraría las condiciones de existencia de la humanidad.

..

La guerra misma no quedaría suprimida con los transportes aéreos. El arte militar se transformaría, únicamente, como sucedió después de la invención de la pólvora, de los ferrocarriles, después de las nuevas aplicaciones de la química, de la metalurgia, de la electricidad.

No; el transporte aéreo no causaría una revolución ni en la política ni en la civilización. Su empleo práctico sería muchísimo más limitado. Facilitaría y haría libre de peligros los viajes de descubrimiento. En poco tiempo, nada nuevo habría que explorar ya en nuestro globo. Podría plantarse un pabellón nacional cualquiera en los dos polos; el Dalailama no podría defender ya los secretos de Lasa: los episodios trágicos, como la matanza de Gordon en Jartum y el sitio de las legaciones en Pekin, no serían ya posibles. Esto aumentaría la seguridad general en el mundo; pero, al mismo tiempo, empobrecería la crónica periodística suprimiéndole uno de sus



VENUS Y FANNHAUSER. — Cuadro de C. Hartmann

elementos de aventura y de romanticismo, de interés apasionado y de ansiedad.

Según todas las apariencias, el transporte aéreo no sería nunca un medio de comunicación para el pueblo. Este, que prevé ya el ómnibus aéreo con tarifa uniforme de diez céntimos por grado de latitud y de longitud, tiene ilusiones que son curiosas. El transporte aéreo, como el automóvil, es, por su naturaleza, un vehículo individual, no colectivo. Tal vez llegue a ser un día el más grande lujo de la flor de los privilegiados. Vencer la gravitación es un placer fantástico. No hay sueño más intenso que ese en que uno se imagina estar volando. El transporte aéreo permitirá al individuo realizar, despierto, ese sueño. Pero ¿a qué individuo? Al millonario que pueda comprar ó arrendar esa costosa máquina. Pero el pueblo no sacará de la invención el más pequeño provecho. Ni será más feliz ni más infeliz con esa invención. Sólo tendría un deseo más en la vida.

Todo esto, sin embargo, no puede impedir, como se comprenderá, la continuación de los estudios y experimentos que se proponen hallar la solución práctica del problema de la navegación aérea. He dicho ya que toda predicción es aventurada, y que las aplicaciones que la mente busca con ocasión de una invención feliz, se substraen a los cálculos de la lógica. Es posible, por lo tanto, que el transporte aéreo, una vez perfeccionado, llegue a ser algo más que un brillante complemento de la vida archilujosa.

MAX NORDAU.

CUENTOS Y NOVELAS

— PARA BAILAR —

Un día cualquiera del mes de junio de 1810, un escuadrón de carabineros del primer regimiento, que regresaba de campaña, hizo alto y frente en la Plaza de un pueblecito, a algunas leguas de Luneville.

Y llegaba casualmente en la mañana de un día de fiesta. Las astas de banderas lucían en los extremos superiores, hermosos ramos de flores; las casas se unían entre sí por festones vestidos de hojas, flores y frutas, que presentaban variadísimo aspecto; se habían barrido las calles y las mujeres habían puesto en las ventanas, cortinas nuevas.

No se veía por ninguna parte más que trajes claros. En aquel pueblecito, como donde quiera en este país de Francia,—había, en aquel tiempo, muy pocos hombres. La mayoría formaban la los invalidos, ú hombres más viejos que la sarna; porque, cuanto a los jóvenes, imposible era dar con uno, si quiera. Trabajaban muy lejos; surcaban y araban la tierra, en campos muy retirados, y más que todo, eran militares, y placiales ostentar sus laureles.

..

Demás es decir que cuando el escuadrón se plantó en uno de los ángulos de la Plaza, el silencio fue absoluto, como que, fuera de otras consideraciones, cayó como sorpresa, porque nadie lo esperaba.

Lo primero que se preguntaban aquellos rústicos, era: ¿Quiénes serían aque-

los veteranos? ¿De dónde podrían venir con aquel aire, como salidos de la tumba, demacrado el rostro, los ojos tristes, y ni uno entre ellos que se riera?

—Y son no menos que coraceros!

—Nó, dijo el viejo carretero Bertrand; yo era uno de ellos. Y para que ustedes vean que los conozco, todos ellos tienen sobre la coraza, un sol pintado.

¡Cómo no los conoceré!, cuando estos son los famosos carabineros que acaban de batirse en Ratisbona, y después en Essling; los mismos de quienes ha hablado el «Boletín».

—Son unos valientes.

—Los más, entre todos los otros cuerpos.

Si los vemos hoy, flacos como unos lobos, eso es por su bello comportamiento en las llanuras de Wagram. El hijo del molinero me ha contado que hicieron un «A la derecha!» con Nausouty, para cargar la artillería austriaca, y sólo al entrar tuvo el regimiento, parece, ventidos hombres, y doscientos caballos muertos, y ciento siete heridos.

Algo así como un estremecimiento de temor, hizo acercarse las mujeres entre sí!

—¡Pobres! ¡pobrecitos! ¡Tan valientes!...

—¡Niña! ¡Mira qué aspecto tan extenuado representan; estarán cansadísimos.

—No parece que fueran vencedores...

—Si; porque ésa es la suerte negra, replicó el carretero. Sabe usted lo que es vivir a la diablo, no comer, no dormir, y siempre a caballo.

—Por fortuna, todo pasó ya. Ya están entrando en Luneville.

—Y tendrán camas y pan caliente.

—Pero bien ganado que se lo tienen.

Mientras que el escuadrón echaba pie á tierra, un grupo de jovencitas habia permanecido en la Plaza para ver desfilar los soldados.

—Si que son altos, ¿no?

—¿Has visto el Jefe, Luisita?

—¡No me digas nada! ¡Qué Jefe! El que me ha dado mucha lástima, es aquel buen mozo de ojos azules que tiene una herida en todo el pescuezo. Cuando me vió, sentí como la muerte chiquita.

Animadas con esta declaración, las otras á su vez, también hablaron.

—Yo también noté uno, lo más pica-rón. De seguro que no tiene veinte años. ¿Y tú Anita?

—Yo no sé qué grado tiene el mío; pero si he comprendido que es desgracia-do. Miralo; es ese simpático que toca á la puerta del que vende el vinagre. ¿Te gusta?

No mucho. Tiene el pelo colorado.

—Nó, niña, color de oro.

—Bueno pues; con tal que pernocten esta noche aquí, porque tenemos baile.

—¡Cómo nó! Sí, se quedarán y baila-rán con nosotras.

Anita, en tanto, miraba al de los cabellos dorados.

—¡Caballeros del Emperador!... ¡Qué diferencia de nuestro vecino el carretero Bertrand, que á fuerza quiere hacerme bailar con él. Viejo tembleque, que es menester agarrar cada vez que da un traspie.

—Vamos á prepararnos, dice Luisa muy contenta. Yo me pongo mi traje ro-sado!

—Y yo, el mío azul.

—Yo me estrenaré mis zarcillos.

Cuando estaban hablando, corrió hacia ellas una muchacha amiga, que les dijo:

—Luisita! Anita! ¡Qué les parece; no se quedan!

Todas palidecen como muertas.

—Marcharán dentro de dos horas, y terminarán la jornada ó marcha, á tres leguas de aquí. Allá dormirán, antes de entrar en Luneville.

—¿De veras?

—Lo dijo el Coronel en la Gobernación.

Hubo un momento de gran tristeza, y un silencio de sepulcro. Dentro de aque-llos corpiños, palpitaba intranquilo más de un corazón. Luisita pensaba en su herido; Anita en el de los cabellos ru-bios.

—Eso no le pasa más que á nosotras. Ya se nos echó á perder nuestro baile, y no tendremos para las cuadrillas más que esos vejetes.

—Yo tendré, seguro, mi carretero, ex-clamó Anita.

—Y unos desdentados que en un mo-mento se cansan.

—Mientras que esos otros...

—¡Qué desgracia! dijo Luisita. Busque-mos un medio de que se queden.

Ninguna respondió; pero Anita, que sin ser la más bonita, si era la más píca-ra, les guiñó el ojo.

Tomó por el talle á sus amigas; y las estrechó tanto en un círculo que les formó con los brazos, que una naranja que hubieran arrojado en el centro, no habria llegado al suelo. Allí, después de haberlas juramentado, les explicó en voz baja aunque excitada, el famoso expe-diente elegido por ella, para impedir que la tropa marchase.

Cuando la confidencia terminó, los

papeles se distribuyeron, y se reabrió el círculo, parecían guindas aquellas ca-ras.

Era emoción, era temor, no importa; pero repetimos: parecían de púrpura. Bailar toda la noche con los Carabineros, con los vencedores de las grandes ba-tallas!

Ninguna titubeó.

—Convenido! dijeron.

—Lo juramos!

Y se separaron.

..

Una hora después se oyó en la Prefec-tura, un grito tremendo que todos los Carabineros reconocieron. Era el Co-ronel quien gritaba; y como un loco, aquel viejo soldado corria por el jar-dín.

—¿Quién ha hecho esto? ¿Quién? Ven-ga aquí todo el mundo, y dé su nom-bre.

Una averiguación en el acto! ¡Sin ver-güenzas! Juro que los voy á hacer bai-lar toda la noche!

—¿Qué hay?, preguntaba la gen-te, apiñada á las puertas. ¿Qué es lo que hay, que ese hombre grita como un eudiablado.

En esto se presentó el Oficial de Guar-dia.

¡Gresca tenemos!, dijo á los compa-ñeros. *Han cortado las cinchas.*

—¿Cómo va á ser eso!

—Como lo digo; completamente cor-tadas.

Doscientas cincuenta cinchas. Es im-posible de todo punto, volver á mon-tar.

..

La averiguación fue muy corta. El Prefecto llegó con todos sus empleados, y hallaron la sala donde se celebran los matrimonios, llena de muchachas.

Rodeado por estas abejas, el oso viejo no aulló más, sólo gruñía; y á poco, entre dos exclamaciones vulgarotas, mos-tró una sonrisa, en verdad, nada tem-ible.

—¿Qué hacen ustedes aquí, señori-tas?

—Déjelas, señor Prefecto, dijo el ve-terano.

Estas loquillas me han confesado todo, y se me confunden con el diablo. Sobre todas, hay una que ha querido cargar sola con el delito. Acércate, bebé, que así como tú, son las muchachas que yo quiero.

Confieso que eres la más *pícar*a; pero no por eso dejas de ser la más gra-ciosa.

—Si; todo está muy bien, refunfuña-ba el Prefecto, y como ahogándose: ¿quién paga las cinchas? Eso es lo que más importa!, decía.

—El Emperador. Cuando el Empera-dor sepa lo que ha pasado, me reembol-sará lo que ahora se gaste. Mientras tan-to, yo voy á despachar uno de á caballo á Luneville, y traerá cinchas mañana por la mañana. Ustedes, cabritonas, di-jo el Coronel al despedir las muchachas, hacen bien en amar los valientes; y puesto que he prometido que haria «bai-lar» toda la noche á los culpados, no me retraigo del ofrecimiento, y les voy á dar esta noche, como famosos bailado-res, á los Carabineros de Wagram.

DE «ALMA DE AMERICA»

(Inédita)

IDILIO

—

En una margen del patrio río
hice despojos de un carrizal;
y alcé una choza, sobre un pantano
siempre más puro que una ciudad.

En cuatro robles clavé el tejado;
y entre las vigas luego amarré
flexible hamaca que me adormece
como canoa con su vaivén.

Calzo mis botas de piel de toro,
sítio el machete relumbrador,
me hundo el sombrero de hojas de palma,
bajo de un cable mi cinturón;

Y allá, al bosque, que nadie explora,
me voy, silbando como un turpial,
con otro llanto que los diluvios,
ni otro suspiro que el huracán.....

Cuando la luna cae en el río
me ve durmiendo sano y feliz,
y cabecea sobre las ondas
cual si quisiese también dormir;

Y á la mañana, cuando el zenzontle
abre el estuche de su canción,
bajo la hamaca donde he dormido
los rastros frescos buscando voy

De la culebra que se enroscara,
de la tortuga que ya se fué
y del triguillo que hundió en el fango
como en un molde sus cuatro pies.

Súbito truena mi carabina
hacia la plaza que cerca está;
y me saluda con sus bostezos
despreciativos largo caimán:

Las garzas vuelan despavoridas;
y sobre el biombo del cielo azul
pintan sus equis cuando se sesgan,
como si fuesen arpas de cruz.....

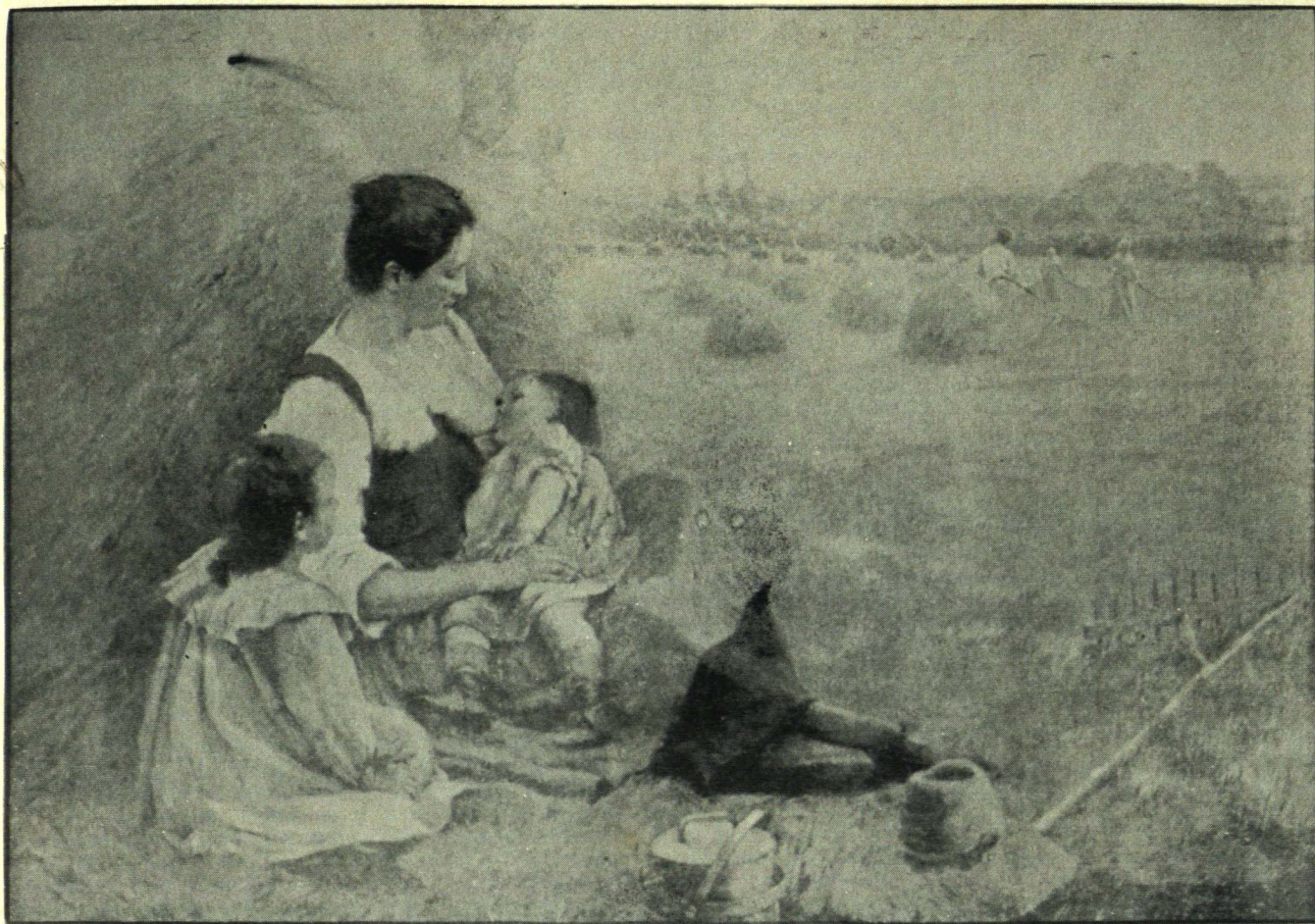
Y en el bosque persigo el tigre;
y en las cavernas, en lecho en flor,
le oigo roncando; y alzo el machete
con que le parto su corazón:

Gruñe; me fija las esmeraldas
de sus pupilas; rueda hacia atrás;
tiembla; recoge sus zarpas de oro;
se apelotona para saltar;

Y al fin la sangre que ensaya un charco,
cual una ola lo echa á mis pies:
¡y son iguales á sus pezuñas
todas las manchas que hay en su piel!

Luego, del techo cuelgo el machete,
del que gotea sangre mortal,
como la lengua del mismo tigre
que en una horca colgado está.....

Tal es mi vida. Las hojarascas,
que me aletargan con su rumor,
viven bailando sobre mi choza
como una eterna conversación;



LA VIDA DEL CAMPO. — Cuadro de André Brouillet.

Y un cocotero saca el penacho,
donde hay diez frutos en un vaivén,
como cabezas de diez salvajes
que en una lanza clavara un rey.

Tal es mi vida. Si tú lo quieres,
ven, que la hamaca te mecerá;
ven, que los cauchos te darán sombra;
ven, que las fieras te lamerán;

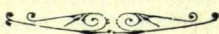
Y en este río, tendrás entonces
plumas de garza, nácar de pez,
aves de arcoiris, flores de seda,
limones de oro, cañas de miel.....

Pero; ¡ay! no vengas; que las montañas
lanzan miasmática exhalación,
que incendia fiebres como el ensueño
y que consume como el Amor.

Yo sí he nacido para esta Zona,
donde, meciéndose en un compás,
mujeres, sierpes y cocoteros
siempre han tenido cintura igual!

Yo sí he nacido para esta Zona;
porque esta zona tiene á la vez
los atractivos encantadores
y los peligros de la mujer.....

JOSÉ S. CHOCANO.



SIMULACRA GENTIUM....

—
AL SEÑOR DR. R. FRÁÑQUIZ.

Escritor y orador, Diputado de la Cámara Metropolitana.

—
Deberes de salud patria y necesidades de propia salud moral, condujéronme en largas investigaciones por el distante campo de los estudios clásicos; lejos, transitoriamente, de la diatriba de los partidos y de la agitación de los intereses corrientes. Espiritualmente he podido vivir así en ilustres días y entre magnos hombres, y de las notas dispersas acerca de unos y de otros, os envío algún recuerdo; que oree los que en abundante copia conserváis de vuestra educación académica, hecha en la propia capital de la gente latina.

EL AUTOR.

En el templo de Júpiter, acaso en una situación parecida á aquella en que el Breno iracundo profana todo el respeto de la ciudad inviolable; en medio del estrépito de los columnarios que se desploman y de los muros que se derrumban; frente á algún otro invasor soberbio, levantando Cicerón su mano y su toga, para jurar que va á morir por la patria no pudiendo salvarla;—ó en medio de la solemnidad, á las veces rumorosa, de los debates del Foro, combatiendo la tempestad arrolladora producida por su propia elocuencia, sacudido por el domar titánico de otra elocuencia que lo aventase sobre los tumbos de una dialéctica implacable;—ó, soplando so-

bre las crestas amenazantes de la multitud del pueblo romano, hirviendo al pie de la tribuna rostral; suscitando las iras y el poder de uno de aquellos plebiscitos cuyo voto pronuncia la esclavitud de los pueblos ó el vasallaje de las razas.... así, en un espectáculo asombroso de belleza aterradora,—únicos capaces de sacudir la musculatura constrictora y recia del titán latino,—así debieron haber dispuesto los dioses propicios que muriese el último ciudadano de la Roma severa de Catón y primera cima intelectual de la Roma gloriosa de Julio César.

Pero, cuando van á pasar las grandes épocas; cuando van á desaparecer la gran gloria y el brillante orgullo del estado social y político de un pueblo, parece como si las últimas eminencias que prometiesen quedar representándolo y pretendiesen salvarlo, atrajeran sobre sí las cóleras definitivas del destino, y se despedazaran sobre sus frentes, para calcinarlas, los rayos postreros de la adversidad....

Este hombre, nacido en bello tiempo y en gran país, había sido enviado para que resumiese, con el portento de su palabra y por las maravillas de su cerebro, cuanta grandeza no se hubiese concedido todavía á la patria que nació de la leyenda de la fiereza, y que llegó á culminar en plena virilidad y en el más alto vértice de promesas, con la dictadura de Julio. Desde esa altura se desprendieron, á cortos intervalos, César,

Marco Tulio y Marco Antonio, abriendo el surco sepulcral de las glorias genuinamente romanas.

Este hombre, que debió á su genio y á su palabra ascender tanto; ascender hasta la altura del Capitolio; colocar sus hombros al nivel de los que sostuvieron el peso del mundo, fue arrastrado á mezclarse en las vicisitudes de su tiempo y de su patria, por la naturaleza misma de sus dotes, bien que para ello no le prestase ningún favor la naturaleza de su carácter.

Su nombre mismo,—si hemos de atenernos á la afirmación de Plinio el Antiguo,—revela la modestia de su origen: llamábase Cicerón, porque la familia Tulia, cepa provincial arraigada en Arpino, cultivaba garbanzos, *cicer*, *ciceris*; así como de *habas* había venido el cognomento de la familia de los *Fabios*, y de *lentejas* el de *Léntulo*.

Su patria es una antigua aldea de los volscos; sus tradiciones son extrañas al ejercicio y participación del gobierno romano; su primera educación va por caminos muy distantes de los puntos á que había de llegar en los tiempos del Consulado. Sobre todo ello y gran espacio de su vida, él mismo ha dejado datos dispersos en la inmensa floresta de sus obras, marcadas por una persistente huella personalísima: huella de abogado y de orador.

Si acaso algo le vincula por su cuna á alguna resonancia pública, es la gloria de ser compatriota de Mario y de Agripa, circunstancia genitora de promesas, pero pronto olvidada en los afanes y cuidados de sus primeros estudios.

Así, preciso es guiarse por Plutarco, por el duro Dion Casio y por el propio Marco, para seguir las peripecias de esta vida de vario embate, distribuida entre brillantes días de altísima gloria y lamentables días de tristes abdicaciones y penosas debilidades, que han rasguñado el noble bronce en que la Historia ha perpetuado su figura.

El destino comienza á ser demente, cuando en el momento de recibir su enseñanza y sus impresiones de escolar, Marco Tulio es colocado por su tío bajo la dirección del célebre orador Craso, de cuya manera conserva recuerdos que le servirán para componer su gesto elocuentísimo en las luchas del Foro y de las Arengas. Pasa luego á la escuela de Mucio Scévola, y en ella, las lecciones del juriconsulto se mezclan en estimuladora amenidad con las enseñanzas demostrativas del valor ciudadano y de la entereza patricia. A bien poco tiempo, el novel concurrente ha profundizado tanto hasta los orígenes del derecho itálico,—levadura de la nueva faz del género humano,—que escribe un tratado de derecho civil; y apenas cuenta diez y seis años, viste la toga viril, precisamente á la edad en que los mancebos libres toman la «pretexa.»

Concluida su educación jurídica, dedícase al estudio de las letras griegas, y aun llega á escribir en la lengua de Demóstenes, como si fuese prevenido de que su mano maestra es la que ha de tomar la estructura del nativo idioma, para amasarla en su fina plástica después que haya sufrido el duro modelaje de la influencia bárbara; y, con el propósito de adquirir los secretos de sintetismo, de soltura y de flexibilidad que hacen de esa lengua suya el orgullo

elegante de la erudición y el recurso dócil y cuasi perfecto de las nomenclaturas sabias y de las enunciaciones felices, escribe versos, descriptivos, didascálicos é históricos, comenzando por un poema á su eminente compatriota Mario, de quien le cautiva su simpática soberbia de publicano de Arpino, carne y sangre de la futura rudeza que ha de poner en las victorias sobre el número. A ese tiempo, una verdadera academia labora sobre la fina arcilla de aquel cerebro maravilloso, al que no faltó sino una cuidadosa acción del dominio de que era capaz sobre un corazón todo honradez y todo candor, desgraciada fuente de inevitables desdichas para la patria. Son sus maestros, viviendo casi bajo su techo: el epicúreo Fedro; Filón, venido desde los jardines de Academo; Molón, el retórico; el estoico Diodoto, portadores todos de las más ricas simientes del acervo helénico, para dulcificar con ellas y hacer amables el cautiverio de los que serán traídos, de todos los parajes del planeta, á trepar las cimas abruptas del naciente Derecho.

A los veinte y seis años ya era famoso por sus victorias en el Foro; al año siguiente, la primera difícil causa criminal cuya defensa se le encomendó, iba á hacerlo de ahí en adelante y para siempre célebre, por sus complicadas conexiones con la situación política de la época:—tratábase de un cierto Roscio, acusado de haber asesinado á su padre para despojarlo de sus bienes, por dos favoritos de Sila, precisamente los mismos que habían cometido el delito. El discurso de Cicerón, *Pro Roscio Amerino*, revela, por sobre la audacia que ya encierra la aceptación de una causa en contra de la causa del dictador, cuán espontánea y genial fue siempre la habilidad del joven controversista; y por primera vez aparece en los anales de la literatura latina, exaltada á las cumbres de la tribuna pública, la profusa abundancia de una lengua cuyas maravillas de construcción parecen descubiertas de improviso en vena ubérrima; el fastuoso ropaje, de opulencia insólita, de aquel periodo oratorio y silogístico á la par, que es solamente suyo, sacudido desde la cúspide tribunicia con un gran ruido de pomposos pliegues, acordonados por ondulantes ramazones de giros nuevos y sorprendentes caprichos de majestuosa eufonía; y aquel mecanismo sólido y brillante de la frase precisa, justa, cortada netamente, encajando en los periodos como compactas y sonoras piezas de una fábrica consumada con fineza consciente de instrumento y de pulso. No en vano ese orador ha querido librarse de la influencia de la ya demodada oratoria de su primer maestro, y ha llenado los senos de su inteligencia y habituado los discursos de su imaginación con el sintetismo admirable y las secretas regiones de ingénita belleza de la patria de Platón.

A ésta se dirige de nuevo, á continuación de su triunfo en la causa de Roscio; y bajo los frescos plátanos rumorantes del Pireo, oye á Antioco; asiste á la escuela epicúrea de Zenón, de cuya moral recoge flores lozanas; oye á Demetrio, el retórico; Atico le inicia en los misterios de Eleusis, que tanto recurso de inventiva patética y feliz habían de darle; y en Rodas, amista con el famoso Molón, que, generoso y noble como todo

grande, pone en sus confidencias la valla de un aviso oportuno á cada impetuosa elación del alma joven del romano; y que después de oírlo en un debate, baja los ojos y permanece mudo y tristemente pensativo, cuando todos los oyentes aplauden al extranjero, y rompe al cabo su silencio y su meditación, con estas palabras, bellamente hiperbólicas como de un rhodio: *No te extrañe mi actitud: pensaba que había quedado á mi patria la ventaja del saber y la elocuencia, y que ahora has venido tú para trasportarla á Roma.*

De regreso á su país tiene dichosa oportunidad de ponerse en relación con el estoico Posidonio.

Para entonces ya ha muerto Sila: casa con Terencia; y, para obtener éxitos en la administración, en la cual quiere exhibirse, solicita ser cuestor, cargo que por una ley reciente le da derecho al Senado.

Es fácil que la ambición de los intriguantes, la perfidia de los especuladores y la insania de los que reclutan cómplices y vasallos, atentando á todos los respetos en su intención de conseguirlos, aparezcan en determinados intervalos de un estado político acordes con el deseo sincero, con el noble empeño y con la generosa esperanza de los que aspiran á que sean reconocidos y colocados en su sitio legítimo, esos ejemplares de honor patrio y de orgullo público, tales como lo era el Cicerón joven y ya por su talento ilustre, y que por causa muy más enaltecida que la rapacidad y el dolo, había ido fuera de las fronteras á hacer con sus aptitudes bella recomendación del nombre romano. Así, fácilmente obtuvo la cuestura y fue designado para ejercerla en Sicilia, en momentos ciertamente difíciles para la administración: sufría Roma grande escasez, y el orador adolescente y abogado de fama ya nacional, logró que los sicilianos expidiesen copiosos cargamentos de trigo á la ciudad hambreada; lo que, siendo en salvación del gobierno, no fue menos útil á Cicerón en favor popular, porque pudo la multitud alimentarse gratuitamente de los graneros de la república.

Aquel hombre, bello ejemplar de espíritu no contaminado por la intemperancia ciudadana, tenía que ser, en ejercicio del gobierno, probo, benevolente, equitativo y justiciero. Salido de un municipio, tenía el concepto puro de la libertad; disciplinado bajo cátedras ilustradas; bautizado con el óleo de las grandes y fecundas filosofías socrática y platónica; superior en grandeza consciente á los presuntuosos dominadores del Capitolio, era lógico que en Sicilia, ha poco escarnecida y ultrajada por la delirante insolencia de un delegado romano, Verres,—pretor ensoberbecido, que no quería distinguir la política del poder,—ganase el nuevo enviado la estimación universal y el sufragio de todos los ciudadanos, para que en Roma, ante quienes hubiese lugar en justicia y en derecho, alegase la causa de un pueblo saqueado y en vilipendio.

Este Cayo Licinio, ó Cayo Cornelio Verres, no era uno de esos anónimos que sólo deben su posición fugaz al humor de los poderosos. Instruido, inteligente, dotado de cierto valor audaz, conocedor profundo de ciencia administrativa, y admirablemente diestro en



BOX QUILOTE. —Cuadro de J. Moreno Carbonero

el manejo de estos asuntos, á los cuales aplicaba fecundos expedientes. Había sido cuestor en la Galia Cisalpina; había ido al Asia con Dolabella, como su lugarteniente; pretor urbano, fue nombrado antes de la cuestura de Cicerón pretor en Sicilia. Tenía esa incansable actividad y esa infeliz petulancia de los que, sabiendo de dónde no pueden pasar en significación social y en altura política, refieren al acopio de oro la ulterior salvación de su pequeño nombre, y gustan de que los pobres de espíritu se asombren y aplaudan una habilidad codiciosa que ellos son los primeros en admirarse. Era Verres, además, un instrumento agradecido del partido intemperante de Sila, y aunque á él perteneció también, por superiores motivos, Cicerón, no creía el orador, como lo creían sus jefes, y como lo creyeran la aristocracia y sus secuaces, que Roma tuviese sobre sus vencidos el derecho feroz de vida y muerte, y que los deberes de la dignidad humana fuesen concesiones de la magnanimidad: repugnaba aquel tremendo y odioso derecho de la guerra, que concede por la victoria la disposición discrecional de los bienes del vencido y la privación de su libertad sobre el campo de batalla.

No solamente había Verres usado de esas facultades, de manera inexorable; sino que al ser acusado por Cicerón, á su vuelta á Roma como abogado de Sicilia, apareció como su defensor el grande orador Hortensio. Se le rendía así un justiciero homenaje á quien ya era dignidad del Foro y gran señor de la tribuna romana, puesto que Hortensio era el más famoso de los oradores de la generación todavía actuante y diri-

gente. El mismo Cicerón, único rival triunfante sobre él, nos le pinta desde la eminencia de sus espléndidas dotes y de su vasto renombre: estrenado á los diez y nueve años de edad en el Foro, había sido defensor brillante de Flaco y de Léntulo, de Valerio Mesela y de Apio Claudio; poseía la elocuencia que Marco Tulio llama asiática; elocuencia pomposa, sobrecargada de adornos literarios, abundando estrepitosamente en pensamientos delicados y bellos, más artística que convincente, más ingeniosa que conceptuosa; fuerte y armoniosa: mucho noble estremecimiento cuando se le oía; ninguna tempestad en las multitudes, cuando pretendía azotarlas con algún período vibrante y pleno. Tal era el émulo y contrincante de Cicerón.

Este vuelve á Sicilia, para imponerse de cerca de las cosas; y al regresar á Roma, prepara siete oraciones que son siete procesos nutridos de alegatos enérgicos y descripciones patéticas, que aún hoy pueden servir de modelos. El defensor Hortensio está designado para Cónsul al año siguiente; el oro de Verres va obteniendo que se dé largas al asunto, á fin de alcanzar al tiempo de ampararse bajo la autoridad futura de su abogado; Cicerón apenas ha pronunciado dos de sus oraciones; pero, pleno de justicia, ardiendo en sed de lucha ruidosa, convencido del poder incontrastable de su palabra,—emitida por aquella voz robusta, vibrante y majestuosa, sin declamaciones y sin espasmos, que por la fe de Tito Livio no había sido jamás igualada por ninguna voz humana,—á falta de jueces que le quieran oír, apela al pueblo, lo domeña desde su tribuna, le impone su sentimiento y sus cóleras, y lo hace sacu-

dir en tan tremenda sacudida, que amedrenta al acusado, al poder, al partido, hasta el punto de que Verres toma el camino del destierro, temiendo á la tormenta que hincha sus huracanes, nutridos de centellas, al pie de la tribuna de las Arengas. La victoria moral estaba alcanzada: en lo adelante Cicerón será, junto con su máxima dignidad de primer orador del mundo romano, temible jefe de partido político.

Tienen éstos, en medio de sus terribles ofuscaciones, tacto infalible: saben cuánta promesa de victoria feliz queda contenida en la delegación que hacen de su fe, de su fuerza, de su razón y de su ideal, en la palabra de estos hombres maravillosos, que poseen el sortilegio de disciplinar con una mirada de sus ojos, las iras bullentes de una muchedumbre; que le insuflan un alma con sus labios; y que con un gesto de su brazo pueden enviar, en un minuto espantoso, los pueblos á acogotar á los tiranos, á romper las fronteras, ó á morir por la bandera de una causa.

Durante las peripecias del proceso de Verres, Cicerón admirado, Cicerón temido, es elegido edil; cargo para su situación difícil, porque es de ley dar al pueblo un espectáculo á expensas del magistrado, y el tesoro de Marco no es rico en dinero. Pero, por la penuria ilustre de los potentados del talento, vela, casi siempre desgraciadamente, la espléndida prodigalidad de los ambiciosos; y ahí está Pompeyo, cuyo oro, cuya influencia y cuya amistad salvan la popularidad del edil. Siniestra situación, para los que llevan el alma plena de la conciencia de su propio valer! El orador, gloria y blasón de la estirpe latina; el abogado, lustre del brillante

Foro; el pensador, orgullo de los pensadores eximios que han sido sus maestros, por la Grecia, por el Asia, por las Islas, tiene que convertirse, por gratitud, en panegirista de Pompeyo, cantor de sus acciones en la guerra de los Partos, en la guerra del Asia; misero propagandista de sus proyectos'....

Allí comienza la triste carrera de alternativas del orador, entre las debilidades irremediables de su carácter y el amor altísimo de su ideal:—es débil de ánimo; es vanidoso de naturaleza; es irreflexivo en el combate; se ofusca en la victoria; su cabeza está purificada, porque la lleva por entre las regiones eminentes del pensamiento humano; su frente resplandece bajo el azul; pero sus abarcas ciudadanas sacuden polvo de mezquindades, y sus sandalias patricias pisan las mismas huellas de la turba.

Resiste con Pompeyo y con la aristocracia al advenimiento del Cesarismo; él, César de la tribuna; traba amistad con Catilina, que llega en lamentable coincidencia á aspirar al Consulado cuando tambien lo quiere para sí Marco Tulio; teme el patriciado conferírsele, dadas las vacilaciones incurables de su ánimo; pero teme infinitamente más conferirlo á aquel adversario enérgico y audaz, de espíritu tormentoso, que seduce irresistiblemente á senadores, caballeros, publicanos y agiotistas. En semejante alternativa, triunfa la candidatura de Cicerón.

Única vez que el orador sirve poderosamente al político. Mientras Catilina finge esperar al año siguiente, trama la famosa conspiración, famosa por los apóstoles del Cónsul: Cicerón toma serenamente, con una hábil prudencia y una admirable firmeza, todas las medidas de resguardo: gana el orden de los caballeros, agrupándolos en torno de los senatoriales; halaga al pueblo, desdenado por Catilina; recibe diarios informes sobre la marcha de la conjuración; y cuando una mujer, una *loba* de los barrios romanos, le revela todo el plan, con minuciosas circunstancias de hora y de lugar, el Cónsul reúne al Senado en el templo de Júpiter Státor, y comienza á hacer el relato de los acontecimientos por suceder, en momentos en que Catilina, ignorando la traición de que ha sido víctima, penetra en la Asamblea. Cicerón interrumpe en el acto su relación, y con el celeberrimo apóstrofe que todavía vibra en las páginas que lee la posteridad, señala al rival despechado, atentando á la majestad romana y á su vida política; lo anónada en presencia de los senadores; lo confunde; lo hace expulsar de la Asamblea; lo acosa, con vergüenza y amenazas, hasta los asilos de Etruria, en donde muere días después. Y, contra la ley, y contra la humanidad, y contra su corazón,—que ha palpitado en los escaños de la escuela de Sócrates,—hace perecer en las prisiones á los conjurados que en ellas se encuentran detenidos: ¡el detestable político primando al genio!

El Senado le confiere, primero que á ningún romano, el glorioso dictado de *Padre de la Patria*; el Cónsul llena á Roma, y sus libros, y hasta á los partidos, con la vanagloria de su triunfo y la vanidad de su propio elogio; pierde el tacto de lo que querrá el porve-

nr; exclama pomposamente: *Roma afortunada! nacida bajo mi consulado!*.... En tanto que César, Pompeyo y Craso renuevan la tentativa de Catilina, temiendo al creciente orgullo infantil del orador.

Clodio, un ciudadano á quien antes ha ofendido, es elegido tribuno y convoca al pueblo para sancionar una ley contra los que hayan hecho morir á romanos sin juzgarlos, violando la ley Sempronia; otro tribuno, Quinto Metelo, le impide pronunciar discurso alguno al resignar la autoridad consular, obligándolo á un simple juramento: entonces, salta el orador por sobre el político vencido: trepa á la tribuna, y cuando se espera la fórmula sencilla de un juramento, Cicerón, señor de su antiguo dominio, dice majestuosamente: *Juro que he salvado la patria!*

Tenia ese hombre, como el mar, sus extrañas y gigantescas volubilidades: airado, indomable, tonante, era bello, en tempestuosa belleza, desde la cima,—coronada de rumores, de huracanes y de espumas,—de su elocuencia oceánica; apacible luego, enigmático, retirándose de la playa de combate ilustre en repliegues que avergüenzan, á las veces se le halla en algún rincón de ignorado y pobre golfete, fijo silenciosamente ó con tristísimo rumor en algún remanso sin nombre y sin gloria. En su destierro, en Macedonia al lado de Plaucio, en Dirraquio, las cartas que escribe á su mujer, á su hija Julia, á su hijo que apenas cuenta siete años, á sus amigos, son cartas indignas del Padre de la Patria, llenas de lamentaciones, sin ese dolor ceñudo y hosco de los que saben padecer; cartas más conmovedoras que viriles:—sorpréndese en ellas y quéjase como un incauto, con una candidez insólita, de verse proscrito, de que le hayan quemado sus casas, de que le hayan confiscado sus bienes; él, proscrito de Catilina, ejecutor de los conjurados, salvador de la república; cuando, político, no debe ignorar que sólo en el correr apacible de una prudencia debonaria y flemática, las situaciones aciagas de los hombres y de los pueblos no se atraviesan con honor sino arrojando los embates de sangrientas turbulencias.

Sus enemigos, con su conducta de rigor excesivo, apresuran su vuelta: el Senado declara que no tratará ningún asunto hasta que se levante el decreto de exilio; Pompeyo apoya esta actitud; el Cónsul Léntulo obtiene favorable solución, y el orador regresa á Roma, recibiendo del Senado, que le espera á las puertas de la ciudad, su casa y sus bienes. En un retiro de poco tiempo escribe la mayor parte de sus tratados sobre el *Arte de la Oratoria*, por donde pisa otra vez los flancos atrevidos de su ingénita grandeza; el Colegio de los augures le recibe en su seno, teniendo derecho entonces, á la edad de cincuenta y cuatro años, á portar el *lituo*, el bastoncillo auspicial de puño en voluta, y á vestir la preexta sacerdotal; el Senado le ofrece el gobierno de Silicia, y durante él, una guerra que termina felizmente contra los bandidos asilados en el monte Amano,—esa dura espina montañosa que clava al Libano los declives

orientales del Tauro,—le vale el pomposo título de *Imperator*.

Sobreviene la ruptura de César y Pompeyo, la guerra civil; y este extraño hombre, de infinito talento y de ningún carácter, que ha hecho el elogio de César en su discurso *De provinciis consularibus*, contribuyendo á sostenerlo en el dominio y gobierno de las Galias; que protesta contra el desarme de las legiones de la alondra y el águila, sigue, empero, el tumulto del Senado fugitivo, el día que llega á Roma la noticia del paso del Rubicón.

Regresa después de Farsalia, resuelto á refugiarse en el asilo de las letras y del arte; pero la aproximación á César, la atracción que ejercen los caracteres poderosos sobre las grandes inteligencias, le hacen reconciliarse con el Dictador, de quien otra vez ha sido amigo; pronuncia su oración *Pro Marcello*; defiende á Ligario, condenado de antemano por César, quien no oye la defensa sino por la belleza de la forma, tan paramentada de rica y súbita novedad, que el Dictador vuelve la mirada hacia aquel portento de la facundia elocuente, y, avasallado de encanto, perdona al acusado.

La naturaleza pone en aquel momento su mano irresistible sobre los rumbos de esa vida, y las desventuras domésticas del filósofo son para la posteridad la delicia de los hombres: se divorcia de Terencia; casa con Publilia, su pupila, á quien repudia á poco; mira en precaria suerte su patrimonio; y la muerte de la adorable Tulia, cara á su inmenso corazón, le hunde en su encierro de Túsculo, en donde escribe sus más bellas obras inmortales: el *Tratado de la Consolación*, *Académicas*, *Tusculanas*, *De finibus*, *De fato*, *De natura deorum*, *De divinatione*, *De officiis*.

Entre tanto, Bruto, en su áspera severidad intransigente, se hace parricida; y Cicerón aplaude en su retiro el asesinato del hombre á quien ha elogiado. Asomado un instante á la ciudad sometida por Antonio, decide marcharse á Grecia; pero vientos contrarios combaten dos veces su designio: *los dioses me ordenan ir á morir por la patria*, exclama el pensador, que sin duda no estuvo libre de la opresora pesadumbre del fatalismo antiguo; vuelve á Roma, y catorce veces el Senado y el Foro se estreman con los acentos de su indignación y de su odio: son los días de Antonio, y es la tormenta de las *Filipicas* la que ruge entre los columnarios y los festones de la Roma Eterna, Vencedora y Sacra. En uno de esos días, cuando el orador se dirige á su quinta de Caieta (Gaeta), le alcanzan los satélites de Antonio, que van á cumplir una sentencia de muerte contra aquél que, próximo el fin de la gloria romana, cercano el infinito marasmo del imperio de Octavio, ya no debía permanecer en la tierra deleznable y misera de donde se habían ausentado los últimos inmortales. Hace detener su litera, pone la cerviz al hacha de los esbirros, y recibe la muerte de Popilio, que le debía la honra y la vida. Cortadas la mano y la cabeza, el adusto Antonio no desdeña para los postreros parias aquellos despojos, y ordena clavarlos frente á la tribuna de las Arengas, viuda de su César y huérfana de su prodigioso conquistador.



ELEGIA. — Cuadro de L. von Langenmantel

Con más penetración, con menos candidez; con más fidelidad á los principios, aquel grande orador, aquel eximio abogado, aquel filósofo pudo ser un admirable hombre de Estado: amaba, con afección esencial, la libertad; tenía la noción inexorable del patriotismo puro; era devoto de justicia; creía en el bien, y, en absoluto honrado, suponía honra-
 rez en los demás.

Asombra que esa vida, solicitada por tan diversos cuidados y preocupaciones, haya podido legarnos tal copia y tan bella de producciones, que suponen una admirable espontaneidad de genio y una rabiosa energía de trabajo: sus obras completas, publicadas en la edición francesa de Leclerc, suman treinta y seis volúmenes.

En filosofía, Roma no ha tenido pensador igual; como orador, es único; retórico, abogado, autor de cartas, las naciones pueden y han hallado en él un modelo esclarecido. Y esa lengua latina, incubadora de una edad literaria, con que tan justamente se enorgullece de haber magnificado á Roma una vez la posteridad cristiana; esa lengua, que vigorizó el despertar rumoroso y deslumbrador de los latinistas del Renacimiento; la lengua que aspiran á escribir y á hablar elegantemente los eruditos, y que se hace balbutir en las universidades ilustres; ese instrumento magistral de expresión aristocrática, es la lengua hecha por Cicerón: hacia apenas ciento cin-

cuenta años que ella venía saliendo progresivamente de las fraguas bárbaras, y evolucionando con las victorias y las expansiones de la Roma batalladora y formidable, cuando fue conducida á los debates fecundos de la política y de la jurisprudencia, y suelta en cataratas milagrosas desde los ápices de la tribuna rostral, por aquel hablador titánico y maestro, que la hizo el latín por excelencia, el latín del clasicismo pristino. Le dió la fuerza, la majestad, la sonoridad flexible, la perfección que gramaticalmente podía sufrir, trayéndole de Grecia las gemas riquísimas y los grumos aromosos que faltaban al joyero nativo; extendiéndola en aplicaciones lógicas, por analogías, por comparaciones, por similitudes, por antítesis, por contrastes sugestivos y fecundos; extrayendo discretamente de su urdimbre los plexos de un nuevo brocado sedoso y áureo; acordándola con la naturaleza del oído y las demandas de la razón; dándole, en suma, en su colorido tales matices, en los que duermen remembranzas de los iris asiáticos, y en su temple tantos timbres como los que resuenan por los horizontes helénicos, que Virgilio en sus versos no la hizo ni más luminosa ni más sonora. «Sin perder nada de su primitiva firmeza, — escribe Waltz, — se hizo bastante rica para enunciarlo todo, bastante flexible para expresar los sentimientos más diversos, para bastar á los impulsos de la pasión más ardiente, á las finezas de la familiaridad, á la claridad de la enseñanza, al vigor de la

lógica, á las abstracciones de la filosofía, sin que nada pierda de su armonía para agradar al oído más delicado.»

¿Qué más? El artifice maravilloso de esa lengua hizo á la tribuna este honor incomparable: la constituyó en el sumo ideal probático de todas las aptitudes humanas; y la dotó de la virtud misteriosa de que exalta en asunción excelsa á los que nacen señores de su cima, y anonada por su propia altura á los que la profanan!

Bien ha puesto Fenelón á este hombre por sobre Demóstenes; y Quintiliano, como el primer abogado de la antigüedad.

ELOY G. GONZALEZ.

SILUETA

Te sorprende la lluvia repentina
 Discurriendo en el parque sombreado,
 En donde con coqueto desenfado
 Gozan de la frescura vespertina.

Para evitar la racha cristalina,
 Esgrimes tu paraguas desplegado,
 Que vibra cual si fuese flagelado
 Por los cordones de una disciplina.

Apenas guarecida con tu escudo,
 Marchas con paso rápido y menudo
 Escapando del agua que te asedia,

Y miedosa del suelo humedecido,
 Alzas pérfidamente tu vestido
 Mostrando la negrura de tu media.

EFRÉN REBOLLEDO.

HACIA ISPAHAN

Pierre Loti acaba de publicar una nueva serie de impresiones de viaje. Ahora su humor vagabundo lo ha llevado á Persia, en donde los cristianos no son todavía bien recibidos, como podrá juzgarse por las líneas que van á leerse.

EN BUSCA DE UN ALOJAMIENTO

Los bazares de Ispahan, que un tiempo fueron los más ricos mercados del Asia, constituyen un mundo. Sus naves de ladrillos, sus series de altas cúpulas, que se prolongan al infinito, se cortan en encrucijadas regulares, ornadas de fuentes, y aunque ya en deterioro, son todavía grandiosos. Hoyos, cloacas, aceras combas sobre las cuales resbala el transeúnte. Adelantamos penosamente, atropellados por la multitud, por los animales, y preocupados sin cesar por nuestras bestias de carga, que se retrasaban en la confusión.

Los paraderos se abren á lo largo de aquellas avenidas oscuras, proyectando sobre ellas sus raudales de luz. Todos tienen el patio á cielo abierto, en los cuales los viajeros fuman el kalyan á la sombra de un viejo plátano, cerca de alguna fuente murmurante, entre boscajes de rosas y de agabanzos blancos. Sobre estos jardines interiores, dos ó tres pisos de camaretas, todas parecidas, toman el sol por ojivas de esmalte azul.

Nos presentamos á la puerta de tres, cuatro, cinco paraderos, en los cuales se nos contesta invariablemente que todo está lleno.

Sin embargo, damos con uno en el cual visiblemente no hay nadie: pero es un chiribitil sombrío y siniestro, en el fondo de un barrio abandonado y en escombros. Es mediodía pasado, morimos de hambre, y no podemos más: entremos. Además, nuestros mulos y nuestros peones de Djoulfa, rehusando seguir adelante, arrojan toda la carga sobre la acera, delante de la puerta, en la calle desierta y de pésimo aspecto, en la que casi es de noche bajo el espesor de las bóvedas.

—Todo está lleno, nos contesta el hotelero con una sonrisa almirada....

Entonces, ¿qué hacer?

Un anciano de rostro taimado, que nos sigue desde hace un momento, se me aproxima y me habla en secreto.

—Un señor, que se halla en la indigencia,—me dice al oído,—me ha encargado que le alquile su casa. Un poco cara, quizá cincuenta *tomans* (doscientos cincuenta francos) por mes: sin embargo, puede verse....

Y me lleva lejos, muy lejos, á través de una media legua de ruinas y de escombros, para abrirme, por fin, al extremo de un pasaje, una puerta carcomida, que parece dar á una cripta....

¡Oh! ¡la mansión ideal! Un jardín, ó mejor, un nido de rosas: rosales enhiestos y altos como árboles; rosales trepadores que ocultan las paredes bajo una red de flores. Y, en el fondo, un palacete de las Mil y una noches, con una hilera de columnas largas y frágiles, de ese viejo estilo persa, que todavía se inspira en la arquitectura de los Acheménidas y en las elegancias del rey Darío. El interior es todo de un Oriente antiguo y muy puro; una sala elevada, que antes fue blanca y ahora de un tono de marfil repujado de bermejó muriente; en el pla-

fond, mosaicos en partículas de espejos, de un brillo de plata apagada, y luego abovedados de esos inevitables ornamentos de los palacios persas, que son como racimos de estalactitas ó montones de alveolos de abejas. Divanes guarnecidos de una tela de seda verde esmeralda con dibujos que en otro tiempo imitaban flámulas rosas; cojines, tapices de Kerman y de Chiraz.

En los fondos, puertas de cimbras franjadas de estalactitas y que dan á pequeñas lontananzas cubiertas de sombras; y por todas partes, un encanto turbador de vetustez, de misterio y de aventura; y el perfume de las rosas del jardín, mezclado á las fragancias de no sé qué esencias de harem, de que están impregnadas las colgaduras....

Me regreso á prisa, en busca de mi gente y mis equipajes, mientras que el viejo previene á su señor que está cerrado el trato, no importa á qué precio. Para mí, extranjero de paso, qué delicia habitar en semejante casa, oculta entre las ruinas y envuelta en silencio, en el corazón de una ciudad como Ispahan!

Pero, de pronto oigo que alguien corre detrás de mí, en la calle: es el viejo que me llama, todo desfavorado. El señor indigente rehúsa con indignación.

—Cristianos! ha exclamado, ni por mil *tomans* diarias! que se vayan á Djoulfa ó á todos los diablos!

Es la una y media. En último caso aceptaríamos cualquier alojamiento, con tal de reposar á la sombra y concluir de una vez.

En una casa de pobres, por sobre un patio en donde bullen chiquillos harapientos, una vieja consiente en alquilarnos un tugurio, cuatro paredes de adobe y un techo de ramas: sin embargo, aún se requiere la autorización de su padre, difícil de obtener, porque el anciano está en la infancia senil, ciego y sordo y hay que gritarle mucho tiempo la cosa, primero en una oreja y luego en la otra.

Apenas estamos allí, entregados á un poco de reposo, cuando llega á perturbarnos un clamor que sube: el patio está lleno de gente y la calle también; la vieja solloza en medio de aquella turba que vociferá y la amenaza con el puño.

—Cómo! le dicen, alojar cristianos! Devuélvaseles el dinero! A fuera los bagajes! Que salgan inmediatamente!

Y, dispuestos absolutamente á no salir, atrincheramos la puerta y hago saber á la multitud, por boca de un pregonero, que estoy resuelto á sufrir todos los horrores de un sitio antes que bajar. En seguida, mi criado francés y yo nos situamos en la ventana, con los revolvers montados, después de haber tenido la precaución de sacarles las balas á las cápsulas, para evitar todo riesgo de accidente....

LAS ROSAS DE ISPAHAN

Rosas, muchas rosas; en aquella corta estación, que conduce rápidamente al estío voraz, se vive allí en plena obsesión de rosas. Desde que abro la puerta por la mañana, el jardinero se apresura á traerme un ramillete recién cortado y todavía húmedo por el rocío de mayo. En los cafés se os dan rosas, al despacharos la tradicional tacilla de té. En las calles os las ofrecen los mendigos, pobres rosas que por piedad no rehusáis, pero que apenas osáis tocar, venidas de tales manos.

Hoy, diez y siete de mayo, en Ispahan, por primera vez en el año, aparición de

borriquillos portadores de hielo, para refrescar bebidas anodinas ó el agua clara; los conduce un muchacho, los pasea de puerta en puerta, anunciándolos con un grito cantado.

Han ido á recoger ese hielo lejos, en aquellas regiones que todavía se ven blanquear en los vértices de las montañas; los cestos en los cuales se le abriga son traídos sobre el lomo de pollinos, y se les cubre de follaje, sobre el cual clavan rosas.

He encontrado muchos de esos borriquillos esta mañana, al dirigirme en casa de un comerciante en babuchas, de quien he obtenido, á precio de oro, la promesa de hacerme ver tres damas de Ispahan, por escalación. Juntos trepamos sobre escombros de paredes, para mirar por un agujero hacia un jardín, en donde se hace hoy recolección de rosas.

En efecto, en él hay tres señoras, quienes armadas de grandes tijeras, cortan flores y llenan cestos, sin duda para fabricar extractos. Las esperaba mas bonitas; las que hay pintadas en las cajas de los anticuarios no me habían agradado, así como tampoco algunas lugareñas sin velo que había visto en las aldeas del camino. Muy pálidas, algo gruesas; tienen, empero, cierto encanto y ojos de antiguo candor. Llevaban la cabellera envuelta en pañuelos de seda bordados y sembrados de lentejuelas.

Visten largas túnicas y, encima de los pantalones, sayas cortas y abombadas, como faldas de bailarinas; todo parece ser de seda, con bordados que recuerdan los del siglo de Chah-Abbas. Mi guía me aseguró que eran personas de la mejor sociedad.

PIERRE LOTI.
De la Academia Francesa.

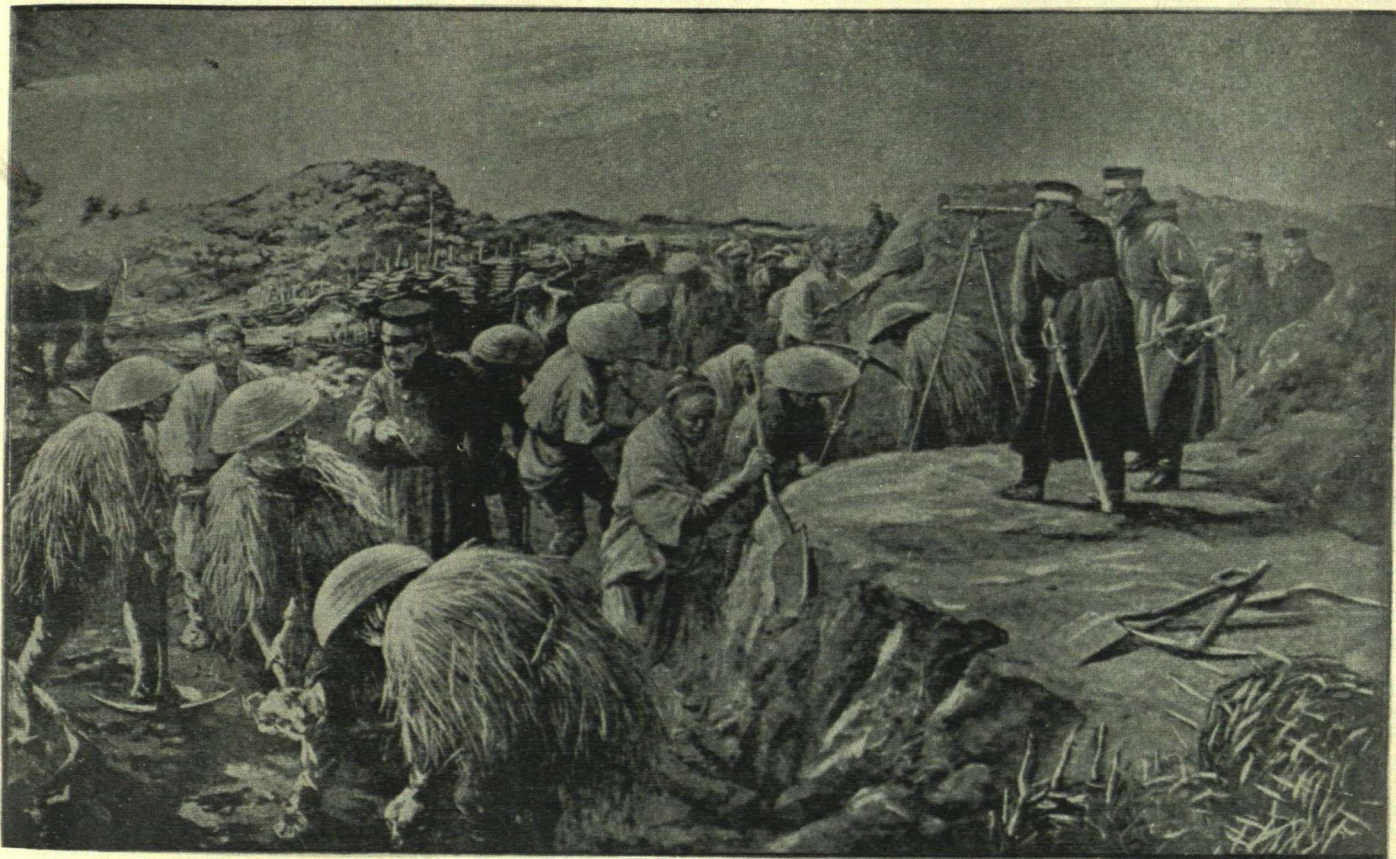
EL ALMA DE LOS JUGUETES

Los juguetes se han hecho para los niños, que no sólo ven en ellos un conjunto de formas, de colores, de ornamentos y de mecanismos. Para el niño el juguete es casi una cosa viviente, cuya alma elemental corresponde misteriosamente con la suya. El niño prefiere uno de sus juguetes, no porque sea el más lujoso, el más ingenioso; á veces, por lo contrario, el más ordinario, el más maltratado, el más informe es el que más le gusta, aquél de que no quiere separarse ni durante la noche; mientras duerme sigue estrechándolo amorosamente contra su corazón.....

¿Quiere decir esto que ama, que escoge sus juguetes al acaso? ¡No tal!..... Miremos jugar á los chicos, recordemos, lo mejor posible, el tiempo en que nosotros también jugábamos: notaremos que los gustos, las preferencias del niño obedecen á verdaderas leyes, con frecuencia no conocidas ó contrariadas en el juguete moderno.

* *

Desde luego lo que al niño más le gusta en un juguete, es la sensación de *posseerlo*, de que sea bien suyo, de modo que pueda hacer con él lo que se le antoje, sin control, sin riesgo de reprimenda. Todo lo que para él limite ese precoz instinto de propietario, lo despegá de su juguete; ¿Cuál de nosotros, en sus juveniles años, no recibió de algún amigo rico uno de esos regalos suntuosos—muñeca articulada y parlante, barco provisto de verdadera caldera, caja para experimentos eléctricos—que provocan la admiración de toda la familia?



LA GUERRA RUSO-JAPONESA: Tropas japonesas atrincherándose en el norte de Corea

Nosotros también lo admirábamos y al principio nos regocijábamos; pero pronto caíamos en la cuenta de que apenas nos dejaban tocar ese magnífico objeto, y eso con vigilancia de nuestros gestos.....

—Sería mucha lástima —decían— que una cosa tan bonita se quebrase y este niño todo lo rompe.....

Tenían razón, es muy cierto; si nos hubiesen entregado la bonita cosa, ay de su integridad..... Sólo que el derecho de destruir aparece ante las almas sencillas como el signo más patente de la posesión. Aquel juguete, demasiado protegido contra nosotros, no era nuestro manifiestamente. De él nos apartábamos con el corazón algo triste. Pronto olvidado por nosotros, poco a poco olvidado de todos, concluía por quedarse relegado sobre el anaqueo de arriba de un armario—objeto suntuoso é inútil, al que el fabricante había omitido insuflar un alma de juguete.

Si algunos padres más liberales entregan el juguete de lujo al niño, éste comienza casi en seguida á destruirlo, cosa muy natural, porque el niño no sólo quiere poseer su juguete, quiere también *comprenderlo*.... Cuando la muñeca destripada deja ver el misterio de su mecanismo, cuando la caldera hecha pedazos yace á la vera del navío, cuando las bobinas devanadas del juguete eléctrico cubren el suelo, confundidas con las ampozas rotas, entonces triunfa el autor de todas estas ruinas; principia también entonces á querer estas ruinas y destrozos. Ruinas y destrozos se animan para él, por el esfuerzo que tuvo que hacer para acumularlos y la curiosidad satisfecha. Domina el juguete despedazado con toda su tierna fuerza y toda su tierna comprensión....

Pero, en resumidas cuentas, el juguete sen-

cillo, inmediatamente inteligible y del cual respetará á veces la estructura elemental, es el que siempre elegirá espontáneamente, ¿Cuál es el juguete nacional francés, el que se encuentra en las humildes aldeas, en Flandes como en Provenza, de los Vosges á los Pirineos? Un tronco de cartón, coronado de una bola en que las facciones del semblante humano están dibujadas sin relieve. Esto basta para que el niño se imagine un hombre, una mujer, un anciano, un niño como él,—toda la humanidad. Con este bulto rudimentario, se comunica de igual á igual. Como es infinitamente imaginativo, lo transforma á voluntad, de acuerdo con las visiones de su tierno cerebro. Así aparece otra ley del arte de los juguetes: deben ser imágenes *simplificadas* de la realidad; deben ser, para el niño, asuntos de amplificación y no enigmas.

La tercera ley consiste en que el juguete ofrezca al niño un motivo de actividad personal..... El niño se encariñará con lo que le ayuda á producir movimiento y ruido, á manifestar su naciente fuerza viril; la niña amarà la muñeca á la cual viste, peina, arrulla sobre su corazón, reprende y acaricia, con la cual se ejercita ya en su oficio de mujer y de madre. Los juguetes que sólo son un espectáculo, son malos juguetes: los títeres sólo divierten al niño cuando está en compañía de otros niños, que se agitan y ríen con él. Los juguetes eternos son aquellos de que se sirve el niño para moverse y gritar más: una trompeta, un tambor sonoro, un carro móvil sobre ruedas, un caballo de palo sobre el cual se monta en realidad, una imagen humana de que atormenta las articulaciones simplificadas. Estos son los accesorios pueriles que se encuentran en todos los pue-

blos, en todas las civilizaciones. Son los que verdaderamente vienen del país encantado en donde se agita la imaginación de los pequeños, del *toy-land*, como dicen bonitamente los ingleses, que son tan sabios en el arte de divertir á la infancia. El *toy-land*, país misterioso en que los juguetes son seres dotados de vida, en que los juguetes tienen un alma!.....

* *

Nuestros juguetes modernos, hay que convenir en ello, desdeñan demasiado esas reglas esenciales. Son ó demasiado lujosos ó demasiado ingeniosos. Diríase que los que los fabrican se olvidan del niño á quien se los darán y sólo piensan en el comprador adulto que los paga. En una palabra: son juguetes «para personas grandes.» Y sobre todo las personas grandes son las que los admiran y se divierten con ellos..... El año pasado vi á toda una familia de gente razonable en cuatro pies sobre el piso de su comedor, entretenida con la maniobra de un ferrocarril mecánico, provisto de túneles, discos, estaciones, agujas... y accidente. El niño de tres años, destinatario de este objeto artístico, se aburría en un rincón de la pieza, con el corazón oprimido..... Hasta los juguetes económicos de las tenduchas del bulevar acusan esta preocupación del inventor: divertir á los niños que pasan de treinta años. Y hay que decir que lo logran. Por lo que hace á mí confieso que cada año hago recogida concienzuda de todas esas obras maestras de ingeniosidad y gracia: me divierto con ellas y colmo de obsequios á mis amigos, que no se divierten menos.

Existe, pues, una clientela para el juguete ingenioso ó de lujo, y por tanto hay ra-

zón para fomentar la industria que lo fabrica..... Pero no habría que olvidar, sin embargo, á los verdaderos ciudadanos del *toy-land*, á los pequeñuelos, que poco se cuidan de tanto lujo ni de tanto ingenio mecánico. Por Dios, señores inventores y señores vendedores de juguetes, pensad en el niño antes que en los padres!..... Las personas grandes no necesitan de juguetes, conociendo, como conocen, una porción de divertimientos de que está excluida la infancia, verbigracia, la política y el amor. Por el contrario, la infancia ha menester de juguetes para ejercitar su inteligencia, su entendimiento, sus músculos y hasta su corazón. ¿Quién dará á los francesitos los juguetes á la vez sencillos, bonitos, amables, símbolos del carácter de la raza, como los apriscos de Nuremberg simbolizan el alma legendaria alemana? Sería un bonito tema para un concurso de artistas y de pensadores el de esta invención de una teoría de juguetes verdaderamente nacionales..... Sólo tenemos ¡pobres de nosotros! á Polichinela—¡y éste nos vino de Italia!—y el informe tronco humano, relleno de salvado, por el que los niños de nuestros campos suspiran en los escaparates de las mercerías del pueblo!.....

La verdad es que, para crear esos juguetes definitivos, sería menester que el inventor fuese, al propio tiempo, un poeta. Taine ha dicho que los poetas son hombres que han conservado sus ojos de niños. Se requiere haber conservado los ojos de la infancia y también un poco de alma infantil, para inventar un juguete que sea realmente un accesorio del *toy-land*, un juguete que tenga un alma.

MARCEL PREVOST.

DE MI CARTERA

(LIBRO INÉDITO)

CORRECCIÓN

Uso del artículo



La elipsis del artículo es de lo más ocasionado á obscuridad. *La cuñada y prima* no son dos personas sino una con doble carácter; para que sean dos es necesario repetir el artículo: «*La cuñada y la prima*». Por eso es disparatada la siguiente noticia de un periódico caraqueño:

«La ausencia de la esposa é hija del señor Z fue muy lamentada por todos.»

¡He ahí un señor casado con su propia hija!

«Tengo entre mis libros las poesías de Víctor Racamonde y Maximiliano Guevara.»

¿Las hicieron en comandita? ¿No? Pues entonces ha de decirse: «*las poesías de Víctor Racamonde y las de Maximiliano Guevara*».

En *El Castellano en Venezuela* leo:

«Si el golpe ó presión es en la parte exterior del objeto de metal, lo que se ve en ella es aho-

yadura; y si el golpe ó presión se ejerce en la parte interior, lo que aparece en la exterior es abolladura.» Pág. 556.

Golpe y presión no son una misma cosa, de tal modo que si la presión se ejerce, el golpe se da—(es la primera vez que veo ejercer un golpe)—Son dos diferentes cosas y enlazarlas así es confundirlas en una sola. *El golpe ó la presión* es lo correcto.

«Páreceme lo más natural comprender en un solo capítulo lo que intento decir acerca de nombres sustantivos y de nombres adjetivos, esto es, de palabras que designan *los objetos corpóreos ó abstractos*, y de palabras que á éstos califican.» [El mismo libro, pág. 141].

Ahí parece que *corpóreo y abstracto* son una misma cosa, no siéndolo, y esto proviene de la omisión del artículo delante del segundo término. «*Los objetos corpóreos ó los abstractos*», es como debe decirse para hablar claro.

Aun cuando la elipsis del artículo no acarree ambigüedad, no debe usarse en casos como el siguiente del clásico Mariana:

«Por el mar y río se ponía mayor cuidado para impedir que no entrasen vituallas.» (*Historia de España*.)

Todo el mundo sabe que una cosa es *mar* y otra *río*, y por tanto el pensamiento está claro; pero la cabalidad de la construcción está pidiendo la expresión del artículo delante de *río*. La idea es ésta: «*Por el mar y por el río*»; y si es muy del genio de nuestra lengua la elipsis del segundo *por*, «*Por el mar y el río*», no lo es la del artículo, y mucho menos en prosa. Esa oración de Mariana no es anfibológica, por este respecto, pero está renca.

La elipsis del artículo neutro es asimismó reprensible en un bello soneto del señor Santiago González Guinán. Se refiere á Shakespeare, y el segundo cuarteto dice:

«En su Fábula el verso fulgurante
Patentiza el amor, el celo, el ruego,
El dolo, el heroísmo, el odio ciego.....
¡Contraste entre lo bello y repugnante!»

Lo bello y repugnante es un contrasentido, y á tanto no autorizan las licencias concedidas á los poetas. El contraste está seguramente entre *lo bello* y *lo repugnante*; y como el último *lo* no cabía en el endecasílabo, el poeta ha debido emplear otras palabras y salvar la corrección gramatical.

En vez del incorrecto:

«Contraste entre *lo bello y repugnantes* quizás sería mejor:

«Contraste entre *lo eximio y lo infamante*»,

ó si se quiere:

«Contraste entre *lo obscuro y lo brillante*»,

con razón tanto mayor cuanto que el vocablo *repugnante* no tiene nada de poético, ni la nobleza que un soneto heroico demanda.

No son las naturales incorrecciones de la prensa diaria, las que debemos castigar con toda severidad, sino éstas, aconsejadas por la pereza á los buenos escritores que de cuando en cuando se duermen sobre sus laureles, y nos dan pésimo ejemplo á cuantos somos sus admiradores.

Algo hay que decir acerca del indefinido *un, una*. Si escribo: «Juan y yo fuimos á Cuba con *un mismo propósito*», expreso claramente que ambos llevábamos idéntico propósito, sin expresar nada más; pero si en lugar de *un*, pongo *el*, varia el sentido de la oración: «Fuimos con *el mismo propósito*», expresa necesariamente que fuimos con *el ya dicho, el consabido* propósito.

De anglicismo intolerable califica Bello el uso del artículo en las aposiciones: «Madrid, *la capital de España*»; «El Imalaya, *una cordillera del Asia*». Y á esa atinada observación hemos de agregar la de otros casos en que el anglicismo es todavía más crudo. Los ingleses dicen sin sombra de anfibología: «Este hombre es bueno *como un carpintero*», para dar á entender que el tal hombre es bueno *en su calidad de carpintero*; pero si así lo dijéramos nosotros, estableceríamos una simple comparación, afirmando que todos los carpinteros son buenos. En este caso la construcción correcta es así: «Este hombre es bueno *como carpintero*», ó, «*como carpintero, es bueno*»; y entonces, *como*, no es conjunción comparativa, sino que significa *en su calidad de*. Es conjunción comparativa cuando digo «Esta niña es bella *como un ángel*», y la razón es obvia.

Los ingleses dicen v. gr. «Juan es *un carpintero*; es *un herrero, es un albañil*», cuando nosotros decimos que es *carpintero, es herrero* etc. expresando nada más que el oficio, el arte ó la profesión á que nuestro hombre se dedica; y si á la pregunta «¿Qué oficio tiene Juan?», responderíamos: «Es *un carpintero*», incurriríamos en intolerable anglicismo. Pero fuera de aquí, la expresión del artículo indefinido es correctísima, como en los siguientes casos:

Cuando lo que deseamos no es dar noticia del oficio, el arte ó la profesión á que se dedica el sujeto, sino de la persona misma del sujeto, v. gr., «Juan es *un carpintero que vive en Antimano*»;

Cuando para enaltecer queremos indicar con cierto énfasis que damos al vocablo precedido de *un*, todo su valor, v. gr., «Es *un sabio*», «Es *un poeta*», «Es *un hombre*»; lo que equivale á decir, «Es todo un sabio,» etc.

«Traigo salud y vida, si te atreves
A acometerlas; pero ve dispuesto
A ser un hombre, Aminta,
A ser un hombre de ánimo resuelto.»

JÁUREGUI (*Aminta*.)

Cuando para deprimir y empleando un tono de voz que carece de ortografía escrita, queremos indicar, ó que damos al predicado distinta significación, v. gr., «Es *un cómico*»; ó que despreciamos su verdadero significado, como en este dicho de una señora, trasnochada y lastimosamente aristocrática: «A ese Pérez Goya no le quiero en mi casa, porque es *un menestral*».

Y por último, cedamos la palabra á don Andrés Bello:

El artículo indefinido da á veces una fuerza particular al nombre con que se junta. Decir que alguien es *holgazán* no es más que atribuirle este vicio; pero decir que es *un holgazán* es atribuírselo como cualidad principal y característica: «Serían ellos *unos necios* si otra cosa pensasen»; unos hombres principal y característicamente necios.» BELLO (*Gramática*).

“Te acusa,
Dice que eres *un* grosero,
Desatento, majadero.
Y yo, que entiendo la musa,
Digo:—Señora, es *un* loco,
Un sucio;—y ella después
Vuelve por ti, y dice: No es;
Que ni tanto ni tampoco.”

MORETO [*El desdén con el desdén*].

Tratándose de nacionalidades, los ingleses dicen: «Juan es *un* francés, ó es *un* alemán», cuando en correcto castellano se dice, «Juan es francés, ó es alemán»; y también aquí caben todas las excepciones que acabamos de ver.

No hay que confundir—(y aplace el lector su juicio en cuanto á la necesidad de esta advertencia)—no hay que confundir el artículo indefinido, en que para nada entra la idea de numeración, con el adjetivo numeral cardinal, cuyo objeto es contar ó señalar cantidad. En el siguiente ejemplo hay tres adjetivos numerales y tres artículos indefinidos:

Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y *un* amigo, *un* sueño breve
Que no perturben deudas ni pesares.

Una mediana vida yo posea,
Un estilo común y moderado
Que no lo note nadie que lo vea.

RIOJA.

Al decir *un* sueño, el poeta no tuvo la idea de expresar que el sueño fuese *uno solo*, y lo mismo cuando dice: *una* mediana vida, *un* estilo común.

Estos tres, pues, son artículos indefinidos, y les acompaña además la circunstancia—muy frecuente en el uso correcto de esta parte de la oración,—de que pueden omitirse sin perjuicio de la claridad ni de la sintaxis castellana. Tan correctamente como en esos versos, el poeta ha podido decir: *sueño breve, mediana vida y estilo común*.

El siguiente ejemplo tiene tres adjetivos numerales y tres artículos indefinidos:

Su feliz invención cifra y reduzca
A *una* acción, á *un* lugar, á *un* solo día.
No es *una* mera imagen ni *un* retrato;
Es *un* cuadro animado, propio, vivo
De la vida civil y común trato.

MARTÍNEZ DE LA ROSA.

Nuestro exagerado purista don Rafael María Baralt, que por poco nos prohíbe estornudar porque los franceses estornudan, y usar el verbo *dormir* porque los franceses lo tienen exactamente igual, hizo muy erradas observaciones acerca del artículo indefinido, condenándolo como *galicismo* en la mayoría de los casos en que puede omitirse sin perjuicio de la claridad, como podría hacerse en el ejemplo de Rioja y en el de Martínez de la Rosa. La Real Academia, complacidísima, acoge el desacierto y lo convierte en dogma. Oigámosla:

«Abusar del artículo indeterminado *un*, *una*, es *galicismo* que rechaza nuestra lengua [*] como se puede ver en el siguiente ejemplo [de Baralt]: «Puede muy bien cualquiera llegar á ser *un* gran hombre sin estar dotado de *un* talento ni de *un* ingenio superior, con tal que tenga valor, *un* jui-

[*] ¿Quién rechaza á quién?—Que nuestra lengua rechaza—es como debe decirse, inmortales caballeros.



PRIMAVERA.—Cuadro de F. Wobring

cio sano y *una* cabeza bien organizada.» En buen castellano sobran todos esos artículos indeterminados.» *Gramática*.

En buen castellano esa lección es inaceptable, por su fondo y por su forma. En buen castellano todos esos artículos indefinidos son castizos, como vamos á comprobarlo hasta la evidencia. En buen castellano la *Gramática* académica es la gramática de una lengua especial no hablada por nadie, ni por los académicos mismos.

¿Abusar del artículo indefinido, como en el ejemplo citado es *galicismo*? Abusar de cualquier vocablo es un desacierto, no tan chocante, sin embargo, como el de declarar galicano á todo el mundo español.

Convengamos por un momento en que la Academia está en lo cierto: todos esos artículos indeterminados son galicismos; yo pregunto: ¿un vocablo francés, una locución francesa, una construcción francesa, algo idiomático, en fin,

de la lengua francesa, introducido en la nuestra desde tiempo inmemorial y usado universalmente hasta por los más prominentes ingenios castellanos. . . ¿es propiamente galicismo? Hablaría como un gañán el que respondiera que sí.

Por otra parte: dado el común origen del francés y del castellano, y comparada la edad del uno con la edad del otro, ¿cómo podemos saber quién plagió á quién, en un uso que desde hace tantos siglos existe en ambas lenguas gemelas? Con el mismo criterio que la Academia Española, ¿no podría la Francesa decir que el uso de *un, una*, en los casos ya dichos es *hispanismo* rechazado por la lengua francesa? . . .

Y sea lo que se quiera: á nosotros nos bastan los ilustres pergaminos del uso en cuestión para dejar bien sentado que éste es netamente castizo en la lengua castellana. Nos basta saber que mientras la Academia sueña con galicanos espantajos y formula reglas inconsultas, por sus puertas pasa el pueblo español cantando en su vieja y expresiva lengua:

Tiene mi novio *una* gracia,
Y *un* donaire, y *un* aquel;
Si me da un beso en Sevilla
Se le escucha en Aranjuez.

Y luego de oír al pueblo indocto, recurrir á los escritores que—según lo afirma muy acertadamente la Real Academia Española—, «SIENTAN JURISPRUDENCIA EN MATERIAS DE LENGUAJE, Á MODO DE TRIBUNAL SUPREMO.» Nos basta, pues, recurrir á CERVANTES:

Tengo *un* cierto espíritu satírico, *una* pluma *veloz* y *una* lengua libre.» [*Persiles y Segismunda*.]

«¿No sentiste *un* olor sabeo, *una* fragancia aromática y *un* no sé qué de bueno, que yo no acierto á dalle nombre?» [*Quijote*.]

¿Todos esos artículos indeterminados son galicismos? Responda ERCILLA, cuyo voto sienta jurisprudencia:

«Con *un* desdén y muestra confiada
Asiendo del broncón duro y fudoso;

.....
Era *una* dolorosa cosa vellás.

.....
Sobre las nubes con *un* gran ruido
Embistió al galeón por un costado
Llevándolo *un* gran rato suspendido.

.....
Con *una* furia igual y movimiento
Las potentes armadas se juntaron
Donde por todas partes á un momento
Los cargados cañones dispararon
Con *un* terrible estrépito.

[*Araucana*.]

Nos basta leer á BALBUENA:

Su rey libró de *una* alevosa muerte

.....
Pelayo al reino dió *un* brazo animoso.

[*El Bernardo*.]

Verso este último en que para la suavidad sobra el *un*.

Penetrada con vientos de ambos mares
Conserva *un* cielo limpio y aire sano.

[*El Bernardo*.]

Nos basta leer al divino HERRERA:

Vino el día cruel, el día lleno
De indignación, de ira y furor, que puso
En soledad y en *un* profundo llanto.

[*Elegía*.]

Nos basta leer á CALDERÓN:

Allí lloraré desdichas
De *un* hado tan inclemente,
De *una* fortuna tan fiera
De *una* inclinación tan fuerte
De *un* planeta tan opuesto
De *una* estrella tan rebelde
De *un* amor tan desdichado
De *una* mano tan aleve.

.....
Toma esta daga y con ella
Rompe *un* pecho que te ofende,
Saca *un* alma que te adora
Y tu misma sangre vierte.

[*La Devoción de la Cruz*.]

Ejemplos como éstos, abundan en las obras de Mariana, de Solís, de Melo, de Coloma, de Hurtado de Mendoza, de Quedo y de todos los grandes ingenios castellanos de los siglos XVI y XVII, como puede comprobarlo cualquier lector medianamente atento, si no le bastan los ejemplos citados; y ante hecho tan elocuente no hay remedio: ó reconocemos cuerdamente la arbitrariedad académica en el asunto de que se trata, ó caemos en el absurdo de declarar galiparlistas á todos nuestros clásicos y á todo el mundo hispano, afirmando, por ende, que la pura y genuina lengua castellana no existe sino teóricamente como el *volapug*, ó no ha producido hasta hoy sino una sola obra pura y genuinamente castellana: la *Gramática de los inmortales*.

Para llegar á esta conclusión rigurosamente lógica, no me parecía necesario copiar más ejemplos; pero ahora se me acuerda que la Academia se apoya en uno de Fray Luis de Granada; y como el otro día hubo dos caballeros que descendieron hasta mí para reprenderme porque para comprobar EL USO, EL USO PÚBLICO, EL USO GENERAL, no apelo—(ni apelaré jamás)—á la opinión de los filólogos, sino al uso mismo, tal como le encuentro en la pluma de los poetas y de los prosadores, temo que ahora se me diga que, pues el inmortal Colegio se apoya en el clásico Fray Luis de Granada, los ejemplos que cito no son concluyentes, quién sabe por qué circunstancias, propias sólo de los escritores ascéticos. Sigán, pues, las citas:

«Porque este amor es *un* breve sumario,» «¿Cómo os podré mirar, siendo vos *una* luz inaccesible?» FRAY LUIS DE GRANADA.

Quitense el *un* y el *una* y no harán falta.

Si Livio y los otros escritores no nos engañan, antiguamente se vieron en el sacro senado, *unos* romanos tan antiguos, *unas* canas tan honradas, *unos* hombres tan expertos, *unos* viejos tan maduros, que era gloria de ver lo que representaban.» FRAY ANTONIO DE GUEVARA. [*Reloj de Príncipes*.]

Ahí tenemos otro fraile galiparlista, según la Academia. Y sigan los frailes:

Y si ansí se puede decir, no sofo son *un* dechado de paz clarísimo y bello, sino *un* pregón y *un* loor. Y hiere al corazón del hombre con *una* nueva alegría.» FRAY LUIS DE LEÓN. [*La Perfecta Casada*.]

«¡En buen castellano sobran todos esos artículos indeterminados!» *Real Academia Española*.

Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero;

.....
Los árboles menea
Con *un* manso ruido.

FRAY LUIS DE LEÓN.

¡Con *un* manso ruido! Galicismo! Galicismo!

Mas bañada su angélica belleza
En *una* grave y señorial tristeza.

FRAY DIEGO DE OJEDA. [*Cristiada*.]

Y el que quiera más frailes, galiparlistas según la Academia, que vaya á un convento.

Heimos explicado la diferencia esencial que existe entre el artículo *un, una*, y el adjetivo numeral *un, uno, una*; y ahora es preciso agregar que si, como lo dejamos plenamente comprobado, el uso del artículo no tiene ni asomos de galicismo, ni aun en los casos en que puede omitirse sin perjuicio de la claridad, ó de la corrección gramatical, hay construcciones en que se corre el peligro de comunicar al artículo los caracteres del adjetivo numeral. El eminente estilista don Juan Valera, dice:

«Su filosofía [de los árabes], su ciencia, casi toda su cultura, y hasta cierto punto, su poesía misma, posterior al islamismo, me parecen, como el propio islamismo, *un* reflejo y *un* trasunto del saber de los judíos, etc.» [*Prólogo á una obra de Schack*.]

Ahí pudo decirse: *reflejo* y *trasunto*, suprimiendo los dos artículos indefinidos; pero el autor quiso dar más fuerza á estos vocablos y por eso dijo *energica* y elegantemente *un* reflejo y *un* trasunto. En ese ejemplo, pues, no era cosa de corrección el poner ó no el artículo indefinido; pero no sucedió lo mismo en el siguiente pasaje de Fray Luis de Granada:

«Hay amor de naturaleza, amor de gracia y amor de justicia: el amor de naturaleza [en la Santa Virgen] era el mayor que nunca fue ni será jamás.»

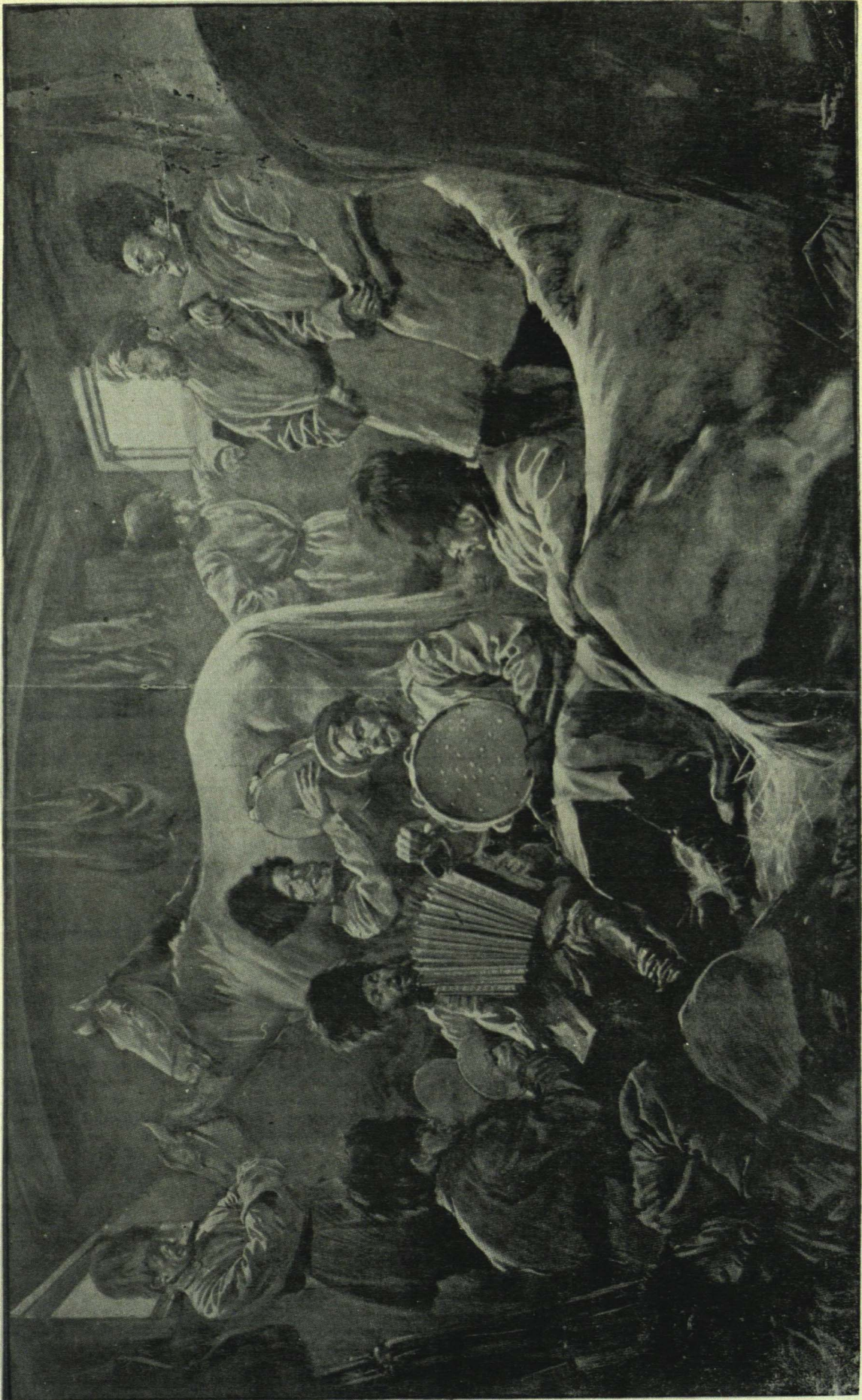
Claramente se ve por la significación de *hay*, por la copulativa puesta antes del último término de la enumeración, y por toda la estructura del período, que si el autor hubiera dicho: «hay *un* amor de naturaleza, *un* amor de gracia, y *un* amor de justicia,» habría expresado que *hay tres amores*, porque el vocablo *un*, en tal caso, no sería artículo indefinido, sino adjetivo numeral cardinal.

¿Es claro esto? Pues bien: ese ejemplo de Fray Luis de Granada es en el que se apoya la Academia para afirmar que, pues el príncipe de la oratoria sagrada no empleó ahí el vocablo *un* (adjetivo numeral en tal caso), el uso del artículo indefinido tal como se ve en todos los clásicos QUE SIENTAN JURISPRUDENCIA EN MATERIAS DE LENGUAJE, es galicismo que rechaza nuestra lengua!!!

¡Si parecen argumentos, formulados ex profeso para trabucarle el entendimiento al más cuerdo.

P. FORTOULT HURTADO.





EN UN WAGON DEL TRANSIBERIANO: Los cazacos van á la lucha cantando...

PROBLEMA

I

—Le encuentro tan mal, señora,
Tan grave, á mi ver, está,
Que, si Dios no lo remedia,
Por viuda os podéis contar.
Por tanto, fuera prudente.....
—¿Prepararlo?

—Claro.

—¡Ay!....

—El es hombre muy piadoso.
—Cristiano mejor no habrá.
Le hablaré, doctor, y al Cura
Al punto enviaré á buscar.

II

—Esposo, no te impresiones ;
Pero, como tú sabrás,
Hijos de la muerte somos,
Y aunque tú no estás hoy mal,
Vamos, que reconciliarte
Con Dios, muy bien te estará.
A ver ¿qué dices?

—Pues, digo

Que no me he confesar!....

III

—Señor Cura, señor Cura!
Usted tal vez lo podrá
Convencer, pues no se quiere,
Señor Cura, confesar!

—Con todo, nunca debemos
Perder la esperanza

—Ya!

Que logre usted confesarlo
Y que se salve!

—¡Ojalá!....

IV

—Vamos á ver, hijo mío,
¿Qué tal te sientes?

—Muy mal!

La muerte, por fin, me llama,
Y voy, Padre, á morir ya.

—Y ¿vas á morir, cristiano,
Sin tus culpas confesar?

—Yo confesarme pudiera;

Pero eso, Padre, será

Después que vea á mi esposa:

Y, si después de yo hablar

Con mi esposa ella juzgare

Que me acoja al tribunal

De la penitencia...al punto!

—Pues ella al punto vendrá.

V

—Esposo!....

—¡Querida esposa!....

—¿Por fin te confesarás?

—Bueno, después que me escuches,

Lo que debo hacer dirás.

Oyeme, pues.

—Ya te oigo.

—Muy ricos somos ¿verdad?

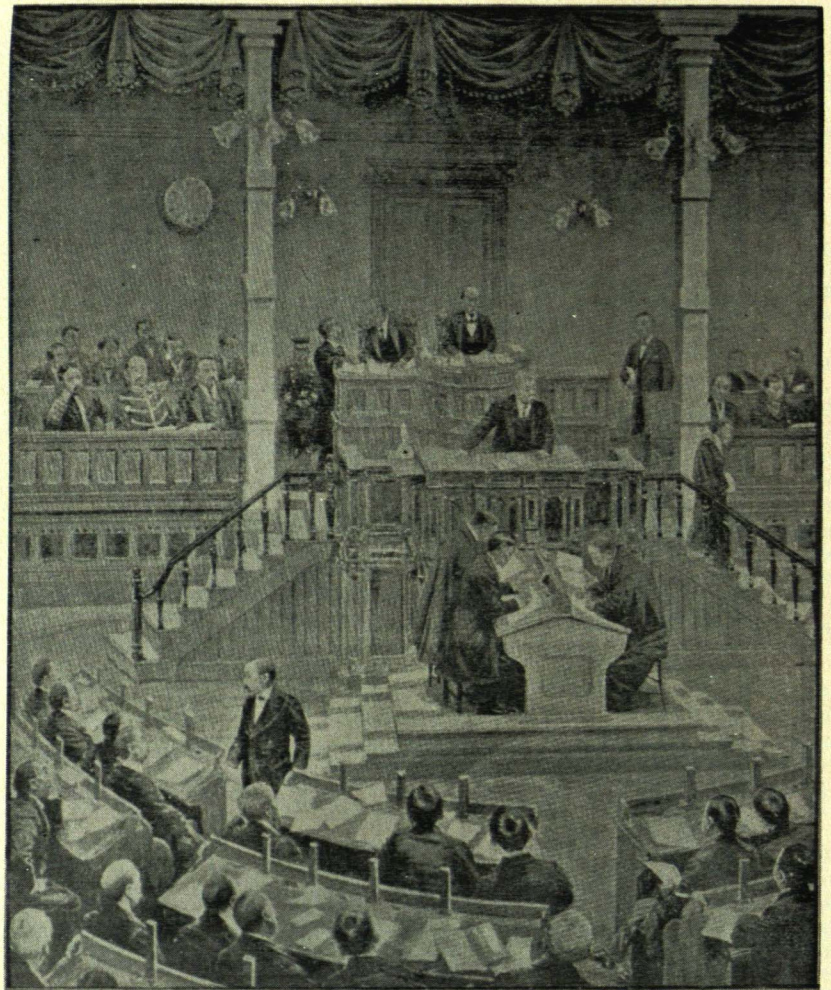
—Somos muy ricos, es cierto;
Bien lo sé.

—Mas no sabrás

Que esa riqueza es un fraude!

—¿Un fraude? ¡Qué atrocidad!

—Un fraude: ¿lo oiste?



TOKIO: Una sesión en el Parlamento japonés

—¡Esposo!

—Y, para mi alma salvar,
Debo volverla á su dueño
Antes de morir...¿estás?....
Ustedes á la miseria
Si yo me salvo, vendrán ;
Y, si me condeno,...ustedes
Quedarán muy ricos....

—¡Ah!....

—¿Qué dices tú : ¿me confieso?....

La esposa con torva faz
Dice al salir:—Señor Cura,
¡No se quiere confesar!

FELIPE TEJERA.

10 de junio de 1904.

POSTALES

á Amalia Batalla.

Tu album es un nido
de artistas ruseñores
que ofrendan homenajes á tu gentil belleza ;
del antro del olvido
cual flor de mis dolores
te ofrezco el lirio negro de mi cruël tristeza.

á Delia Uribe.

Pides á la musa mía
infortunada y cruël,
á mi musa de poeta
sin jardines ni verjales,
una pálida violeta
ó un encendido clavel ;
—solo da mi fantasía
rosas de ajeno y de hiel!—

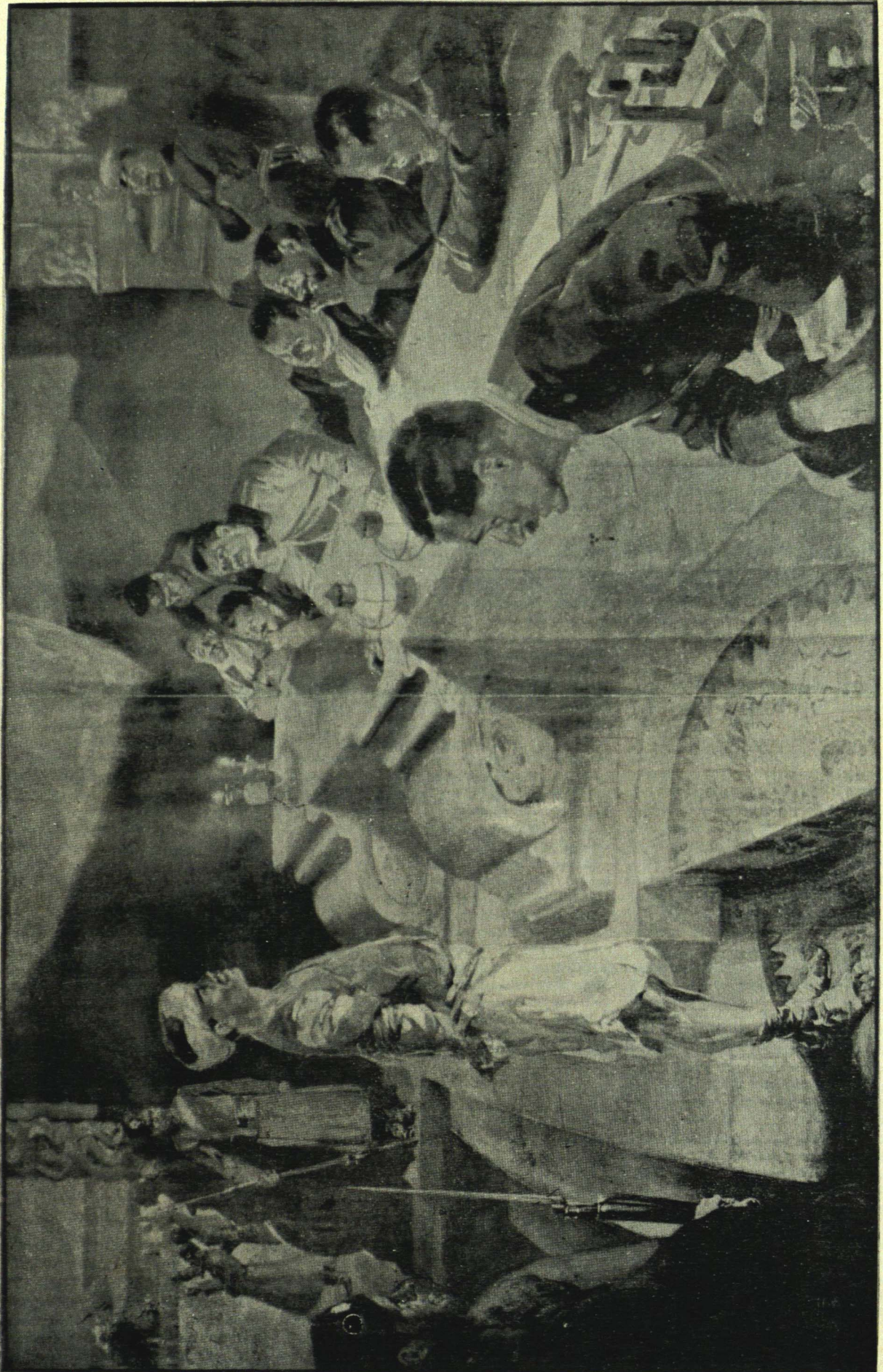
á Esther Cestero.

Me dicen los poetas
que tu libro
es un jardín de fulgurantes rosas ;
os envío las violetas
de mi plectro
como alas de tristes mariposas.

á Isabel Lujan.

La espuma de la fuente,
la nieve inmaculada de las cimas
no humilla de tu frente
la blancura ;
serían frágiles antojos
cantar en la pobreza de mis rimas
la noche de tus ojos
tan obscura !

J. I. VARGAS VILA.



ESPIA JAPONES ANTE UNA CORTE MARCIAL RUSA, EN UN TEMPLO DE LA MANCHURIA

LAS CATACUMBAS ROMANAS EN PARÍS

Todo el mundo conoce ó conocerá la maravillosa resurrección de las Catacumbas romanas en pleno París, en el Museo Grévin. Véase en qué términos explica M. Boyer d'Agén cómo colaboró en esa *Historia de una sociedad naciente* en los primeros siglos de nuestra era:

Durante la primavera del año 1901, fatigado y casi desilusionado por tantas sorpresas en la agria lucha contemporánea, fui á buscar á Roma el secreto de esas resurrecciones subterráneas que sola parece poseer aquella venerable y tantas veces secular guardiana de sepulcros. Bajo su sol de oro fundido, el cielo de la Eterna, de bóveda implacablemente azul, parece que forma á la ciudad de los muertos el más triunfal *arcosolium*, en donde estremecimientos de vida nueva y resurrecciones instantáneas fingen agitar, á toda hora, las más rígidas osamentas y las más tristes desolaciones. Una atracción irresistible me llevaba á menudo á las Catacumbas. Iba conmigo á veces el simpático escultor Bernstamm, acompañándome en aquellos fúnebres paseos á través de la campiña romana. Participaba de mis gustos por aquella tranquila y sana poesía de los hipogeos cristianos. Si la filosofía de las cosas me retenía en ellos durante largo tiempo, al artista lo atraía no menos el arte primitivo de aquella sociedad naciente y todo cuanto había prestado á otras, en formas griegas y latinas, para traducir su armoniosa belleza.

«Aquí, le decía yo á Bernstamm, aquí los niños conocieron las sonrisas que Virgilio no pudo prometer á los niños de Pison. Aquí los novios se amaron con un amor tan vivaz, que pudieron prometer siglos futuros á las generaciones nacidas de su abrazo sobrehumano. Aquí, cuando se había vivido en la paz de los hombres, se moría en la paz del Señor. La paz abría la vida, la paz cerraba la tumba. *Pax*, se leía en un sepulcro. En otro: *Vivas in pace*. Un tercero decía: *A la almita de Nectárea, paz*. Otro: *Paz á tu dulce alma, Domitila carísima*. Más: *Aquí reposan en paz Cipriano y Modestiana*. Aquí, cuando falta la inscripción rudimentaria del ignorante y buen *fossor*, la reemplaza una palma sin nombre incrustada en la teja, diciendo más acerca de quien dormía bajo la rama simbólica de la paz, que los más simbólicos discursos del mundo. Había también, en el infinito de estas tumbas, bajo la cimbra del *arcosolium*, simbólicas palomas que llevaban en el pico la rama de la paz. Era la paz aquí, la paz allá, por dondequiera, la paz. Después que esta sociedad inicial de la paz eterna vivió bajo la sombra para amarse sin fin, se tendió sobre hileras de lechos funerarios para dormir por la eternidad, y el silencio de estas criptas vela, sin luz, por las reliquias sacras de un pueblo feliz de no haber dejado historias aquí abajo.

—¿Y si transportásemos la historia de esa paz soberana en plena agitación de aquel París febricitante, en plena marejada de los boulevards, en pleno Museo Grévin?.....»

Dos años después, la obra soñada estaba realizada.

Se me permitirá decir de qué doble fuente salió ese arroyuelo de ideal que refrescará, es de esperarse, algunos labios ardientes, cuando quieran venir á desalterarse en él un instante.

*

Aquella mañana, por una de esas albas doradas que se encienden tan armoniosamente sobre las ruinas y, sobre todo, en ruinas como las de Roma, más luminosas que las otras, aca-

baba de dejar detrás de mí el *colombarium* de los Scipiones. La huerta que lo domina y los tres cipreses que surgen de un plantío de aia-chofas, bordean la calle elevada de aquella cámara funeral; y presentan un cuadro de paisaje inolvidable aquellos antiguos conquistadores del mundo que duermen bajo la supervigilancia de una porterilla de diez y seis años, en tanto que el asno de un *herbainolo* ramonea arriba los cardones que la vida hace nacer de aquellos famosos sepulcros. Ya había pasado el Arco monolítico de Druso, cuya majestad clásica me había traído á la memoria el solemne *Quale ministrum* y las estrofas marmóreas en que Horacio celebró, antes que la arquitectura, los fastos del vencedor de los vándalos. Llegado á la puerta de San Sebastián, observé á distancia toda la *Via Appia*,—la antigua y la nueva,—yéndose ambas, en forma de i griega, hacia la luz azul de las colinas *Albinas*. Aquí, la inmensa torre redonda de Cecilia Metela coloca un monte entre montes y dibuja, bajo las claridades de la aurora naciente, esos bucráneos enormes que forman las metopas y el coronamiento del formidable mausoleo. Había dado algunos pasos sobre las baldosas cuadrangulares de la milenaria vía de Appio Claudio, cuando un hombre, que salía transversalmente de una viña cercana, ganó la calzada y marchó á mi encuentro, hacia Roma, que dejaba tras de mí. Por los pequeños pasos que daban sus cortas piernas; por su talla breve, finamente vestida con una correcta levita negra, sobre todo, por su rostro lleno y el cuidadoso corte de su barba, creí reconocer en él, no á un italiano, sino á algún viajero del mundo de la academias ó de las embajadas, vagando, como yo, por placer en la campiña romana. La libertad que inspira la soledad me lo hizo saludar cuando nos encontramos.

«Buen día, señor.....me dijo en correcto francés, adivinando mejor mi origen que yo el suyo.....Vais quizá hasta la tumba de los Metela?»

—Sí, señor, le contesté. ¿Sabríaís, por casualidad, en dónde se halla la viña Amendola, en la que M. de Rossi descubrió, en 1849, la tumba de Santa Cecilia y la *Cámara de los Papas*?

—Precisamente salgo de ella. Si gustáis, volveré para acompañaros.

El ofrecimiento del amable anciano fue tan cortés, que no supe cómo expresar mi gratitud, y como ya se había puesto resueltamente á mi lado, me coloqué á su izquierda y avanzamos por la campiña. De camino me preguntó si conocía la topografía subterránea de las Catacumbas y su historia hasta el día, y luego de mi respuesta negativa, agregó, en un lenguaje excesivamente sencillo, que hasta el P. Marchi,—de quien de Rossi había sido alumno en el Colegio Romano, no aspirando á ser todavía sino su simple continuador,—la historia de las Catacumbas había sido muy mal comprendida.

Hacia saber, desde luego, que los primeros cristianos habían llamado aquellos lugares *acmeteria* ó *hypogea*, ó *area*, y no *catacumba*, nombre que no comienza á figurar en las cronografías sino hacia el siglo sexto. Dos etapas históricas marcan claramente la génesis de aquellos sepulcros: la que va hasta la décima y última persecución de Diocleciano, en 303, durante la cual el período primitivo de los cementerios cristianos se desarrolla hasta el edicto de Milán, que permite á la Iglesia salir de sus retiros subterráneos y comenzar á edificar afuera sus templos; y la que después forma el período moderno. Durante éste, las reliquias y los sepulcros de los primeros cristianos sufrieron mudanzas y mezclas de inhumaciones posteriores, por las que la arqueología marcha difícilmente, de errores en rectificaciones y de

detenimientos momentáneos en descubrimientos imprevistos y nuevos. Según él, la campiña romana está perforada de interminables vías subterráneas. El P. Marchi había contado ya 1200 kilómetros, en los cuales había colocado seis millones de sepulcros. Pero el inextricable sistema de aquellos subterráneos debía partir de las Catacumbas primitivas, á continuación de las cuales se descubrieron todas las otras. Así, era muy probable que las Catacumbas iniciales hubiesen sido las de Lucina, en donde el papa Cornelio y su amigo Cipriano,—tercer siglo de la Iglesia.—habían sido hallados por M. de Rossi. Este cementerio y nó otro debió contener también la tumba de Santa Cecilia, contemporánea de los mártires del siglo segundo, que la leyenda situaba en otra parte y que la historia ha descubierto, siguiendo las indicaciones de Rossi, en las cercanías del sepulcro de los dos primeros papas. En fin, por la tumba de Juanito, subiendo hasta el primer siglo, se llegaba á los tiempos apostólicos y á la época de Flavia Domitila. Las otras Catacumbas, abiertas en otros puntos de Roma,—sobre la vía Nomentana, por ejemplo, en donde el P. Morchi había reconcentrado sus investigaciones,—se sistematizaron de la misma manera más tarde, al azar de los descubrimientos.

«Hemos llegado á la entrada de las Catacumbas de San Calixto», agregó el interesante *cicerone*, deteniéndose en medio de la décima miliaria de la vía Appia, ante una escalera rápida y una puerta subterránea que se abrían en la noche.

Mi erudito y misterioso introductor había sacado de su bolsillo un *cerino*, que llamamos vulgarmente *rat-de-cave*, y una de esas lamparillas romanas de tierra cocida, que las excavaciones de la antigua ciudad de los Césares han puesto de moda. Por su parte un *facchino*, invitado á salir de su barraca, en donde dormía, encendió su antorcha. Alumbrados así, nos precedía el hombre del fanal, el amable anciano seguía detrás de mí, y nos introdujimos uno tras otro en un pasadizo ancho de un metro, alto de dos, interminable de longitud. A derecha é izquierda había tumbas colocadas en hiladas superpuestas de tres y cuatro. Los despojos de los muertos yacían en algunas todavía. Las que tenían abierto el tabique facial estaban vacías. En algunas cuyas paredes se conservaban intactas, el anciano introducía, por algún ladrillo roto, su *cerino*, que dejaba ver la osamenta á menudo íntegra del cristiano que yacía en ella. A sus pies reposaba la redomilla tinta en sangre que testificaba el martirio. Y siempre, en alguna parte, sobre la toba ó el mármol, el anagrama del Cristo ó el *In pace* tradicional. Acontecía también que la inscripción griega ó latina, contenida en la hue-lla de una simple sandalia, no encerraba sino estas palabras: *In Deo*. O bien, dos palmas, ó un corazón, ó una paloma, sin otra leyenda. Encontramos una que decía en griego: *A la almita de Nectárea*. Otra: *Tiburtinae filiae dilectissimae*. Otra: *Faustina dulcis libas in Deo*. En dos alejandrinos griegos se leía: *Ambos Alcinos y Alejandro, consaguíneos, los tres de doce años cumplidos, los he enviado delante de mí*. Esta menos solemne decía: *Ego felix hunc locum me vivum paravi*. «El latin decadente de esta última, agregó mi *cicerone*, prueba que las sepulturas primitivas fueron invadidas piadosamente por las generaciones posteriores de los hijos que quisieron mezclar sus despojos á los de sus padres.»

Pero el pasadizo, que se había convertido de *cubiculum* en *basílica*, la misma en donde el Obispo congregaba á los iniciados para la celebración secreta de los Misterios, se espació de pronto. La noche, que hasta entonces había sido la de las tumbas mismas, se iluminó



EL BESO DE LAS OLAN

con la luz superior de un respiradero ó *lucernaria*, que nos hizo descubrir un vasto rectángulo cubierto de pinturas murales simbólicas. En ellas figuraba un joven vestido con una corta clámide, portando sobre sus hombros un cordero. Había otro joven en pie, delante de una mesa con siete panes y otros tantos peces. Más allá un hipógrifo arrojaba del mar á Jonás y lo lanzaba sobre la playa. Las pinturas de la bóveda, casi todas pompeyanas, representaban *Orantes*. Las de las cuatro fachadas habían sido rotas para abrir tumbas. Sobre el *arcosolium* de una de ellas un fresco mayor que los otros representaba un sacerdote vestido con la *casulla* sagrada; estaba acompañado de otro, en la actitud de acólito. A la luz de la antorcha que aproximó el *facchino*, leí en letras descendentes por el borde del primer fresco: *Cornelio*.

—«El papa San Cornelio y su compañero el diácono?» pregunté.

—«Los mismos», dijo el anciano. «Y ahora, si avanzamos un poco, hallaremos algo más, quizás.»

Como si me hubiese conducido á través de los corredores de su propia casa, el extraño cicerone continuó guiándome por los interminables pasadizos que se abrían casi á cada paso, como otras tantas callejuelas espantosamente profundas, perdiéndose en la noche y el espacio y el tiempo, en aquel reino secular de la muerte. Y casi sobre cada hilada de aquella inmensa biblioteca de cuerpos humanos, las mismas inscripciones de paz eterna y de inmortal esperanza que ya había leído en las precedentes sepulturas. Marchando casi en línea recta, no debíamos haber empleado mucho tiempo en aquella exploración al reino de la paz eterna y de la suprema soledad; pero aquella línea recta se multiplicaba en mi pensamiento con todas las que se abrían hasta el infinito en torno nuestro, y de las cuales la más insignificante

me habría extraviado en una noche horrible, sin esperanza de volver á la luz y á la vida. Y todas aquellas inextricables callejuelas, entrecortándose unas á otras, y que la mano segura de mi precioso guía evitaba como en una ciudad en la que hubiese habitado toda su vida, componían en mi alma una infinidad de cálculos y de insuperables obstáculos, ante los cuales los instantes me parecían siglos. Por fin, como de pronto vino el día por la lucernaria de la cripta en donde duermen el papa Cornelio y su fiel compañero, filtró también desde la bóveda á otra cripta más espaciosa y más decorada. Allí, las mismas pinturas simbólicas; pero los revestimientos de puzzolana y de piedra tiburtina reflejaban la luz de la antorcha y acusaban mármoles preciosos. Hasta el altar erigido en la testera del cuadrilátero, todo parecía restaurado y presto para el culto. Por encima del altar, una inscripción rota en veinte sitios había reunido sus fragmentos. En ella leí, desde el primero hasta el último verso, el bello poema que el papa Dámaso compuso en honor de sus ilustres predecesores, los soberanos pontífices cuyas tumbas encontró y restauró.

—«La Cámara de los Papas, acaso?» le pregunté al anciano, con el acento de veneración que imponen aquellos lugares sagrados.

—«Aquí duermen en paz, los cinco!» agregó tranquilamente. Y paseando su *cerino* de un cenotafio á otro añadió: «Aquí, Eutiquio; allí, Fabián; más allá, Lucio; por aquí, Antero; allí, Urbano. ¿Veis su imagen al lado de la de Cresto? En este ángulo fue en donde se detuvo la azada de Pascual I, el mismo desde donde Cecilia habría podido oír la voz del pontífice, mientras dormía cerca de su papa Urbano, que presidió los funerales de la noble mártir. De Rossi no hizo sino dar tres golpes de azada en este sitio, y se descubrió la cámara mortuoria de la ilustre romana, después de

diez siglos de olvido, á la veneración del mundo. Era tan sencillo, agregó buenamente, practicar una excavación bajo el *arcosolium* de la puerta, que los primeros cristianos habían disimulado con puzzolana, para evitar á la santa la profanación con que la amenazaban las invasiones de los longobardos. . . . Y el descubrimiento del «Sepulcro de los Papas» fue más sencillo aún. La inscripción del papa Dámaso, registrada en el *Liber Pontificalis* y fija en estos muros, lo señalaba con una autenticidad irrecusable. De Rossi no hizo sino penetrar, os digo, y sobreponer letra á letra los mármoles que los Bárbaros habían roto: *Hic. concerta. jacet. etc.* Todo apareció, excepto los despojos del gran pontífice, que no había osado dejar dormir sus cenizas en el sitio en que se habían reunido los piadosos papas sus predecesores:

«*Sed cineres timuit tantos
vexare piorum.*»

Habíamos llegado á la puerta del cementerio de San Calixto. Más y más admirado por la ciencia arqueológica del buen anciano, no sabía cómo traducir mi gratitud y mi admiración. Todavía guardaba silencio, buscando en el bolsillo el *pourboire* que ofrecí al *facchino* al entregarle su *rat-de-cave*. Pero éste, con un aire grave, retirando la mano, me dijo majestuosamente:

—«*Tu'onore, Signor!* . . . El honor es mío, señor!» Y dirigiéndose obsequiosamente á mi introductor, agregó:

—«*A rivederla, signor Commendatore!*»
—«*Star zitto!* Silencio! «le interrumpió el otro con la mano, en tanto que se alejaba saludándome galantemente, sin volverse atrás.

El *cicerone* que la casualidad me había ofrecido para aquella primera visita á las Catacumbas, no era otro que el mismo de Rossi.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—COSTUMBRES: Juegos de sociedad en el siglo XVI.—FEMINISMO: Profesiones femeninas.—IMPRESIONES Y NOTAS: ¿Son europeos los rusos?

JUEGOS DE SOCIEDAD EN EL SIGLO XVI.—La refinada sociedad del Renacimiento, en Italia sobre todo, encontraba verdadero deleite en todos los juegos en que tomaba parte el ingenio; de allí pasaron los juegos de las tertulias italianas á Francia, y allí produjeron todos los refinamientos del hotel de Ramboillet y de las Preciosas.

La vida literaria y aristocrática de las principales ciudades italianas de aquel tiempo, se refleja fielmente—como dice Marenduzzo en la *Rivista d'Italia*—en la historia de sus Academias. Menos las que dieron eficaz incremento á las letras ó á las ciencias, las Academias no son unas simples reuniones alegradas por frases ingeniosas y gratas conversaciones, tiroteo de palabras en que cada cual procuraba lucir su ingenio y sus habilidades, y donde las señoras figuraban como reinas, estimulando con su presencia y con su intervención á los asistentes. Según el novelista veneciano Celio Malespari, lo que en las veladas sienesas maravillaba á todo elevado espíritu eran la prontitud de la comprensión, la sutileza del ingenio, la rapidez de la réplica.

Uno de los juegos más corrientes era el de versificar: uno de la tertulia recitaba un verso, y otro tenía que responder con otro, ya de su propia cosecha, según los casos, ya del mismo autor que el citado, y hasta de la misma composición, lo cual supone un conocimiento profundo de las obras literarias más salientes. Así, un jorobado, cuyas espaldas eran extraordinariamente grandes, quería que una señora recitara un verso; la señora se excusaba, y el jorobado, para pincharla un poco, la dijo:—Podría usted citar aquel de

¡Oh pobrecita mía! ¡Qué torpe eres!

Pero la señora, sin perder tiempo, recogió el flechazo y se lo devolvió, diciendo:—Ese no; más bien diré aquel otro de

Que hace con sus espaldas sombra á Marruecos.

Algunos de aquellos juegos, llamados de broma y de agrado, son semejantes á los modernos, ó por lo menos están informados en el mismo principio de dar ocasión á los amantes para comunicarse, como cuando un joven susurra al oído de una dama una palabra, y por el gesto ó la indicación con que responde, se manda á otro que adivine lo dicho por el caballero; muy semejante es el juego del *secretto*, en el que la señora da la respuesta en voz alta, y el director de la velada llama á uno de los presentes para que adivine la pregunta.

Sin hablar de las adivinanzas, que tuvieron gran fortuna en las tertulias del siglo XVI, había también los juegos de ingenio, para los que se requería pleno conocimiento de los autores contemporáneos, y especialmente de los romances caballerescos italianos y españoles, siendo Petrarca el autor predilecto. Así, en el juego de los *retratos* ó de la *pin-tura*, había que formar una belleza perfecta tomando de cada señora presente la más hermosa parte del cuerpo ó del espíritu, pero expresando cada cualidad

con versos del Petrarca ó de Ariosto. Otras veces se dejaba libertad al estro poético, como en el juego de los *Epitafios*, en los que cada cual debía hacer al compañero su epitafio en un distico; de este juego era una variante el del *Templo de la inmortalidad*, en el que los jóvenes debían consagrar á la eternidad una de las señoras presentes, declarando en una inscripción, propia para ponerse en el pedestal de una estatua, la virtud que abría las puertas del templo á la señora. También se relaciona con este tipo de juego el que consiste en ayudar á un novio, que cercano el día de la boda, no ha encontrado todavía la frase que debe escribir en la cornisa de su lecho, suministrándole cada cual un verso ó sentencia al efecto; así, uno decía: «Y por más no poder, cuanto puedo hago;» y otro le indicaba: «El espíritu está pronto, pero la carne está apagada;» y así sucesivamente. No sólo se improvisaban versos, sino que se interpretaban pensamientos de poetas y se declaraba el significado de los sueños, de los animales, de los colores y de las piedras.

En el juego de las *pedras*, se suponía que cada hombre había conservado la naturaleza de las piedras lanzadas por Deucalion después del diluvio, y cada señora la de las lanzadas por Pirra, debiendo decir cada cual de qué clase de piedra estaba formado el corazón de las damas presentes.

En el juego de la *quirnaldá*, los hombres se fingían pastores y las señoras ninfas, y cada cual indicaba las flores de que se había de componer la quirnaldá con que había de ceñirse la cabeza de cada cual, declarando el significado de todos sus colores y cualidades.

El juego de las *Empresas* era de los que más se prestaban al lucimiento del ingenio: consistía en inventar una figura relacionada con un lema que el caballero debía llevar en la sobrevesta, escudo y bandera; semejante á éste era el juego del *reverso*, por el que se fingía acuñar una medalla de oro ó de plata con la efigie de cada señora presente, y en el reverso grabar una frase digna de la dama del anverso. La mitología hacía el gasto principal en estos juegos, ocupando el primer puesto Cupido y Venus, y razonándose el porqué de pintar ciego al amor, por qué niño, por qué desnudo, por qué con arco, y explicándose cómo es que, ciego siempre, acertaba con sus flechas al corazón, y cómo es niño teniendo tantos años, y cómo es gran señor yendo siempre desnudo.

El juego de las *Amazonas* consistía en considerar á las damas presentes como una falange de amazonas venidas para combatir á los hombres; el director del juego hacía salir en medio de la sala á una de las damas y á un caballero, y les preguntaba con qué armas pensaban luchar y defenderse; si una dama, por ejemplo, decía que pensaba vencer á su caballero con la espada de la fidelidad, él respondía: «y yo pienso defenderme con el escudo de la poca credulidad.»

También estaba entonces muy en boga el juego de las *suertes* ó *venturas*, semejante á los que ahora conocemos con los nombres de *años* y *estrechos*, sólo que allí se hacía con más ceremonia y con mayor entusiasmo. El juego del *correo* consistía en contar noticias imaginarias, como si cada cual llegara de

una expedición como un correo y refiriese lo que había visto ó imaginado ver. El de la *caza del amor* suponía la persecución del amor que se refugiaba en los ojos, en los labios, en el pecho de una dama, y allí se le acorralaba con palabras y frases para rendirlo.

La misma ingeniosidad que en los juegos resplandecía en las penitencias que se imponían á los jugadores, y que consistían en declamar un soneto, en resolver una duda amorosa, tratada en los libros de caballería ó en el *Filocalo*, en escribir cartas que excitaran la risa ó el aplauso, en recitar escenas de comedias improvisadas, ó en burlas más ó menos graciosas ó pesadas que se discutían según las circunstancias. En todos estos juegos se gozaba de cierta libertad de lenguaje, prefiriéndose las palabras ambiguas ó de doble sentido, como lo requerían las costumbres de aquel siglo, inspirado en aquella elegante formalidad y refinada hipocresía que triunfaban en la vida y en el arte.

..

PROFESIONES FEMENINAS.—Pablo Bastien acaba de publicar *Las carreras de la joven*, de cuya lectura viene á deducirse, como dice Emilio Faguet en la *Revue Bleue*, que la antigua frase de que «el matrimonio es la verdadera carrera de la mujer» sigue siendo la frase más cierta.

Pero no es menos cierto que las jóvenes pueden responder: «Está bien, la que puede; pero no todas pueden: los maridos están muy caros y no los tiene quien quiere; que se casen con nosotras, y haremos perfectamente nuestra carrera de esposas; pero lo que nos impide ser casadas, es que no se encuentra quien quiera casarse con nosotras.»

Ahora bien: para las que por gusto ó por necesidad no se casan y tienen que ganarse la vida por sí mismas, ¿qué profesiones existen? Muy pocas en la realidad, aunque legalmente no faltan caminos á la mujer, ya que, fuera del sacerdocio, del ejército y de la magistratura, tiene abiertas todas las demás puertas, pudiendo ser médicas, abogadas, farmacéuticas, profesoras, carteras, telegrafistas, telefonistas, cajeras, tenedoras de libros y hasta jefes de estaciones ferroviarias. No hay, pues, que acusar á la legislación, que apenas pone trabas al feminismo, sino más bien á las costumbres.

En el foro, por de pronto, hay que confesar que son contadísimos los clientes dispuestos á confiar la defensa de sus intereses civiles y criminales á una mujer, hasta el punto de que en Francia sólo ejercen la profesión de abogado dos mujeres: una en París y otra en Tolosa. Hé ahí, pues, una carrera puramente nominal y que de hecho puede borrarse de la lista de las carreras que la mujer puede seguir para ganarse la vida.

En Medicina la cosa está algo mejor, pero tampoco vale la pena de tomarla en cuenta: de 13.000 médicos que, en números redondos, existen en Francia, no hay más que 83 hembras; 83 entre 13.000 bien puede estimarse cantidad insignificante, tanto más cuanto que de esas 83 médicas la mayor parte no ejercen su profesión.

¿Y en Farmacia? Hé ahí una carrera que parece á propósito para la mujer: es profesión casera y sedentaria; tiene

no poca relación con los hábitos de la mujer y parece armonizarse perfectamente con sus gustos y sus necesidades. Pues nada de eso: contra todo lo que pueda presumirse, la mujer no se inclina á ser boticaria, y en Francia no existen más que tres farmacéuticas: una en París y dos en Montpellier. La cosa no se explica, pero el hecho es así.

Quedan los correos y telégrafos, los teléfonos y las taquillas de las estaciones. Todo esto es algo y permite vivir á muchas mujeres; pero hay que reconocer que los sueldos de todos estos cargos están sabiamente calculados para que no se mueran de hambre sus titulares. Eso es triste y hasta doloroso: «todo ese pequeño mundo de empleadas, dice la señora Barine, está mal pagado y se gasta en seguida; ganarían mucho más cuidando de su casa y criando á sus hijos, y serían mucho más felices; el marido es lo que falta.»

Queda el profesorado, la gran carrera, la carrera brillante de la mujer. La enseñanza no está del todo mal retribuida: se puede llegar á los 4.500 francos como profesora agregada en los institutos de señorita, y como directora (algo así como el bastón de mariscal) se puede llegar á los 6.000 con ciertas ventajas y emolumentos accesorios equivalentes á los 7.000 y 8.000 francos. Esta es una verdadera carrera del Estado.

Pero para un número de puestos, considerable sin duda, de 4.000 francos, hay un número mucho mayor de 1.800, lo que reduce á las profesoras á la condición de telegrafistas y carteras: á vivir lo estrictamente necesario para no morir. Por otra parte, la carrera está atollada por el número de aspirantes. No hablemos de las institutrices: en un país donde todas las jóvenes son institutrices, es evidente que sería mucho mejor que fuesen modistas; la chifladura de la burguesía por el título de institutriz, es igual á la del pueblo por el oficio de costurera; Francia es un país en que todas las señoritas de la burguesía son institutrices y todas las hijas del pueblo son costureras; de donde resulta que los dos tercios de las costureras y los nueve décimos de las institutrices se mueren de hambre.

Pero aun descartadas las institutrices, las profesoras mismas, las alumnas tituladas de Sevres ó de Fontenay, empiezan á tener que esperar: ya no se hacen agregadas, porque todos los puestos que podían corresponderles están ocupados; y en el Profesorado, como en todo, la mujer apenas encuentra salida.

Lo cierto es que, á pesar de lo liberal de la legislación, la situación de las jóvenes que tienen que ganarse la vida (¿pero es que los jóvenes que se la tienen que ganar también es mejor?) es todavía verdaderamente penosa. Para mejorarla hay que apelar un poco á la administración, mucho á las costumbres y bastante á las mujeres mismas.

La administración pública debería abrir sus puertas sin restricciones á la mujer, según Faguet; las mujeres son excelentes oficinistas, un poco lentas, pero puntuales, dóciles, exactas y minuciosas. Reemplazarían ventajosamente á esos empleados de ministerios, diputaciones y ayuntamientos que, siendo robustos y vigorosos, hacen oficios de mujer, cuando podrían dedicarse á trabajos más adecuados á sus fuerzas y aficiones. ¡Las

oficinas para las mujeres! Una de las soluciones del feminismo es esa, y con ello se lograría una importante mejora en los servicios públicos: el oficinista varón no tiene nunca más que una idea, la de escapar de la oficina, teniendo siempre comeción en las piernas, mientras que la mujer es por naturaleza más paciente y sedentaria.

Las costumbres también hay que corregirlas con el mismo objeto; se comprende que no se llame á una mujer para confiarla un pleito; pero ¿por qué no llamar á una médica mejor que á un médico para una enferma? Las mujeres mismas, por otra parte, deben ingeniarse para abrirse paso buscando los caminos más fáciles: tienen la carrera de farmacia, tienen la horticultura, tienen la profesión de arquitecto decorador, que encajarían perfectamente dentro de sus aptitudes y aficiones: ¿por qué no buscar salidas por esos lados, y no empeñarse en seguir todas rutinariamente por los mismos caminos, á riesgo de no llegar nunca por la multitud que por ellos anda, teniendo que detenerse á cada momento?

*
*
*

¿SON EUROPEOS LOS RUSOS?—Con motivo de la guerra ruso-japonesa se ha suscitado una vez más la cuestión de las relaciones de Rusia con Europa. «Debemos estar por los rusos—dicen unos,—pues son nuestros hermanos;» «los rusos—dicen otros—no son más hermanos nuestros que los japoneses, pues son asiáticos y no europeos.»

Marius-Ary Leblond aporta á esta discusión en *L'Européen* la opinión del ilustre Dostoiewski, según el cual no es Europa la que ha civilizado á Rusia, sino Rusia la que ha querido ser civilizada por Europa. «Europa jamás ha querido á Rusia, y siempre ha desconfiado de ella; nunca ha querido contarnos entre los suyos, y para ella somos recién venidos alarmantes, y nada más.» Según Dostoiewski, este desamor de Europa es porque, siendo Europa conservadora, se representa á los rusos como revolucionarios empedernidos.

A pesar de esta constante oposición, Rusia no ha pensado más que en europeizarse. La idea dominante de Pedro el Grande fue la de tener una ventana abierta, hacia Europa; todos los rusos quieren pasar por esa ventana, y su tipo es Herzen: «nosotros los rusos tenemos dos patrias, Rusia y Europa.» Los rusos conocen mejor que todos los demás pueblos la literatura de cada nación, y se apasionan por lo que ocurre en Europa tanto como el mejor patriota de cada país; como el místico Versilow de *Un adolescente*, son franceses en Francia, alemanes en Alemania, griegos entre las ruinas del Partenón, y se hacen matar en las barricadas de París como el Dimitri de Turguenieff.

Para Dostoiewski, esto es quirotismo puro. Consagrándose así á Europa, los rusos no sólo son juguetes de ella, sino que se ven perjudicados por la misma cultura europea, pues no habiendo contribuido al desarrollo de la civilización, no pueden asimilársela bien; por eso los aristócratas rusos que pasan en el extranjero por ciudadanos del mundo, son unos fantoches de quienes se burlan todas las naciones. «Un ruso no puede convertirse en verdadero europeo,

sin hacerse verdadero enemigo de su país natal.» Los gentileshombres rusos, seres neurasténicos, hijos en general de degenerados, no pueden ser buenos europeos, porque para serlo hacen falta sanos espíritus en robustos organismos; y ésta es la impresión general que se saca de la lectura de Dostoiewski.

Dostoiewski, preocupado por esta situación, y viendo á Europa tal como resulta después del tratado de Francfort, quiere fortificar á Rusia contra ella. Por la famosa ventana abierta por Pedro el Grande, ««hemos visto—dice—cosas malas y nocivas.» Europa no es buena ni justa, no busca siempre y en todas partes la verdad, no es cristiana, ni tiene sentimientos fraternales. Inglaterra es mercantil é hipócrita; Alemania, pesada y molesta; los europeos no se tienen afecto entre sí, no tienen corazón, son desdeñosos y desconfiados, egoístas y personales; son también chinos, como dice Bjærnson.

Así piensa Dostoiewski de Europa y de Rusia, aunque, afortunadamente, la inmensa mayoría de los rusos cultos piensan de distinto modo.

FERNANDO ARAUJO.



"ESPIGAS"

Un joven poeta ha recogido las primicias de su ingenio y en primoroso y fresco florilegio las ha echado á volar á los vientos de la publicidad.

Ese bardo se llama Oscar García Uzlar; y sus primeros cantos, con los cuales ha formado un artístico libro, llevan por título *Espigas*, que no otra cosa son las inspiradas poesías del vate valenciano: espigas de oro, llenas de ardiente savia, de graciosa juventud, de radiosos ensueños.

Los versos de García Uzlar tienen la frescura y lozania de una flor recién abierta, y dejan en el oído los vagos acordes de una música enternecedora y suave.

El recuerdo de la madre muerta inspirale estrofas conmovedoras y dulces, estrofas que, como abundosas lágrimas, salmodian infinitas tristezas sobre la huesa que guarda los queridos despojos.

.....«Así despiertas
oh, mansión de dolor, en mi alma triste
un recuerdo lejano.....
La busco á élla por doquier!..... Y en vano!.....
No la veré jamás!..... Ella no existe!.....»

En la composición *Las hojas*, García Uzlar exhibe todas las dotes de un verdadero poeta y de un versificador fluido y elegante. Son muy bellos estos endecasílabos:

.....«De repente
vibró una voz melódica, expresiva,
se llenó de rumores el ambiente
y se escuchó muy quedo:—soy la oliva!

—
Soy símbolo de paz, soy casto efluvio
de amor y de esperanza, soy la vida;
yo atravesé las aguas del diluvio
por una alba paloma conducida!.....»

Venezuela debe esperar mucho de esta fresca inspiración que ahora comienza á dar hermosos frutos, de esta joven intelectualidad.

Agradecemos al inteligente amigo el ejemplar que nos ha dedicado de *Espigas*.

DUELO

El 23 de junio próximo pasado se durmió en el seno de la Eternidad la señora CAROLINA PLAZA DE BLANCO, matrona que por sus acendradas virtudes fue gala y orgullo de la sociedad caraqueña.

Vaya nuestra palabra de pésame á la honorable familia de la finada.

TESIS

Para optar al grado de Ciencias Médicas, ha presentado el señor Juan Manuel Iturbe la Tesis «Contribución al estudio de la fiebre amarilla en Venezuela», de la cual ha tenido la galantería de dedicarnos un ejemplar.

Al desearle brillantes triunfos en su profesión, le damos cumplidas gracias por el envío de su Tesis.

RICARDO MONTILLA TRAVIESO

En la Fortaleza de San Carlos (Maracaibo) donde desempeñaba un cargo de importancia, ha dejado de existir recientemente este apreciable joven.

Le ha sorprendido la muerte en la plenitud de la vida, cuando la ilusión encendía en los azules de su alma las primeras estrellas, cuando el amor le mostraba con sus dedos de rosa los brillantes celajes de una felicidad futura, de un porvenir todo alegrías.

Bellas cualidades adornaban al joven MONTILLA TRAVIESO. De carácter afable y maneras cultas, supo captarse el afecto de la sociedad valenciana, que le tenía en alta estima.

El sol de la vida se ha apagado en aquella magnífica primavera, pero su memoria, claro lucero, brillará siempre en el recuerdo de los que le distinguieron y amaron.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Message of General Cipriano Castro, President of Venezuela to National Congress.—1904.

Influencia en la Medicina del carácter de los pueblos, por el Dr. R. Ruiz Arnau.—1904.

Le Rapt de Panamá.—L'abandon du Canal aux Etats-Unis.—Protestations de M. Lucien N. B. Wyse et Plaidoiries de Me. Georges Guillaumin, Avocat à la Cour d'Appel de Paris.—1904.

Damos las gracias á los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS

Lilas

RUIZ MORALES

Un efluvio de lilas tempranas flota en esta pintura de notable mérito. Nimbo primavera, aureola de matices y fragancias se desprende de los tiernos manojos y sube á embellecer la frente de la hermosa. Las primicias de Abril tiemblan más dulcemente sobre el rico corpiño, al soplo de una boca de virgen, que sobre el enhiesto tallo, al beso de las brisas.

La Bahía de Nápoles

Es éste uno de los lugares más agradables en las costas de Campania, y tanto por su importancia marítima como por las bellísimas perspectivas de sus paisajes, de un encanto sempiterno, merece los honores del dibujo. Con una copia de esta Bahía tan celebrada por muchos respectos, adornamos hoy una de las páginas de nuestra Revista.

El Elector de Brandenburgo

La paleta de Otto Royer prestó sus colores más vivos, sus más puros matices para la feliz combinación del grupo en que resalta la figura del Elector Albrech Aquiles de Brandenburgo y que representa uno de los episodios de la vida pública, asaz tormentosa, de este príncipe alemán.

El pincel, manejado por mano maestra, fija con precisión el tema histórico que tuvo en mientes el distinguido artista, y el trabajo resulta una incomparable joya de museo.

Saturno y las cuatro Estaciones

La edad de oro de las tradiciones italianas fueron los tiempos de Saturno.

Expulsado por su hijo Júpiter, este dios de la tierra, especialmente de las semillas, se refugió en el Lacio, cuyo rey, Jano, le dió generosa hospitalidad hasta que fué á establecerse en la colina del Capitolio. La agricultura, cuyos portentosos secretos poseía, floreció entonces en todas aquellas tierras incultas; el arado, puesto por Saturno en las robustas manos del pueblo, abrió el ancho surco, y el oro de las espigas y los oros del sol, pactando alianza inquebrantable, en un solo haz maravilloso de celajes confundieron la sonrisa luminosa de la mies y el ósculo vivificante de la luz.

Ya lo dijo el poeta:

«Nace Saturno y de la madre tierra
el seno abriendo con el fuerte arado
el precioso tesoro
de la aurífera mies descubre el suelo,
y grato el canto le remonta al cielo
y dios le nombra de los siglos de oro.»

Saturno y las cuatro Estaciones son un símbolo de trabajo y de bienestar, de una paz dulce y benéfica. ¡Dichosos los pueblos que cultivando con amor los campos, buscan en ellos fuente de prosperidad y de engrandecimiento!

La vida sencilla

Virgilio y Garcilaso deshojaron las flores más preciadas de su nimen á orillas del arroyo que acarrea arenas de oro y corre manso y adulator por entre juncos y espadañas; en el umbral de la humilde alquería; bajo la troje henchida de granos; á la sombra de la sagrada encina, protectora de sueños pastoriles en el bochorno de la siesta; bajo los trigales que apuntan los sutiles airones de oro finísimo al cielo.

Una escena de la vida campestre, de la vida sencilla, ya en las primeras horas del día, ora en las últimas de la tarde cuando el crepúsculo llueve supremas melancolías sobre la tierra, tiene un atractivo tal, de tal manera seduce y subyuga, que el lienzo que la copia y la estrofa que la describe y la celebra, penetran hondo, muy hondo, hiriendo el espíritu vivamente, despertando sensaciones intensas.

El cuadro de Andrés Brouillet tendrá vida gloriosa, como la tienen y la tendrán en el recuerdo de la humanidad, las Geórgicas del mantuano y las Eglogas del Petrarca español.

Primavera

Cálices blancos y pompones rojos, pétalos como suavísimas sedas ligeramente impregnados de esencias turbadoras, pístilos rubios y gráciles como cabellos de niños, rosas centifolias cuyas hojas aljofaradas tienen verdor de pupilas y frescura de labios juveniles, tanta belleza, Primavera tan delicada y lujuriosa surgió, cual de un ramillete edénico, del pincel de F. Wobring para encanto de la vista y gloria del arte.

La Primavera siempre será fuente fecunda de inspiración; y es que al retorno de las aves, al periódico renacimiento de Natura, las ideas también florecen y se hinchen de savia joven y vigorosa.

Venus y Tannhauser

A la ópera de Wagner se refiere esta artística concepción que á la pureza del dibujo reúne la gracia de sus actitudes de una delicadeza exquisita.

Es una dulce producción, poética y sencilla á la vez, y en ella parece que revive, por modo espléndido, la flor lírica del gran músico, esa flor que al deshojarse llena el aire de conmovedoras armonías y hace vibrar las cuerdas más recónditas del alma.

Don Quijote

F. Moreno Carbonero fué á buscar vida para su tela, asunto para sus talentos, á las páginas que el inmortal manchego ilustró con sus hazañas y vistió de luz con sus discursos, de los cuales cada palabra es una enseñanza á la vez que un monumento literario.

Y allí está, en el primoroso cuadro, el ingenioso hidalgo tal cual lo ideó la mente del inimitable Manco en uno de los pasajes de la obra; allí está el héroe aventurero, en tierra su brumado cuerpo, todo maltrecho y triste, llena de húmedo polvo la noble frente, morada de tantos generosos ideales. Y allí su querido Rocinante, tirado contra el duro suelo también, lacios y secos los músculos de puro viejos, con la profunda tristeza de la derrota en su mirada de bestia inteligente.

«Cayó Rocinante,—dice don Miguel—y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamás pudo; tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaba por levantarse, y no podía, estaba diciendo: non fuyais, gente cobarde, gente cautiva; atended que no por culpa mía sino de mi caballo estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la recompensa en las costillas. Y llegándose á él, tomó la lanza, y después de haberla hecho pedazos, con uno de ellos comenzó á dar á nuestro Don Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera.»

La pintura de Moreno Carbonero reconstruye con fidelidad y arte la aventura dolorosamente bella del gran libro castellano.

Elegía

La imaginación vuela por espacios ideales con alas ligeras y vaporosas, invisible como un silfo, adorable y armoniosa como una canción de amor.

Ella mueve el plectro del bardo y aletea jubilosa en la música del verso; y el verso es pájaro que rima inefables melodías. Ella sale ataviada con sus mejores galas del cerebro del pintor, se desliza suavemente por la albura inmaculada de la tela, fija las sombras, es luz, es vida; y la tela es sabroso condumio de los ojos del cuerpo y los del espíritu!

La *Elegía* es una romántica ficción de Langenmantel: en ella no han entrado para nada las asperezas de la realidad que, las más de las veces, lastiman el ánimo. Esta obra pictórica es una bella mentira, que hubiera en la antigüedad obtenido el beneplácito de Aristóteles, del cual se dice que escribió en cierta ocasión:—Pasad de largo delante de esos pintores que hacen á los hombres tal cual los ven.

Guerra ruso-japonesa

Son de general interés las vistas que aparecen en algunas páginas de EL COJO ILUSTRADO, calçadas sobre recientes sucesos ocurridos en el Extremo Oriente. Su carácter de actualidad y la nota de novedad que entrañan, harán que todas sean del agrado del inteligente lector.

El beso de las olas

Es un beso voluptuoso y largo, de un ritmo que tiene algo de terrible y de melancólico, que sabe de las cóleras y de las ternuras del vasto oceano. El beso de la ola es pérfido y acariciante, voluble y felino como garra de pantera; canta, y es sirena; solloza, y es tórtola que se queja; ruge de coraje, y es alimaña bravía y peligrosa; pero cante, solloce o ruja, ¡cuán hermoso es!

SECCION RECREATIVA

Harbin

EL CHICAGO DE LA MANCHURIA

Harbin, base verdadera de operaciones del ejército ruso en el Extremo Oriente, es hoy una importantísima ciudad de la Manchuria, donde el ferrocarril transiberiano se bifurca en dos líneas: una que se dirige á Vladivostock y otra á Port Arthur.

Es, además, el centro de una región muy rica en productos naturales; cereales de todas clases, maderas excelentes, tabaco, ganado en abundancia, minas, etc.

Pero no es esto sólo. Por su situación, Harbin centraliza el comercio de un vasto territorio continental. Por Harbin se exportan los productos de ese territorio al resto del mundo, y desde Harbin se distribuyen en la Manchuria y regiones comarcanas los artículos de importación. Harbin, en suma, ocupa en el nordeste de Asia una situación semejante á la de Chicago en el centro de los Estados Unidos. Como Chicago, la ciudad asiática se ha formado y crecido de una manera asombrosa en muy pocos años.

Hace una década era un villorio chino que no figuraba en mapas muy detallados de aquellas regiones. Hoy es una ciudad con tranvías eléctricos, luz eléctrica, ómnibus, automóviles, industrias propias, comercio floreciente, escuelas, hospitales, bancos, etc., y más de 60.000 habitantes del elemento civil, aparte de los grandes núcleos militares rusos allí acumulados.

Rusia, en efecto, apreciando la excepcional situación de Harbin, procuró constituir allí un centro militar y un gran depósito de los ferrocarriles siberianos; pero no pensó en planear una ciudad á la moderna como en Dalny y Vladivostock. El comercio y la industria son los que han dado nacimiento á la nueva ciudad.

Al caudaloso río Amur debe en gran parte Harbin su rapidísimo crecimiento. Magníficos vapores surcan esta vía fluvial y transportan á Khabarovsk los productos de la Manchuria, para después ser conducidos á Vladivostock. Por el mismo conducto llegan al interior de aquella parte de Asia los artículos europeos y americanos.

En un principio los Estados Unidos enviaban á Manchuria algodón, kevosina, petróleo, maquinaria; pero hoy día todos estos artículos son ya de procedencia rusa.

Tres millones de pesos, oro, ha gastado la población de Harbin en el establecimiento de hospitales, talleres, escuelas comerciales y técnicas; las transacciones que hace el Banco Rusochino allí establecido importan más de millón y medio de francos por día; y el número de fábricas aumenta prodigiosamente.

Entre las industrias que más desarrollo han alcanzado en Harbin, se encuentra la fabricación de la bebida fermentada llamada «vodka» que los rusos consumen en abundancia. En los primeros tiempos de Harbin las botellas para la «vodka», se tenían que importar del Japón, pero actualmente ya hay en la ciudad fábricas de vidrio y cristal que suministran cuantas botellas y vasos se necesitan. Este es un ejemplo de la iniciativa industrial y comercial del nuevo pueblo.

Los más emprendedores son los judíos de Siberia allí establecidos. Hay también algunos alemanes, austriacos, griegos y turcos; antes de la guerra había también muchos japoneses; pero el principal núcleo de la población lo constituyen rusos y chinos. Hecho notable: ni los ingleses, ni los norteamericanos han podido todavía sentar allí la planta.

La guerra contribuirá ahora al incremento de esta ciudad, y cualquiera que sea el resultado de la contienda, es seguro que antes de un cuarto de siglo, será Harbin un emporio industrial y mercantil del nordeste de Asia, como Chicago lo es de los Estados Unidos de América.

Últimas palabras de reyes

EN EL LECHO DE MUERTE

Han sido muchos los reyes que en toda su vida jamás hablaron con tanta sinceridad como en sus últimos momentos; en todos los países ha habido algún monarca que ha esperado á estos solemnes instantes para reconocer sus errores ó sus faltas. Felipe III, en su lecho de muerte, volvióse á uno de sus ministros y le dijo: «¡ Buena cuenta vamos á dar á Dios de nuestro gobierno! » Las últimas palabras de Carlos IX de Francia, atormentado por el recuerdo de la *Saint Barthelemy*, fueron: «¡ Cuánta sangre! ¡ Cuántos crímenes! He obrado mal; que Dios me perdone! »

La historia de Inglaterra conserva las últimas frases pronunciadas por algunos de sus reyes, que tampoco debían tener la conciencia muy tranquila. La reina Isabel murió exclamando: «¡ Todas mis posesiones por un momento de vida! » «¿ Puede esto durar todavía? », preguntó al morir Guillermo III; y Ricardo III gritó en su agonía: «¡ Traición, traición! »

Estas palabras contrastan con las del gran Carlos V, que al morir en Yuste con serenidad y resignación conmovedoras, alargó la mano para coger un crucifijo, y diciendo: «Ya es tiempo, ¡ Jesús! », exhaló el último aliento.

Otro rey de España, Fernando el Santo, tuvo una muerte igualmente cristiana; considerando que el morir era el acto más glorioso de su vida, sus últimas palabras fueron para ordenar á los sacerdotes que entonasen un *Te-Deum*, y al comenzar el canto dejó de existir. También es digna de mención la resignación de Luis XV de Francia, que al ver á sus cortesanos llorando junto á su lecho de muerte, les preguntó: «¿ Por qué lloráis? ¿ Creíais que yo iba á vivir siempre? » Y luego añadió: «Creía que el morir era más difícil».

«Un rey debe morir de pie», dijo al terminar su vida Luis XVIII de Francia. Jacobo V de Inglaterra, que cuando estaba agonizando recibió noticias del nacimiento de su hija María, la famosa María Estuardo, dijo proféticamente: «La corona vino por una mujer, y se irá por una mujer».

Muchos soberanos se han preocupado más de los demás que de sí mismos en sus últimos momentos. Ejemplo: Alejandro I de Rusia, que después de excusarse con su servidumbre por las molestias que su larga enfermedad la había ocasionado, dedicó sus últimas frases á su esposa, diciendo con profunda ternura: «Debes estar cansada, Isabel».

Estas palabras recuerdan la frase «¡ Pobre Carlota! » que pronunció el emperador Maximiliano en el momento de ser fusilado.

Otros monarcas se han sentido inclinados al perdón de las ofensas, y sus frases postreras han respirado la más noble generosidad. El gran Carlos III, al preguntarle el patriarca de las Indias si perdonaba á sus enemigos, respondió: «¿ Pues había de aguardar á este trance para perdonarlos? Todos fueron perdonados en el acto de la ofensa». No fueron éstas, sin embargo, las últimas palabras que pronunció, pues aún tuvo tiempo para bendecir á su familia y para contestar á su confesor, que le aconsejaba pidiese á Dios la salud corporal: «La que deseo y pido es la espiritual, que la del cuerpo y todo lo de este mundo me importa poco».

La Medicina del Siglo.

Los méritos que encierra la Emulsión de Scott están en las propiedades de los elementos que la componen.

El aceite de hígado de bacalao puro que contiene, ALIMENTA.

Los hipofosfitos de cal y sosa FORTIFICAN los huesos.

Su buena fabricación hace que estos elementos sean prontamente asimilables y gratos al paladar.

Por estas razones todos los médicos del mundo prescriben siempre

LA EMULSION DE SCOTT
de
Aceite de Hígado de Bacalao
con
Hipofosfitos de cal y de Sosa.

Los anémicos, los raquíticos, los atacados con frecuencia de catarros, los palúdicos y cuantos deseen verse vigorosos deben tomar la EMULSION DE SCOTT porque es el medicamento más valioso en el tratamiento del raquitismo y anemia infantil, porque es un alimento productor de grasa del más alto grado; porque es el tónico y reconstituyente más poderoso conocido.

Certificados de médicos lo han dicho: para los enjutos de pecho, para la tisis, resfriados y catarros crónicos, ninguna medicina es mejor que la EMULSION DE SCOTT.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.
De venta en las Boticas.

1 A

Ricardo I de Inglaterra también murió perdonando; acababa de ser herido por una flecha de Bertrand de Gourdon, y al ver que éste había sido hecho prisionero, le dijo entre el estertor de la agonía: «Joven, yo os perdono»; y volviéndose á sus criados les ordenó: «Quitadle sus cadenas, dadle cien chelines y dejadlo ir libre».

Luis XVI de Francia, no vivió lo bastante para terminar su última frase. «Franceses—

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILVORE, DUSSER**, 1. rue J.-J. Rousseau, Paris

gritó desde el cadalso, —muero inocente de los crímenes que se me imputan; pedid á Dios que mi sangre no caiga sobre Francia. Si . . . » Un redoble de tambores le interrumpió, y aunque se dice que pidió á gritos que se le dejase continuar, fue imposible oírle una palabra más. Antes de un minuto había dejado de existir. También en el cadalso, Carlos I de Inglaterra murió sin terminar una frase; se volvió al obispo de Londres, y después de decirle: «Acor-dáos . . . », se detuvo como para pensar si debía continuar ó no, y presentó su cabeza al verdugo.

Las últimas palabras de algunos reyes contemporáneos, también se han hecho célebres. Alberto, el esposo de la reina Victoria de Inglaterra, dijo: «He tenido riquezas, y dignidades, y poder; pero si no hubiese tenido más que eso, ¡cuán infeliz habría sido!» Y las palabras con que Alfonso XII pasó á mejor vida, fueron: «¡Qué conflicto, qué conflicto!»

AVISO Á LAS SEÑORAS



EL APÍOL DE LOS SEÑORES JORET Y HOMOLLE

CURA
LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SEGUIN, PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ZAPATERIA MODERNA

GRAN FABRICA DE CALZADO

Especialidad en encargos

para calzado de Señoras, Caballeros y Niños

CORTADOR DE PRIMERA CLASE

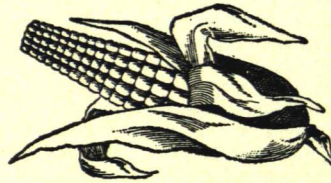
D. Guánchez, Hijo & Ca.

CARACAS

Gradillas á Sociedad Número 6

TELEFONO 239

MAIZ-ORIZA



CONDE H^{NOS.}

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las Maizenas conocidas.

Para postres, cremas y afoles, no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa no tiene rival.

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Marrón al Dr. Paúl, N° 6, Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Agente General,

Conde Hermanos.

Carlos Orta Ibarra.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** **TOSAS RECIENTES Y ANTIGUAS** **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9bis, Rue Lacvée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIEMATICO

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del **Higado**, del **Estómago**, del **Corazón**, **Gota**, **Reumatismos**, **Fiebres Palúdicas** y **Perniciosas**, la **Disenteria**, la **Grippe** o **Influenza**, las enfermedades del **Cutis**, las **Lombrices** y todas las enfermedades ocasionadas por la **Bilis** y las **Flemas**.

Rehúese todo antiemático que no lleve la Firma **Paul GAGE**
Depósito General, D^o Paul GAGE Hijo, F^o de 1^o cl., 9. r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

EXIJA SE EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIEMATICO DEL D^o GUILLIE

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PILDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

Y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

VINO NOURRY

YODOTÁNICO
à la vez
Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL ANEMIA LINFATISMO ENFERMEDADES del PECHO



El VINO NOURRY reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las **Mujeres** (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los **Niños** (escrófulas, usagres, etc.)

SE VENDE EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

F. COMAR & FILS PARIS

BRANDY PEDRO DOMECQ

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma a S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

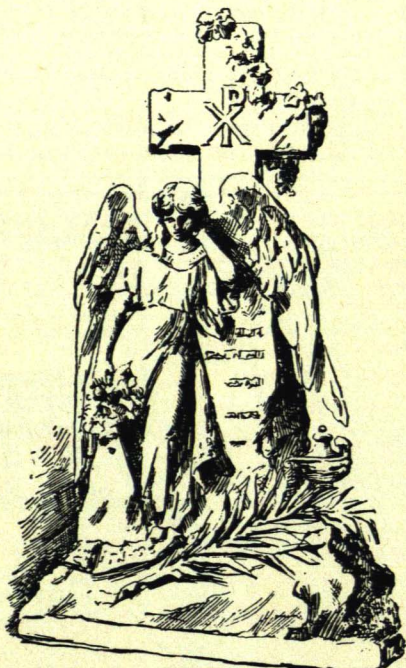
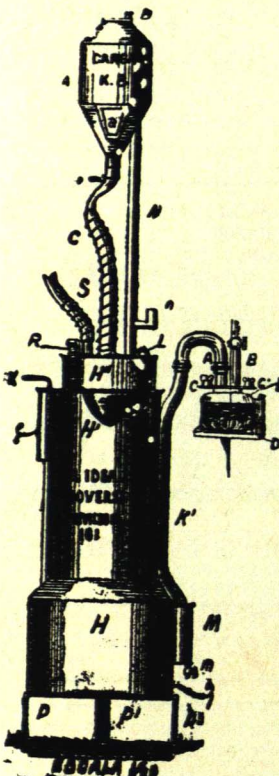
TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno

Aparatos sistema Roversi—Carburo de calcio de primera a \$ 17 los kilos 100 netos—Cnemadores Bunsen, Hornillas, Lámparas, tuberías y accesorios de todas clases. Instalaciones completas. — El IDEAL á carga de carburo en el agua—Privilegio N. 161.

Departamento Mármoles

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Puro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavallerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmorería Roversi—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Rivero Saldivia—Montemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colorados
Carga de k 1 á k 50 — Valor: de \$ 10 á \$ 250

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones á esta Revista, les avisamos que podemos servirlos cuando se nos envíe el valor de un trimestre anticipado (tres pesos sencillos) ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor debe estar atento á la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, al no recibirse el valor del nuevo trimestre.

Maravilloso resultado.—El Doctor Manuel Guillermo Avelado, Médico-Cirujano de la Universidad Central de Venezuela.
Certifica: Que ha usado la Emulsión de Scott en las bronquitis crónicas, en la tuberculosis pulmonar de marcha tórpica, en el raquitismo, y en todas las demás manifestaciones de la escrofulosis, obteniendo siempre maravillosos resultados.

Modos de inducir al sueño

Los hombres primitivos conocían perfectamente los efectos soporíferos que produce el cansancio de los nervios sensorios.
Es, por lo tanto, natural que suceda otro tanto á las razas que tenemos por menos civilizadas. Por ejemplo, á un lapón se le duerme al ruido monótono del batir de su tambor mágico. Y los indios americanos producen un sueño reparador en sus enfermos cantándoles incesantemente, hora tras hora, monótonos versos de sus shamans.
Los dandinos de la India conseguían llegar hasta el estado cataléptico repitiendo la palabra sagrada om 12.000 veces. Los tasquedrujistas, cuando quieren dormirse, fijan la vista en la punta de un dedo que ponen junto á la nariz, y así se están inmóviles durante horas enteras y llegan á hipnotizarse.
Las madres coreanas duermen á sus niños

rascándoles monótona y suavemente el abdomen. En Rusia, los nobles acostumbraban antiguamente á hacer que sus siervos les rascaran los talones, hasta que se dormían. La misma costumbre subsiste en Persia, y no hay biógrafo del Shah que no refiera que éste, para dormirse, hace que uno de sus criados le rasque los pies y las piernas.
El por qué y la razón de este fenómeno, son cosas que todavía no han sido bien estudiadas por la ciencia.
Pero en algunos laboratorios se ve un aparato que sirve para explicar en parte el misterio. Consiste el aparato en una larga bandeja de dimensiones suficientes para que en ella pueda extenderse un hombre. Está perfectamente balanceada sobre un par de cuchillas sostenidas sobre una peana de hierro. Se tiene boca arriba en la bandeja un individuo, y por medio de un contrapeso que hay al lado se mantiene el cuerpo perfectamente horizontal. La balanza es tan delicada que se mueve hasta con la respiración. Delante de los ojos de la persona que está en la bandeja se pone un espejuelo y se le hace girar hasta que el individuo va sintiéndose invadido por el sueño; y al ocurrir esto, el

extremo de la bandeja donde están las piernas, desciende lentamente, mientras que la parte donde están la cabeza y el tórax se elevan.
Este experimento parece probar que el cerebro dormido pesa menos que el despierto.
Para explicar el fenómeno existe la teoría de que los estímulos que producen sueño son los que atraen la sangre hacia fuera del cerebro.
La ciencia, estudiando estos fenómenos, ha inventado multitud de aparatos que sirven para inducir al sueño.
Hay muchos aparatos sencillos; como, por ejemplo, el «ojo hipnótico», que es sencillamente un cuadro representando un ojo grandí-

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
— ENFERMEDADES DE LA PIEL —
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

Surtido más completo
*
Garantía absoluta
*
Trato más esmerado

Sur 1 - No. 36 Bolsa á Mercaderes
Teléfono 686 CARACAS
GATHMANN HNOS.
Joyería - Relojería - Casa de Óptica

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afeciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito.

Ergotina y Grazeas de ERGOTINA BONJEAN
Medalla de ORO de la S^{ad} de F^{ia} de Paris.
LABELONYE y C^o. 99, Rue d'Aboukir, PARIS y en TODAS LAS FARMACIAS.

EXIJAN Vds.
sólo cada PILDORA BLANCA las palabras:
DEHAUT A PARIS impresas en negro.

Las **PILDORAS** Purgativas y Depurativas del Doctor **DEHAUT** se toman **al comer.**

El mejor Regimen. No más Dieta.
Las menos GOSTOSAS para el estómago.
Las más activas.



Propiedades del Avena-Cacao

El Avena-Cacao fabricado por los señores Fullié & Ca. marca La India, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El Avena-Cacao marca La India, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA Phosphadine Fullié

es un alimento completo DE FACIL DIGESTION para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y detención
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela :
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos De venta en los principales establecimientos de la República

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias
Jaqueca
Ciática.
CLIN y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias.
607

Trabajo 5fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TIZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCIENCIAS
ROJECES.
Píne y conserva el cutis limpio y terso
CANDESETE
B^{te} Dausse

POSTALES

Las tarjetas postales que han llegado á la Empresa El Cojo son de un exquisito gusto artístico. Lujosa existencia para ser vendidas sueltas y en preciosas colecciones.

COLORES PÁLIDOS AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR RABUTEAU
El mejor y más económico Ferruginoso.
CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS 612

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON
Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.
Exigase el verdadero nombre Rehusese los productos similares
J. SIMON
13, r. Grange batelière, Paris

HIERRO QUEVENNE Cura : ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
de PARIS. - El mas activo y economico, el único Hierro INALTERABLE en los países cálidos
Aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA
Exigir el Verdadero con el Sello de la "UNION DES FABRICANTS". - 14, R. des Beaux-Arts, Paris.

simo que parece mirar fijamente al enfermo. Los mismos resultados que este ojo da un espejo que se pone delante de la cara del enfermo, y éste fija intensamente la mirada en sus propios ojos hasta que llega á dormirse.

Otro de estos aparatos sencillos, de que venimos hablando, consiste en una vela encendida que se coloca detrás de una botella de cristal verdoso, y que se dispone de modo que la luz de la vela se enfoque en un punto del cristal.

Otros hipnólogos [no hay que confundir á los hipnólogos con los hipnotistas], duermen á sus enfermos haciéndoles que sostengan entre los dientes un lapicero ordinario y corran la mirada hacia arriba y hacia abajo, por su barnizada superficie.

Por último, los hipnólogos recomiendan también á sus enfermos que concentren la imaginación y la mirada en un cuadrado de lienzo negro puesto sobre la pared, y que al

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

hacer esto mantengan la pasividad de la imaginación hasta que se produzca el sueño.

Todos los grandes inventos que el hombre considera indispensables, fueron al principio simples juguetes del inventor ó del sabio.

No se arriesga mucho en predecir que estos medios mecánicos de inducir al sueño, que sólo se encuentran en los gabinetes de los hipnólogos y en los hospitales donde se hace este género de estudios, pueden llegar á perfeccionarse algún día de modo que sustituyan á los anestésicos y anodinos, que si bien llevan el sueño á nuestro cerebro, perjudican en cambio al corazón, al estómago, á los pulmones y á los nervios.

Es más : aunque parezca pesimista tal idea, puede ocurrir que aumentando en el hombre la tendencia al insomnio, llegue día en que los aparatos para inducir al sueño vengán á ser una necesidad en toda alcoba.

De sobremesa

Amor principio de siglo :
—¡ Ah, hermosa mía ! No deseo más que complacerte. Por tí seré poeta, músico, pintor, lo que quieras.
—Lo mejor sería que fueses millonario.

* * *

Dos individuos van solos en un coche de ferrocarril.

—¿ Qué hora es ? —pregunta uno de ellos á su vecino, que acaba de sacar su reloj.

—No lo sé.
—¿ Pero no acaba usted de sacar su reloj ?
—Era para ver si lo tenía todavía en el bolsillo.